La promesa de una DAMA



Série
Nobles de
Andalucía

Libro I

Sarah
Summers

La promesa de una DAMA

LA PROMESA DE UNA DAMA

SARAH SUMMERS

ÍNDICE

Prólogo
Honor y Escándalo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Duelo y Pasión
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Amar Hasta la Muerte
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
El exacto opuesto de héroes
Capítulo 22
Epílogo

"Nobles de Andalucía"
Gracias
Contacto
Sobre La Autora

Para los amores imposibles.

"Podrá nublarse el sol eternamente;
podrá secarse en un instante el mar;
podrá romperse el eje de la tierra
como un débil cristal.
¡Todo sucederá! Podrá la muerte
cubrirme con su fúnebre crespón;
pero jamás en mí podrá apagarse
la llama de tu amor."

ADOLFO GUSTAVO BÉCQUER

PRÓLOGO

TENERIFE
CONVENTO NUESTRA SEÑORA DE LA CANDELARIA – 1895
PRESENTE

La huésped se había ausentado otra vez de las oraciones matinales, observó la madre superiora con un suspiro resignado de quien llega a una opinión resiliente, mientras el joven recién llegado a su lado tamborileaba los dedos sobre su sombrero de copa, observando con curiosidad a una mujer más adelante, distante y perdida en sí misma.

Doña Isabel Casanova.

No había un solo lugar en toda Andalucía en que no se hablara de la maldición que había caído sobre la familia Casanova. Tal vez toda España estuviera bajo los efectos de los comentarios malintencionados, que retrataban como obras malignas lo que, en realidad, podría ser visto como una tragedia. La madre superiora conocía el mal y las calamidades. Y las jóvenes parejas siempre tenían más posibilidad de atraer tragedias que maldiciones demoníacas. Ella había vivido lo suficiente para saberlo y para haberlo visto por sí misma.

—Entonces, ¿es esa la señora Casanova? —adelantándose, el joven habló a su lado.

—Desafortunadamente, sí —respondió la madre, y el hombre la miró, alzando una ceja—. Todas aquí en el convento la conocíamos de antes…

Ahora, Doña Isabel Casanova es solo la sombra de la mujer que un día vimos llegar.

—Dicen en Sevilla que está así desde que…

—Sí, es verdad —interrumpió la madre.

— Muy bien... Solo me queda, entonces, empezar con lo que vine a hacer —el joven se enderezó.

—¿Y cuánto tiempo tardará?

—Eso solo ella podrá decirnos.



Isabel sabía cuándo era observada. Nunca le había gustado atraer atenciones hacia sí misma, ni siquiera cuando estaba soltera y en edad de casarse. Sin embargo, en los últimos años, se había acostumbrado —aunque a regañadientes— a ser el centro de las miradas. Algo pasaba en el aire, un cambio en el viento, que hacía que su concentración se interrumpiera y que tuviera la certeza de que alguien la miraba, como si pudiera sentirlo. Olerlo. Y vivir tan confinada como estaba ahora solo hacía que fuera aún más susceptible. Miró como la infinidad azul del océano frente a ella se mezclaba con los rayos finos y tranquilizadores de la mañana y se volteó para descubrir que, una vez más, no se equivocaba. Tenía compañía.

—Señora Casanova, disculpe que la moleste —dijo brevemente la madre, acercándose.

—¿Sí? —respondió Isabel, atenta al hombre que acompañaba a la más anciana monja del convento.

—Es que acaba de llegar este señor y desea verla.

Isabel hizo un leve gesto con la cabeza y sostuvo su vestido por un instante.

—¿Señora Casanova? Sé que llego de repente, pero me envía Don Ramiro Fuentes.

—¿Tío Ramiro? ¿Está bien?

El joven médico miró a la madre superiora con cierta curiosidad y luego volvió a mirar a la dama.

—Sí, a él no le pasa nada. Estoy aquí para verla a usted.

—¿A mí? ¿Quién es usted? ¿Y por qué Eric no está aquí? Vi que una embarcación llegó esta mañana. Pensé que era él...

El hombre permaneció en silencio con los ojos muy abiertos mientras la madre superiora se acercaba a Isabel, sosteniendo sus manos suavemente.

—Lo siento, señora —dijo él—, pero el señor Casanova no vino conmigo en este viaje y tampoco traigo noticias de él. —Isabel cerró los ojos con fuerza y suspiró—. Soy David Walker y he venido a ver cómo se encuentra a pedido de su tío. Soy médico.

Ella asintió ante las suaves palmaditas de la madre superiora en su mano, tratando de entender lo que decía el extraño. David Walker. Su nombre sonaba extranjero, al igual que su forma de hablar. Vestía colores oscuros y demasiado sombríos para alguien de la sociedad andaluza.

—¿Un médico? ¿Para mí? Pero si me encuentro en perfecto estado. —Sutilmente, caminó un par de pasos de un lado a otro—. Madre, ya no hay oración que me dé paciencia para seguir esperando noticias de mi esposo —dijo, angustiada.

—Quizás sea esta la razón por la que su tío envía a alguien para verificar su salud, señora. No le causará ningún daño y dará aún más fuerza a su espera.

—¿Usted lo cree?

—Creo que es lo que Dios le providencia en este momento.

—Bueno, ¿y de dónde viene usted, doctor Walker? —quiso saber Isabel.

—Soy inglés, pero estudié medicina en Prusia.

—¿Y qué lo trae a España?

—Vine a expandir algunos de mis estudios en hospitales del país.

—Si me lo permiten, volveré a mis actividades. Doña Isabel, sabe dónde encontrarme si necesita algo.

—Por supuesto, madre.

La anciana se despidió y caminó lentamente por el amplio patio en busca del refugio de la casa parroquial.

—Sabe, mi padre también fue médico —volvió a hablar Isabel, rompiendo el silencio otra vez.

—Sí, eso me dijo el doctor Simarro. Ellos estuvieron juntos en algunos hospitales.

—¿Simarro? ¿El doctor Luis Simarro? ¿El médico de locos? Señor Walker, ¿trabaja usted para él? —preguntó con los ojos muy abiertos.

—Soy su aprendiz. Vine para observar el avance de los tratamientos en los hospitales. Es lo que estudio en Prusia en este momento.

—¿Y por qué me envió mi tío un médico de locos?

—Soy un médico, ante todo, señora Casanova, y vine como un favor personal a su tío. Aunque, antes de la medicina, creía que mi futuro fuera el sacerdocio.

Ambos comenzaron a caminar, alejándose del jardín.

—¿Fue seminarista? —preguntó Isabel, asombrada.

—Llegué al último año.

—Perdón, doctor Walker. Ahora entiendo por qué fue enviado para una visita tan tediosa y lejana. Lamento si parezco enfadada o incluso distraída, pero esperaba noticias diferentes —se detuvo, desilusionada—. No pude dormir y, al amanecer, vi la llegada del barco.

Pensaba ir hasta el camino del acantilado para ver mejor el puerto, pero las monjas se ponen histéricas cada vez que voy allá, no tengo idea del motivo. —Isabel señaló hacia el lugar sobre las construcciones parroquiales: enormes montes rocosos rodeados de vegetación tras un pequeño camino limpio guiado por cuerda—. Así que me quedé aquí, donde usted me encontró hace poco.

—Perdón que lo diga, pero antes que una cita médica, usted parece necesitar a alguien que la escuche.

Isabel sonrió.

—Es una larga historia...

—Créame, señora Casanova, vengo preparado. Tenemos bastante tiempo.

Honor y escándalo

CAPÍTULO
UNO

SEVILLA, 1893
DOS AÑOS ANTES

El día soleado resplandecía sobre la ruidosa ciudad. La agitación convertía las calles en un ambiente imposible para la más simple de las conversaciones. Cada carruaje llevaba ciudadanos ansiosos y ocupados, dada la importancia del día. Los alrededores de la Plaza de Toros La Maestranza se veían repletos de gente, suciedad y apuestas.

Allí, con los corazones casi saltándoles por la boca, tres damas desacompañadas realizaban un paseo conscientemente prohibido. Sabiendo que no debían estar allí, caminaban con los brazos entrelazados por entre las personas que se agolpaban para entrar a la plaza. Aquella mañana, la insistencia y la terquedad habían sido protagonistas en la gran mansión de los Fuentes, y así fue como Isabel se vio arrastrada por su prima Letizia y su dama de compañía, Juana.

—Aún no puedo creer que haya accedido a esta locura —dijo Isabel, tirando del dobladillo de su vestido azul mientras se apresuraba al caminar.

—Un poco de locura hará bien a tu salud, prima. Desde que llegaste de Madrid, has estado encerrada en casa y no has asistido a ninguno de los eventos sociales con nosotros… Me alegra que hayas decidido finalmente dejar el luto y vestir algo de colores —dijo la

joven, ajustando el pañuelo que cubría firmemente los cabellos cobrizos en su cabeza.

—No sé si haberlo dejado fue una buena decisión, después de todo... Solo han pasado tres meses desde que falleció papá —Isabel volvió a susurrar, pero fue interrumpida por el empujón de un hombre.

—¡Esto está demasiado lleno, Juana! Te creía más sensata que mi prima, ¿cómo aceptaste esta locura? —Se vio obligada a terminar su frase a gritos, ya que estaban rodeadas por personas que no dejaban de empujarlas de un lado a otro.

—No encontrarás sensatez en Juana cuando se trata de corridas de toros, ¡le fascinan! —gritó Letizia.

La joven de piel oscura sonrió con timidez.

—Aquí es donde me quedo —dijo Juana, acercando su rostro al de Letizia.

—Está bien.

—Recuerda: mantén la mantilla sobre la cabeza, nadie…

—Sí, sí, ya lo sé, no debo ser reconocida.

—¿Adónde va? —preguntó Isabel al ver como la chica se perdía entre la multitud después de despedirse brevemente.

—A ver a un amigo. Necesitamos entrar y encontrar un buen lugar para sentarnos.

La Real Maestranza de Sevilla estaba llena de gente que señalaba a los gritos hacia un espacio circular y recubierto de arena. El viento soplaba el polvo hacia el lado más alto de la plaza, el terrado, adonde Letizia había guiado a Isabel. Con los brazos entrelazados junto a una ancha pilastra, las dos espiaban anónimas el espectáculo al aire libre.

—¿Cómo haremos para encontrar a Juana antes de volver?

—No te preocupes, ya nos encontrará ella. Al menos, siempre me encuentra a mí —murmuró Letizia con una sonrisa.

—Espera, ¿habéis hecho esto otras veces?

—¡Shhh! —Se puso un dedo sobre los labios.

A Isabel no le agradaba la idea de que su prima caminara sola entre la multitud del evento. Juana y Letizia tenían casi la misma edad, pero Isabel no había podido descubrir mucho sobre la

silenciosa dama de compañía desde que había llegado a la casa de su tío, tres meses antes.

Había conocido a Juana al llegar a Sevilla. Antes, solo había oído hablar de ella por su prima, que la mencionaba como alguien que vivió en la finca de la familia. Sin embargo, le parecía extraño que Juana se escapara para ver a un amigo y que dejara sola a Letizia en plena corrida de toros. En todo caso, tal vez hubiera alguna explicación...

—¡Mirad, ahí viene El Fantasma!

Una voz gritó, captando la atención de Isabel y de todos los demás. Los gritos se transformaron en silbidos y aplausos. Las damas acompañadas alrededor agitaban sus pequeños pañuelos de seda. El sonido de un tambor dirigía los pasos de los toreros que entraban a la arena en marcha lenta y organizada. Luego, vinieron los matadores, los picadores y todos los que tenían su parte en el espectáculo por empezar. Era un ritual centenario y conocido.

Los caballos que desfilaban sobre el suelo arenoso relinchaban, mientras todos alrededor lanzaban gritos de guerra pidiendo por el inicio del enfrentamiento entre hombres y animales. Una figura montada sobre una silla dorada captó la atención de Isabel.

—¿Quién es ese? —trató de que su prima la escuchara.

—¡El Fantasma! —Letizia gritó, aplaudiendo—. Nadie conoce su identidad, sus apariciones en los eventos son todo un enigma.

—¿Quieres decir que no es un torero?

—No, todos creen que es un gran exhibicionista.

—¿Y por qué dicen eso?

—Espera un momento... ya lo entenderás —respondió la joven con los ojos fijos en el centro de la plaza.

El Fantasma seguía sobre el caballo, rodeando el ruedo hasta quedarse solo. Otros caballos fueron liberados de vuelta a la arena, sin jinetes esta vez.

Los ojos de Isabel se asombraron al notar que los caballos parecían saber exactamente qué hacer.

Bajo el mando de El Fantasma, ocho caballos que se dividían en parejas trotaban en círculos; al frente, el individuo en traje de torero, que tenía el rostro oculto por una máscara de satén blanco,

domaba a los animales. Todo el pueblo gritó cuando, a continuación, él se puso de pie, una pierna en cada caballo que guiaba, corriendo ferozmente por la arena.

Asombroso.

Isabel llevó una mano a los labios, incrédula. Sus ojos ahora seguían la figura desbravadora en la arena con intensa curiosidad. Esta vez, los caballos se detuvieron en una sola fila, y la figura en el medio se llevó la mano a la espalda. Fue solo entonces que ella notó que El Fantasma cargaba un arco. Con una flecha sacada de la bolsa de cuero de su caballo, él apuntó hacia un lugar por encima de la multitud. Isabel reconoció el palco vacío de la familia real. La flecha fue rápida y alcanzó una cuerda que se rompió y reveló una bonita y amplia pieza de tapicería. En ella, los colores de la bandera nacional.

—¡Madre de Dios! Se me acelera el corazón con solo verlo —dijo Letizia con una mano sobre el pecho, mientras la otra sostenía fuertemente la tela de encaje que cubría su cabeza.

Isabel asintió, demasiado fascinada para reaccionar de otra manera, mientras veía como El Fantasma se despedía y desaparecía bajo la estructura de la plaza. El sonido de un clarinete anunció la entrada de un torero y el presagio de lo que vendría a continuación.

—Estamos muy lejos, necesito acercarme más—dijo Letizia, tocando ligeramente el brazo de Isabel y moviéndose de inmediato.

—¡Letizia, espera! —Isabel intentó inútilmente alcanzar el hombro de su prima, que se marchó apresurada por el pequeño espacio entre los escalones.

El ruido del público alrededor indicaba que algo había ocurrido en la arena. La curiosidad venció a Isabel por un instante. A la vez que veía a su prima alejarse, ella miraba al centro de la plaza. El enfrentamiento entre el torero y el toro empezaba.

Parpadeando rápidamente y mirando hacia atrás, ya no pudo encontrar a Letizia. Isabel saltó los escalones, ignorando los gritos encendidos a su alrededor y la propia precaución de evitar un escándalo en la casa de su tío. Ya cerca de la arena, con el pecho apretado por el espectáculo sangriento que ocurría justo adelante, sus ojos escudriñaron cada parte de la plaza de toros.

Recordó los libros de historia que su padre le había regalado y una imagen del Coliseo romano vino a su mente. La estructura y la finalidad de la plaza le parecían aterradoramente similares al ver la danza siniestra entre hombre y animal frente a ella.

Sus ojos no dejaban de buscar por la figura familiar de su prima entre la multitud y, finalmente, a través de dicha familiaridad, la encontró. Distante muchos pasos, Letizia se maravillaba en su inocente libertad, completamente absorta entre la multitud. Sus cabellos, firmemente sujetos en un robusto peinado, se hallaban ahora descubiertos, el pañuelo completamente olvidado sobre sus hombros.

Al acercarse a pasos trémulos, Isabel notó la presencia de Juana al lado de su prima.

—¿En qué estabas pensando? —escupió la frase tan pronto estuvo lo suficientemente cerca de las dos.

—Perdóname, Isabel, pero cuando miré hacia atrás, ya no pude verte… Es que estoy acostumbrada a verlo desde aquí.

—¿Acaso me estás diciendo que ya habéis hecho esta locura antes? ¿No veis lo peligroso que es? —gritó hacia Juana, quien solo levantó las cejas.

El ruido de madera rompiéndose seguido de gritos aterrorizados se robó la atención. Isabel volteó sus ojos hacia la arena y pudo ver al torero que yacía en el suelo, mientras su oponente enfurecido invadía los asientos de la plaza, llevando el caos a los espectadores.

—Tenemos que salir de aquí —dijo afligida, al mismo tiempo que su prima se cubría los labios con la mano enguantada, llena de horror.

—Venid conmigo —la voz de Juana en comando se hizo presente.

Tomadas del brazo, las tres comenzaron a correr entre una multitud cada vez más aterrorizada.

—No paréis hasta que yo os lo diga.

La frase de la dama de compañía se perdió en el alboroto. Impulsada por la falta de familiaridad con el lugar y la tensión alrededor, Isabel siguió corriendo, obediente, guiada por Juana, mientras protegía a Letizia a toda costa. Sus ojos observaron con incredulidad cuando pudieron pasar directamente por el curso

aterrorizado de personas frente a la entrada principal y ella se halló corriendo a toda prisa en dirección opuesta a la multitud.

—¿Qué estás haciendo? —gritó, agarrando a su prima con aún más fuerza cuando vio que Juana saltaba del estrecho camino hacia el lado inferior de la arena, aterrizando directamente en una entrada de la que salían algunos animales.

—Confía en mí, sé lo que hago. —Escuchó la respuesta de la audaz dama, que tiraba de sus propias faldas con una mano y guiaba a Letizia para que saltara junto a ella. Aparentemente, no parecía temer a nada en el mundo.

Apoyándose firmemente en sus rodillas, Isabel no vio otra escapatoria más que unirse a ellas. El polvo de la arena la recibió con dureza, mientras un camino desconocido se insinuaba justo delante.

Sus ojos divisaron un largo y oscuro pasillo, de donde salían hombres gritando, apresurados con la intención de remediar la situación descontrolada.

—Pase lo que pase, no os despeguéis de la pared —dijo Juana, adentrándose en la galería oculta.

Las lamparillas impedían la oscuridad total y un olor pungente de sudor y estiércol invadía sus narinas, dejando clara la presencia próxima de animales en alguna parte. Los pasos de la joven guía eran rápidos y precisos, y mientras Letizia parecía acostumbrada, Isabel encontraba dificultades para seguirle el ritmo. Todos sus instintos en alerta le decían que la huida no terminaría bien.

Si al menos hubiera podido convencer a su prima a desistir de la absurda idea de aventurarse en la corrida de toros esta mañana, claramente no estarían en este lío.

De vuelta en la galería, Juana se detuvo, haciendo que los cuerpos de las tres se chocaran. Con manos hábiles, ella tiró de la manija de una pesada puerta y abrió paso a Isabel y a su prima. Al instante siguiente, estaban en otro gran pasillo, pero este estaba desierto y era iluminado por la luz del día. El ruido de la gente y de los carruajes era alto, indicando que solo una pared de piedra a la derecha las separaba de la calle. El pasillo era lo suficientemente ancho como para que caminaran una al lado de la otra. La tensión

no les permitía hablar. Cuando cruzaron un gran portón de hierro y pisaron sobre el suelo pedregoso, la aventura mostraba señales de finalizarse con éxito.

El camino ahora era un callejón un poco más estrecho, pero ya no desierto. Pocos pasos más adelante, giraron hacia un rincón sin salida y se encontraron frente a un pequeño grupo de hombres.

No eran caballeros, concluyó Isabel al notar las vestiduras del grupo.

Bandidos. Sí, era esa la conclusión más probable, aunque uno de ellos estuviera demasiado bien vestido para alguien que vivía oculto, al margen de la ley. Las corridas de toros eran eventos altamente lucrativos para la ciudad y atraían todo tipo de gente en aquella época del año.

Jadeante, Isabel vio como Juana retrocedía con pasos lentos mientras agarraba el brazo de Letizia con más fuerza. Al igual que ella, la dama parecía oler el peligro.

Ninguno de los hombres las había visto todavía. Parecían estar en una especie de discusión, demasiado distraídos para notar a tres mujeres perdidas.

—Cuando yo diga, nos daremos la vuelta y caminaremos lo más rápido que podamos. Solo nos detendremos al llegar otra vez a la calle —dijo Juana en un susurro.

Su plan era bueno, pero lo que ninguna de ellas esperaba era que la discusión de los hombres se saliera de control. El más alto y mejor vestido de ellos sostenía el mango de su pistola y, con ella, asestó un golpe en la cabeza del hombre indefenso, que cayó al suelo.

La escena era aterradora, no había duda de que algo aún peor podría suceder, y el grito asustado de Letizia delató que el crimen tuvo testigos. Los hombres tardaron en reaccionar, incrédulos de verlas allí. Juana aprovechó el instante y se puso a correr, sin dejar a Letizia atrás. Levantando las faldas del vestido, Isabel corrió junto a ellas, el grito de su prima aún resonando en su mente.

La fuga se volvió imposible cuando un cuerpo pesado y fuerte la agarró por detrás, levantándola del suelo. Los pies de Isabel se movían en el aire mientras veía a su prima y a Juana ser capturadas

de la misma manera. Letizia gritó y Juana metió sus dedos en los ojos del hombre que la sostenía, haciéndolo aullar de dolor.

—¡Suéltala! —dijo, pateando al bruto sucio que sostenía a Letizia.

Isabel intentó inútilmente bajar el peso de su cuerpo al suelo y Juana fue agarrada otra vez, ahora por dos pares de brazos.

—A ver, ¿qué tenemos aquí? —dijo una voz masculina con presunción.

Isabel enfrentó al agresor y solo entonces se dio cuenta de que él vestía los colores de la guardia civil.

—Vaya, señoritas, ¿qué hacéis perdidas por aquí? —Su tono burlón contenía una violencia controlada. Isabel sintió que su espalda se tensaba en aprensión.

Buscando a todas con los ojos, Juana hizo una leve señal negativa con la cabeza. Ninguna de las chicas respondió una sola palabra.

—No tengo el humor para adivinanzas, mucho menos para doncellas. Así que empezad a hacer eso que tanto os gusta a las parlanchinas... ¡Hablad! —Su voz sonó agresiva—. No tengo tiempo para esto —bufó. —Vosotros dos, deshaceos de este idiota de aquí. —Señaló al individuo que gemía de dolor en el suelo.

Uno de los hombres asintió y se movió de inmediato. Para Isabel, él tenía la apariencia más peligrosa de todos los seis hombres allí. Un cabello largo hasta los hombros, un chivo debajo del fino bigote bien recortado y una barba que se moldeaba a su mandíbula firme y cuadrada.

Ella no pudo disimular la expresión de asco cuando el individuo agredido por el grupo fue cargado por los dos hombres frente a ella, mientras Letizia cerraba los ojos en un llanto silencioso. El líder, con el uniforme de la guardia civil, avanzó con su mirada fija en Isabel.

—Mira nada más a ti —dijo él—. Tanta dulzura… —Como un depredador, se acercó y tocó su rostro—. Una lástima —susurró.

Disgustada, Isabel escupió en su rostro. Él se rio y se limpió con un pañuelo.

—Veremos cuánto aguantan. ¡Ponedlas de rodillas!

Con brutalidad, Isabel fue arrojada sobre el suelo de piedras. La superficie estaba húmeda y con musgos. A su lado, Juana y Letizia

fueron lanzadas con un golpe sordo. Juana, que hasta momentos antes desplegaba una mirada desafiante, ahora mantenía su cabeza baja, pero fueron sus puños cerrados los que llamaron más la atención de Isabel.

—¿Qué demonios ocurre aquí? —Una voz grave se alzó en el callejón.

Con los ojos fijos en el suelo de piedras, Isabel escuchó pasos que se acercaban, pesados y ruidosos.

Un hombre alto y fuerte, ella podría jurar que así era, se detuvo frente a su verdugo. Con los ojos aún fijos en el suelo, Isabel continuaba su rápida plegaria silenciosa mientras escuchaba los sollozos bajos de Letizia a su lado.

El silencio de los hombres parecía aún más aterrador que cualquier amenaza ya dicha. El aumento de la tensión en el aire era palpable e Isabel sabía que, quienquiera que fuera el que acababa de llegar, tenía el poder suficiente para enfrentar al extraño que las perseguía. Solo le quedaba saber cuál de los dos podría representar un riesgo menor para ella y sus compañeras.

—Dramático, como siempre —dijo el oficial, su tono era de escarnio—. Aquí no pasa nada extraordinario.

—¿Seguro? Entonces, ¿por qué las damas están en el suelo, asustadas? —La voz del recién llegado se hizo aún más inquisitiva. En poco tiempo, todo el ambiente parecía hacerse más pequeño con sus pasos. Firmes y expansivos. Caminaba entre todos como si todo lo que tocara el suelo le perteneciera.

Sus botas eran bien lustradas, caras. Armándose de valentía, Isabel se permitió levantar los ojos para observar al extraño. Sus ropas estaban alineadas como las de un caballero, pero los colores delataban la indisciplina de un aventurero. Un abrigo azul sobre unos pantalones beige que evidenciaban piernas largas y muslos poderosos. Respirando profundamente, Isabel continuó su rápido reconocimiento del desconocido. Su apariencia denotaba una bruta sofisticación, sus cabellos eran negros, tan oscuros como la parte más oscura de la noche, y largos hasta los hombros, para su asombro. No llevaba sombrero, pero ataba los cabellos en la nuca. Su rostro tenía rasgos duros, ojos profundos y mostraba un ceño

fruncido. Parado a pocos metros de ella, el hombre irradiaba una presencia avasalladora en un aura llena de masculinidad. Era como si el peligro estuviera materializado, al alcance de sus manos.

—¿Damas? Por favor... si no son más que prostitutas. ¿No ves a la negra?

El tono burlón del hombre frente a ella hizo que la escena de instantes atrás volviera a la mente de Isabel. La llegada del nuevo individuo indicaba aún más peligro para la aventura de las jóvenes. A su lado, Letizia continuaba rezando con sus grandes ojos claros medio cerrados, y Juana tenía su cabeza inclinada hacia las piedras en el suelo. Sus ojos no parpadeaban, su pecho ni siquiera se movía con la respiración, pero Isabel podía jurar que ella estaba conscientemente alerta, vigilante, en busca de una pequeña oportunidad para escapar.

Fue entonces cuando supo que las probabilidades estaban en su contra. El destino de todas ellas dependía de la resolución entre los dos sujetos. Eran como cabezas de premio, no importaba que fueran de carne y hueso, lo que sucediera a continuación era ajeno a sus deseos.

Como cuando su padre le enseñaba a curar a los enfermos que ayudaba a atender. "Presenta al enfermo el toque para la cura y deja que la enfermedad descubra el camino para irse".

Isabel sabía que allí tendría solo una oportunidad. Por eso, cuando el extraño corpulento se acercó aún más, su rostro se mantuvo altivo. La mirada del hombre adquirió un aire de curiosidad sobre ella e Isabel supo que era la hora. Lentamente, se puso de pie.

—Al final, ¿qué quieres? ¿Desde cuándo te preocupan tanto las prostitutas? —dijo el oficial al lado, aún en tono burlón.

Mirando atentamente a Isabel, el desconocido mantuvo su mandíbula tensa. Parecía altamente disgustado. Su vista se posó brevemente sobre Letizia y Juana, que aún yacían en el suelo, para luego encontrarse con los ojos de ella otra vez.

—¿Es usted una prostituta? —exigió con su tono firme y grave.

—No —respondió prontamente, desafiando al perseguidor a su lado. El recién llegado podía ver claramente su expresión, su vestido

de la moda y su mantilla blanca. Un hombre inteligente sabría reconocer a una dama. Un hombre justo y honrado se arriesgaría para salvarlas. Si su desconocido era algo de eso, él sería su salvación. El camino para continuar viviendo. —No soy ninguna prostituta. Ninguna de nosotras lo somos —volvió a decir.

El mundo entero cabría en los ojos oscuros y penetrantes que la miraban.

—Don Guillermo lleva mucho tiempo buscándote. Creo que no quieres que él te encuentre en el edificio de la guardia nacional —dijo al oficial.

—Nada que no pueda resolverse más tarde...

—Si no ahora, me aseguraré de que sepan e investiguen lo que haya ocurrido aquí. Y no hablo solo de lo de estas señoritas —dijo con los ojos en las pequeñas manchas de sangre más adelante.

El oficial soltó el aire con irritación.

—Juan, lleva a las "damas" a un lugar seguro y... —empezó a decir el oficial a uno de los suyos.

—No soy estúpido, Alonso. Desaparece de mi vista antes de que me arrepienta de haberte amenazado tan suavemente. Yo me encargaré de dejar a las señoritas en un lugar verdaderamente seguro.

—Te crees un verdadero héroe, ¿no es así?

—¿Y qué pretendías hacer con ellas, al final? Si no tenías malas intenciones, no veo por qué te molesta mi ayuda. —Ambos se pusieron frente a frente, en una batalla silenciosa.

—Que quede claro que la última palabra no fue tuya, hermano —silbó él, y con el dedo hizo una señal, indicando a los hombres que lo acompañaban que se fueran.

Isabel pudo jurar que su corazón pesaba una tonelada en ese momento.

—Señorita, creo que, por su bien, lo más inteligente sería que se fueran a sus casas lo más rápido posible.

—Sí, sí, claro. Señor, me faltan palabras para agradecerle por interceder por mí y por las damas que me acompañan.

—Si acepta un consejo, señorita, de todos los días, este no es el mejor momento para estar en la ciudad, al menos no sin una

protección masculina.

Isabel se sintió algo estúpida con dicha afirmación.

—Entiendo su consejo y, una vez más, gracias por evitar que algo peor sucediera.

El caballero la miró seriamente por un momento.

—Lamento decirlo, pero lo que sea que hayan presenciado causará mucho menos conmoción en sus vidas que el hecho de explicar por qué andaban solas por estas callejuelas.

Isabel tragó saliva.

—Yo… yo… nosotras…

El llanto alto de Letizia se hizo presente otra vez cuando la joven buscó equilibrarse sobre sus propios pies, buscando el apoyo del cuerpo de su prima.

—Cálmate, Leti, todo está bien ahora. —Las manos de las dos, sudadas por el terror, se encontraron. —Perdón, señor… Creo que aún no hemos sido presentados…

—Suélteme, puedo levantarme muy bien sola. —La voz de Juana, fuera de sí, las alcanzó.

Todos miraron al hombre que intentaba, inútilmente, ayudarla. No se vestía como un caballero. Su cabello también era más largo de lo apropiado para la sociedad y llevaba un chaleco repleto de arabescos dorados. Isabel podría apostar su camafeo más valioso a que en las venas de aquel enorme hombre corría sangre gitana.

—Solo busco ayudarla —dijo él con una voz alarmantemente grave.

—No necesito su ayuda —replicó la dama de compañía.

—Juana, creo que no es el mejor momento para tratar así a nuestros salvadores. —Isabel intentó aconsejarla.

—Estaré realmente agradecida cuando dejen claro qué quieren a cambio.

Los ojos de Isabel se agrandaron.

—Perdónela, señor. Creo que todas estamos alteradas por los acontecimientos. Obviamente, estamos altamente agradecidas por su intervención. Si nos lo permite, debemos ahora regresar a casa.

—¿Qué clase de salvador sería yo si permitiera que se pusieran en riesgo otra vez? —La boca de la joven se abrió en protesta, en

vano. —La ciudad está en fiesta. Las calles, repletas de multitudes. Permitan que yo y los hombres de mi confianza las acompañemos.

—Gracias, pero no creo necesario que... —Juana tomó la delantera, pero fue interrumpida.

—Aceptamos su oferta. —Interrumpió Isabel.

—¿Aceptamos? —Las cejas de Juana se arquearon en un desafío.

—Es lo más prudente. Tú te dejaste llevar por la absurda idea de Letizia de venir a las corridas hoy. —Los ojos de la acompañante se encendieron, e Isabel continuó—: Tu deber es siempre mantener a mi prima a salvo, pero mira dónde estamos ahora.

—¿Mi deber? ¿Qué sabes, por casualidad, sobre mis deberes en esta familia?

La joven dama de compañía no la apreciaba. Isabel lo había presentido desde la primera semana tras su llegada a la casa del tío. En aquel momento, pensó que tal vez fuera por la pequeña pérdida de comodidades de Juana al dejar de dormir en el enorme cuarto junto a Letizia y verse sola en un cuarto más sencillo. Los ojos de la acompañante ahora revelaban que había algo más detrás de su antipatía.

—Solo quiero que mi prima esté fuera de peligro y en casa, de donde jamás deberíamos haber salido esta mañana. —Con determinación, Isabel se volteó hacia el desconocido, que esperaba pacientemente.

—Señor, sería de gran valor su escolta hasta nuestra casa.

—Siendo así, no hay más que decidir. Zalo, asegúrate de que las dos jóvenes lleguen intactas a su destino. Usa mi carruaje particular, si eso las hace sentir más cómodas. En cuanto a mí, llevaré a la señorita... —Sus dedos chasquearon como en una petición.

—Isabel, Isabel Fuentes —dijo ella ansiosamente.

—En cuanto a mí, yo mismo llevaré a la señorita Fuentes a casa. Será un breve paseo, lo aseguro.

—¿A pie? Pero, ¿por qué iría separada de mi prima y...

—Estos son mis términos, señorita. Es tomarlo o dejarlo.

Isabel tragó saliva, sintiendo la tensión volver a su vientre. ¿Estaría cambiando un peligro por otro aún mayor?

Los ojos del desconocido no se apartaban de los suyos, inspeccionando cada parte de su rostro. ¿Buscando fallos? ¿Reconocimiento? Ella no lo sabía, pero lo que sí sabía es que el hombre frente a ella la intrigaba. Caminaba como si cada pedazo de suelo le perteneciera y, aun así, no parecía ser arrogante. Sus maneras no mostraban ostentación, como las de cualquier otro noble, pero ella podría jurar que sus ropas, aunque inusuales, eran costosas de una manera que solo un hombre con acceso a la aristocracia podría permitirse.

Extrañamente, el caballero no emanaba un aire de peligro, como el desafortunado oficial que acababa de retirarse. Sus facciones eran distinguidas y al mismo tiempo transmitían un espíritu indomable, feroz. Para el terror de Isabel, nada de eso le daba motivo alguno para sentir miedo. Desprendiéndose de las convenciones sociales, el pudor... Todo lo que le quedaba sobre el desconocido era curiosidad.

—Señor... ¿Zalo? —llamó tímidamente, volteándose al otro hombre.

—Gonzalo Montoya, para servir a Dios y a las señoritas —dijo la montaña de piel y músculos con una voz fuerte, cuyo eco podría hacer temblar cualquier frágil construcción a su alrededor.

—Prometa que llevará a mi prima y su acompañante sanas y salvas a casa —pronunció con tono de advertencia.

—Tiene mi palabra, señorita Fuentes. —El rostro del hombre se transformó en una expresión suave y comprometida. Con la experiencia de haber visto a los más bravos hombres confesando sus pecados en su lecho de muerte durante los servicios médicos que realizó junto a su padre, Isabel sabía que Gonzalo no mentía. Ella simplemente asintió en respuesta.

—El señor Montoya os llevará a casa, querida. Pronto nos tomaremos un té juntas para aliviar la tensión del día. —Usando su mirada benevolente, sostuvo la mano de su prima por un momento y la guio hacia Zalo.

—Isabel... —La voz de Juana fue interrumpida por el brazo apaciguador de Letizia.

—Nita, es lo mejor. —Con un suspiro, Juana pareció resignarse y aceptar la propuesta.

—Permítame, señorita. —Zalo, con una caballerosidad desacostumbrada, ofreció su brazo a Juana.

—¡Ni que estuviera loca! —El hombre oyó y sonrió por primera vez.

Los pasos de los tres se escucharon por la galería mientras Isabel y el desconocido se examinaban.

—¿También me dejará sana y salva? —murmuró.

—Si hubiera tiempo para conocernos, señorita Fuentes, aprendería que no hay nada más valioso en todas mis posesiones que mi palabra. —Él le ofreció el brazo al mismo tiempo que sus ojos hacían una pregunta inaudible. Y fue con completo asombro que Isabel se dio cuenta de que haría algo que prometió a su padre nunca hacer: confiaría en un extraño.

De vuelta al caos de las avenidas, Isabel se mantuvo erguida y cohibida por la proximidad con el cuerpo masculino a su lado. Caminaban lentamente, esquivando carruajes y gente desesperada por llegar a algún lugar.

Ella se preguntaba qué decirle. El desconocido no tenía el aire jactancioso de quien lleva a una hermosa dama en brazos. Esto la inquietaba, de cierta manera. Había tenido una crianza lo suficientemente honesta por parte de sus padres para saber que nadie era tan bondadoso sin más.

—Si no me dice a dónde debemos ir, pronto andaremos en círculos, señorita.

—Perdóneme, claro que sí. ¿Cómo podría saber usted dónde estoy hospedada?

—¿Hospedada? Entonces, ¿no es sevillana? —El hombre sonrió con el rabillo de los labios, despertando sensaciones en Isabel que casi la hicieron sonrojar.

—¿Dije hospedada? ¡Qué cabeza la mía! He vivido toda mi vida en Madrid, junto a mis padres, solo recientemente llegué a la ciudad. Tal vez aún no la veo como un hogar. Después de todo, esta es la primera vez que tengo el valor para un paseo, tras el luto...

Él interrumpió sus propios pasos y se puso frente a ella.

—¿Está de luto? —Sus ojos escrutaron el vestido de Isabel, esta vez con un respeto solemne. —Siento mucho por su pérdida,

quienquiera que haya sido, señorita. —Su mirada, otra vez profunda, volvió al rostro de ella. Ella vio honestidad en su declaración y su salvador la intrigó aún más.

—He perdido a mi padre recientemente. Él era lo que me quedaba en nuestra casa. Mi madre... ya se fue hace bastante tiempo. —Su voz sonaba resignada, para su propia sorpresa.

—Mis más sinceras condolencias. Se ve que es una sobreviviente. —El robusto brazo de su acompañante volvió a estar junto al suyo.

—No me veo de una manera tan dramática —dijo, intentando ignorar de todas las maneras el calor que volvía a emanar por la proximidad de los cuerpos. —De cualquier manera, la vida debe seguir adelante, fue así como terminé aquí... en Sevilla. —Sus pasos, aunque rápidos, luchaban por seguir aquel potente caminar. —Vivo con mi tío, cerca de la Alameda de Hércules. Una casa que se puede ver desde la plaza... Mi tío la compró recientemente...

—¿Del Marqués de Miraflores? ¿Es usted sobrina de Don Ramiro Fuentes? —Su frase sonaba más como una afirmación que como una pregunta. Su mirada denotaba sorpresa.

—¿Conoce a mi tío?

—Bueno... Todos tenemos alguna pieza de la cerámica Fuentes en casa.

—Sí, puedo entenderlo. Los negocios realmente le fueron muy bien.

—No hay dudas de que sí. Sin embargo, nunca he escuchado noticias de que él tuviera a alguien más en la familia, además de la hija. Su prima, la que estaba con usted, ¿no?

—Bueno, él y mi padre no se hablaban mucho, pero nuestras visitas siempre fueron mucho más frecuentes en la granja de la familia, en el norte, que aquí, en Andalucía.

—¿Y a qué se dedicaba su padre? —preguntó tras cruzar una enorme avenida con la Alameda justo al frente.

—A salvar vidas. Era médico y sus pacientes eran su mayor preocupación. Después de mí, por supuesto. Tal vez por eso me permitió pasar tanto tiempo a su lado mientras ejercía.

El hombre la miraba con gentileza. Isabel no encontró más rudeza en su mirada, quizás porque ahora él tenía un atisbo de

quién era ella.

Continuaron la caminata con presteza. Pronto, rodearon la Alameda de Hércules en incómodo silencio. Él estaba cumpliendo su palabra, pero Isabel no dejaba de sentirse angustiada por la situación.

—Sabe que cometió una gran tontería arriesgándose hoy, señorita.

—No tiene que decirme eso. Me opuse a esa locura desde el principio. Me pregunto si no hubiera estado allí... algo peor podría haber ocurrido. —El breve vislumbre de volver a estar acorralada en las callejuelas saltó a su mente otra vez, causándole escalofríos.

—Sé que la modernidad en Madrid da una sensación de mayor libertad, pero hay muchos peligros para una dama escondidos en Andalucía, señorita Fuentes. —Su voz de advertencia estaba de vuelta.

—No dudo que los haya, señor.

Y allí estaba la inmensa casa de los Fuentes, a solo unos metros de distancia.

—Me salvó la vida. Se ve que es un hombre honrado, muchas gracias —soltó las frases cuando su mano tocó uno de los hierros del enorme portón.

—No soy un hombre honrado, soy un hombre de negocios. —Los ojos del desconocido se volvieron implacables otra vez.

Ella se preguntaba qué decirle.

—Quiero decir que mis acciones en la vida siempre están basadas en una oportunidad de ganancia. —Isabel ya no veía en él la expresión pulida de antes. Empezó a sentir como si estuviera cerca del propio diablo, extendiéndole la pluma y el tintero para que firmaran un pacto.

—No entiendo… ¿quiere decir que estoy en deuda con usted?

—¿Puede pensar en algo más valioso que su vida y su reputación? —el hombre se burló.

Con furia reprimida, ella respondió:

—Mi honor y mi carácter, que, por cierto, no están a la venta. Entonces, dígame, ¿cuánto quiere? —escupió las palabras con los ojos llenos de indignación.

—Me gusta su manera de pensar, pero no, esto no involucra dinero, Isabel.

—Señorita Fuentes. Y a usted, a quien debo la vida, ¿cómo debo llamarlo?

La imagen de Juana espiando desde la puerta hizo que el hombre esbozara una sonrisa por unos instantes. Como si fuera llamado por las fuerzas del pensamiento, un coche negro se detuvo frente a ellos. Cuando la puerta se abrió, Zalo la saludó con un movimiento de cabeza.

—Creo, señorita Fuentes, que en lo que respecta a mi persona, cuanto menos sepa, mejor será para su salud. —Sin permiso, el hombre tomó su mano derecha y depositó en ella un beso. El toque, incluso sobre la piel enguantada, erizó su piel.

Sin más, el desconocido se fue en el carruaje.

Cuando Isabel finalmente puso los pies en el piso de mármol de la casa de los Fuentes, estaba sana y salva, pero aún no sabía que acababa de sellar su destino.

CAPÍTULO
DOS

Ninguna de las jóvenes logró dormir bien aquella noche. En un acuerdo colectivo, se sentaron juntas a la luz de la lámpara en el cuarto principal, mirándose y haciendo bromas ligeras mientras intentaban digerir lo ocurrido durante el día. Ya casi había amanecido cuando el sueño las venció a todas.

El choque de algo frío y voluminoso contra su rostro hizo que Isabel despertara asustada. Forcejeando con los ojos cerrados, pudo escuchar la voz inflexible de Juana.

—Despiértate, tenemos problemas —dijo la joven dama de compañía, lanzándole otra almohada en el rostro.

—¿La casa está en llamas? —murmuró, bostezando.

—Si Don Ramiro descubre lo que pasó ayer, puedes estar segura de que sí.

Isabel se sentó en la cama con los ojos muy abiertos.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó en desesperación a la joven.

Juana se encontraba cerca del tocador, ya completamente vestida para el día. Sus ropas no ostentaban lujo, pero eran absolutamente modernas. Hoy, sobre la larga blusa blanca de algodón con volantes en el cuello, su cintura estaba marcada por un corsé granate a juego con su larga falda carmesí. No llevaba polisones, pero la falda era generosamente voluminosa. Sus rizos estaban perfectamente recogidos en un moño.

—El hombre que te trajo a casa ayer se llama Eric Casanova y, abajo, en este momento, tu tío está teniendo una conversación con

nada más y nada menos que Don Guillermo Casanova. Su padre. ¿Qué cree que vino a hacer aquí tan temprano? ¿Intercambiar cintas de satén con el señor Fuentes?

Eric Casanova.

Así se llamaba el misterioso hombre que la había salvado ayer. Pero, ¿por qué había decidido no revelarle su nombre?

—¿Sabías quién era todo el tiempo y no pensaste que sería importante decirlo? —preguntó.

—No me pareció prudente decirlo en el momento. Estaríamos mejor si olvidáramos lo que pasó ayer... pero ya veo que, tan pronto, eso no será posible.

Sin tiempo para pensar en los detalles, Isabel aceptó la ayuda de Juana para cambiarse. Usando un vestido gris oscuro, porque aún no se sentía bien del todo para abandonar el luto, y recogiendo sus cabellos rubios apresuradamente, ambas salieron hacia la sala de visitas.

Encontraron a Letizia, aún en ropa de dormir, con una oreja pegada a la puerta del despacho de Don Ramiro.

—¿Qué haces? —preguntó Isabel, pero fue silenciada por su prima.

—Baja la voz —murmuró la joven somnolienta.

—¿Cuánto tiempo llevan ya encerrados ahí? —Isabel preguntó a Juana.

—Unos veinte minutos, tal vez.

Una tos seca se destacó entre el murmullo de conversación en el despacho.

—Espera. —Isabel empujó a Letizia, quien cayó sentada en el suelo, y miró por el agujero de la cerradura el interior la sala. — Ese hombre ha estado aquí antes... Viene casi todas las semanas a hablar con el tío Ramiro.

—El Barón de Altamira y papá son amigos desde hace muchos años. Le dije a Juana que su presencia aquí no debe significar nada grave, pero ella insiste en estar desesperada...

—¿Tú también sabías quiénes eran esos hombres de ayer? —le preguntó a su prima.

—No tenía idea. Los hijos del barón nunca visitan esta casa, solo los conozco de nombre. Papá nunca me lleva a los eventos sociales. Este año será mi primera temporada. ¿Cómo podría saberlo?

Juana rodó los ojos. El ruido de un hombre tosiendo atravesó la puerta nuevamente.

—¡Tengo una idea! —Levantando las faldas del vestido, Isabel subió disparada por las escaleras, otra vez en dirección al cuarto.

Algunos minutos después, estaba de vuelta con un pequeño frasco en las manos.

—¿Qué vas a hacer? ¿Envenenar al hombre? —Los ojos de Juana se abrieron de par en par.

—Claro que no. —Isabel se llevó la mano al pecho, horrorizada con la idea—. Haré algo dentro de la ley. Espiaré la conversación de forma honesta. ¿Me ayudarías a preparar una bandeja de té y galletas?

—¿Quieres que sirva té y galletas? —La dama de compañía parecía ultrajada.

—No he dicho eso. Quiero que me ayudes a prepararla, no sé dónde está nada en la cocina. Yo misma la llevaré, lo prometo.

Juana la miró por unos instantes con los ojos entrecerrados. Cediendo, la llevó, empujándola del brazo hasta la cocina.

Bajo la atenta mirada de la joven de cabellos negros y rizados, Isabel arreglaba la bandeja con esmero. En una de las tazas, vertió cuidadosamente un poco del contenido de un líquido misterioso.

—¿No vas a decirme qué es eso? —preguntó Juana, curiosa.

—Es mi pretexto —respondió, concentrada.

Con pasos leves, se dirigió una vez más hacia la puerta del despacho, donde Letizia seguía con los oídos atentos. Su prima ayudó, golpeando suavemente la gruesa madera pulida.

—Disculpe, tío Ramiro. —La joven entró unos centímetros en la sala sin esperar por su permiso. —Disculpe si interrumpo, pero decidí atreverme a traer esta bandeja con algo que picar. No creo que haya tenido tiempo para un breve desayuno esta mañana. —Su voz sonaba dulce, y sus ojos brillaban con una modesta inocencia.

Los hombres, sentados uno frente al otro alrededor del amplio escritorio de caoba, interrumpieron la conversación y la miraron con

curiosidad seguida de cortesía. Isabel examinó rápidamente su alrededor. El despacho era grande, lleno de estanterías que cubrían las paredes hasta el techo. En su mayoría, contenían libros financieros. Un enorme sofá cubierto con un terciopelo sin brillo ocupaba una de las esquinas, al lado de un cómodo sillón del mismo tejido.

—Adelante, querida. —Con una breve sonrisa, Don Ramiro le indicó con el dedo que se acercara a ellos. —Memo, esta es la sobrina de la que te he hablado. Isabel, la hija de mi difunto hermano, que ahora vive bajo mi protección. Querida, saluda a este gran amigo de tu viejo tío, el Barón de Altamira, Don Guillermo Casanova.

—Don Casanova, es un placer conocerlo —dijo ella con una leve reverencia.

—Es un gusto conocerla, señorita. —Con una leve inclinación de cabeza, él devolvió el saludo—. Qué maravilla encontrar algo mejor que esta carcasa tuya, Ramiro, cuando vengo a visitarte. ¿Y desde cuándo me tratas con tanta formalidad? «Mi gran amigo», «el Barón de Altamira» —repitió en tono jocoso, rodando los ojos—. Señorita Isabel, su tío es un tacaño que, en todos estos años de negocios, jamás me ha ofrecido ni una sola galleta. Solo el licor más barato que importa de Portugal...

—Vamos, cállate, Guillermo —interrumpió Don Ramiro.

Con una leve sonrisa, Isabel continuó.

—Pues que aproveche, señor, y sírvase a gusto. Le aseguro que las galletas son lo mejor que preparamos en esta casa.

—Primero, Letizia… ¿Ahora también vas a esconder esta joya de todo y de todos? —El hombre terminó la frase con una ligera tos.

Era el momento que Isabel esperaba.

—Don Casanova, perdón si estoy siendo muy atrevida, pero no pude evitar notar que esa tos le molesta. Tomé la libertad de preparar su taza con un poco de láudano, que ayudará a aliviar su problema. Creo que se debe a una gripe mal curada, ¿cierto?

Don Guillermo abrió los ojos ligeramente.

—Ramiro, ¡llévala a la plaza y te harás aún más rico! Además de bella, tiene poderes místicos de adivinación. —El señor Fuentes

asintió, ignorando el comentario del amigo—. De hecho, esta carraspera no me deja en paz.

—Es muy amable de tu parte, querida, gracias —le agradeció el tío.

—Si quiere, señor, me gustaría regalarle todo el frasco. Es uno de los mejores medicamentos usados por mi padre. Fue un gran médico y me enseñó muchas cosas. Por eso, me siento en la obligación de ayudarlo. —Isabel ofreció el frasco con una suave reverencia a Don Casanova.

—Es muy gentil de su parte, joven. No deje que su tío la esconda detrás de estas paredes, ¿me oye bien? —dijo el barón tras tomar el frasco delicadamente de las manos de Isabel.

El tío asintió, pareciendo aburrido.

—Llévatela a alguna recepción en mi casa, y a Letizia también. Saca a estas beldades de este mausoleo y embellece los salones un poco con algo mejor que tu cara. Las escondes tan bien como tu dinero —completó con una carcajada.

Isabel miró a su tío sin entender, quien levantó las manos en un gesto apaciguador.

—Gracias una vez más, querida. Más tarde hablaremos sobre este tema.

—Por supuesto, con su permiso. —Con una rápida reverencia, Isabel se giró y caminó hacia la puerta.

En el pasillo, dos pares de ojos atentos la esperaban.

—¿Y entonces? —inquirió Juana, curiosa.

—No es nada. —Isabel movió la mano con desdén—. Están hablando de negocios y de una recepción en la casa del barón.

—¿El barón se mostró sorprendido al verte? ¿Notaste si hablaban de algo muy serio? —susurró Letizia, sujetando con fuerza su cofia.

—Absolutamente. Conversan distraídamente. Don Casanova solo se mostró sorprendido por conocerme.

—¡Gracias a Dios! —Isabel vio a su prima recostarse con los ojos cerrados contra la pared, mientras Juana la miraba con una expresión indescifrable.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—No eres como pensé que fueras.

—¿Cómo pensaste que fuera?

—Estúpida —dijo, como quien nota que está a punto de llover. Inmediatamente después, tiró de Letizia hacia las escaleras para ayudarla a vestirse.

—¿Gracias? —declaró Isabel, sorprendida, al verse sola en el pasillo.



Era el final de la tarde cuando el tío pidió a una de las criadas que llamara a Isabel. Ella entró en el despacho con pasos ligeros por segunda vez en el día y se sentó en la cómoda silla frente a quien ahora era su protector.

Se mantuvo erguida, con los pies y las manos juntos, esperando las palabras de Don Ramiro. Sin rodeos, el hombre dejó los papeles de carta sobre la mesa y comenzó a hablar:

—En dos días, habrá un baile en la casa del Barón de Altamira. Será una recepción formal, una noche para honrar al Duque de Granada, quien estará en la ciudad tras una larga ausencia.

—Entiendo.

—Se rumorea que el hombre está en busca de una esposa... Y, bueno, contigo aquí para apoyarla, creo que será adecuado que Letizia comience a asistir a los eventos sociales. No es que haya planes arreglados, pero pensar en un título no le hace mal a nadie.

El vientre de Isabel se contrajo con fuerza al pensar en su prima y en un posible matrimonio con un completo desconocido. Si él planeaba eso para su propia hija, que era más joven que ella, qué diría de los planes que su tío tendría para ella misma. Ahora sería el momento para hablar de sus planes sobre la facultad de medicina. Que su dote había sido todo ahorrado para eso, que ese era su gran sueño y que incluso su padre veía ese plan con buenos ojos.

Tal vez, esperar hasta el final de la temporada para que el tío se diera cuenta de que ella no era más que una persona común y aburrida para el círculo social no funcionaría.

—Bueno, eso me recuerda que... —comenzó, pero fue interrumpida.

—Quiero que ayudes a tu prima a prepararse para el baile. Llévatela a la modista, al joyero... Lo que sea necesario. Y haz lo mismo para ti, creo que es hora de dejar el negro, ¿no te parece?

—Yo estaba pensaba vestirlo todo el año, por el período oficial del luto...

— ¿Un año completo? Creo que es demasiada conmiseración, querida. Seguramente tu padre no querría eso. Y no te preocupes por los comentarios, si no hablamos mucho de ello, nadie se preguntará por qué ya no estás de luto.

Isabel respiró hondo, aceptando la derrota. El luto era una gran ventaja en su plan.

—Ya es difícil ser visto como el "comerciante de cerámicas", aunque mis bolsillos estén llenos de dinero —continuó hablando el tío—, por eso compré esta casa, porque las puertas comenzaron a abrirse. —El hombre apretó las sienes con los dedos de la mano izquierda—. Dejaré a Letizia bajo tu responsabilidad. Dios es testigo de que he postergado este momento por mucho tiempo, que mis dolores de estómago lo digan.

—¿No estaría mejor pedir la ayuda de Juana? Ella también ayuda a cuidar de Letizia y la conoce mejor...

—No. ¿Por qué haría eso? Ella tiene sus propios quehaceres.

¿Qué quehaceres serían esos? Se preguntaba Isabel. Además de ser compañía para su prima, no veía a la joven ocuparse mucho en la casa. No es que eso le molestara, pero le generaba curiosidad.

—Está bien —afirmó Isabel, asintiendo. El tío parecía estar cansado y estresado. No era el mejor momento para exponerle el peso de sus planes. Esperaría hasta algunos días después del evento. Al fin y al cabo, ¿qué de malo podría pasar en un baile?

CAPÍTULO

TRES

El mayor de los hijos del Barón de Altamira estaba aburrido.

Eric Casanova se fastidiaba constantemente en tierra firme. Acostumbrado a los largos viajes en barco de los últimos años, siempre temía dejar una parte de su yo sociable en el océano.

Cajones, barriles, carbón, whisky, hombres sudados y sucios lo hacían sentirse más a gusto. Muy diferente de donde estaba ahora. El Palacio de los Casanova, como su padre, el Barón de Altamira, solía llamarlo, estaba en fiesta esa noche. Desde el balcón de uno de los pasillos del segundo piso, Eric podía observar el patio de la casa completamente tomado por la decoración ornamentada con candelabros y flores. En algunas paredes, espejos reflejaban a las parejas danzantes mientras se servía una cena exagerada para los invitados. Exagero: la palabra que definía esa casa.

Después de los eventos en el festival en la Plaza de Toros, Alonso se había ido de viaje a Asturias otra vez. Para su padre, un disgusto; para Eric, un problema menos. El hermano había vivido en el norte en los últimos años a expensas de la familia. El poder derivado de su cargo en la guardia civil parecía no haberle traído ninguna responsabilidad, solo más soberbia.

La fila de invitados recién llegados a la fiesta llamó la atención de Eric por un momento. No por las matronas con sus debutantes pintadas a mano, sino por el hombre acompañado por dos jóvenes: Don Ramiro Fuentes, su hija y ella...

Señorita Fuentes… Isabel.

A diferencia de su prima —Letizia, si bien recordaba—, que llevaba un vestido rosa lleno de flores que la hacía parecerse a un pastel, Isabel traía un vestido de noche en tono azul celeste, sereno y casi virginal. El tono acentuaba su piel, lo que le hizo pensar en los ojos de la mujer a la que salvó.

Desde su encuentro con la sobrina de Fuentes días atrás, Eric se preguntaba si aquella dama realmente necesitaba ayuda. Él enfrentaba con tristeza el hecho de no poder estar seguro sobre la suerte de los posibles acontecimientos perpetrados por su hermano. Compartían la misma sangre, pero hacía mucho que Eric había aprendido que jamás serían amigos. Eran demasiado distintos... Y Alonso, concluía amargamente, no era digno de confianza.

Deshaciendo la mueca de indignación que hizo al pensar en su hermano, Eric apretó, sin darse cuenta, la copa que tenía en manos al notar a los caballeros mirando indiscretamente a la señorita Fuentes. La dama tenía la mirada agachada, y sus manos iban constantemente al brazo de su prima, que parecía encantada con todas las atenciones que recibía.

Un cuarto de hora más tarde, Eric bajaba las escaleras del Palacio Casanova en dirección a la fiesta. Su padre se encontraba entretenido junto a los viejos aristócratas tan serios como él, mientras se jactaban de su amistad con el homenajeado de la noche, el Duque de Granada. Sin pensarlo, hizo otra mueca. El hombre tenía poco menos que su edad y aún no había logrado nada en su vida por sus propios medios. Un título heredado en estos tiempos no era más que eso, un título. La aristocracia se dejaba comprar y vender por la oferta más alta en las últimas décadas, esta fue una lección importante que aprendió a lo largo de sus treinta y tres años.

Desviándose de los invitados dispuestos a cualquier cosa por un minuto de conversación inútil, se acercó a la familia Fuentes, que se encontraba al borde de la pista de baile.

—Don Ramiro Fuentes, es un placer verlo en nuestra casa —saludó al hombre que derrochaba orgullo y sonrisas.

La señorita Isabel pareció reconocer su voz y, con los ojos alarmados, levantó la vista. Eric estaba allí para atrapar su mirada.

—Señor Casanova…

—Eric, por favor... Sé que mi padre está muy complacido con su presencia —interrumpió, simpático.

—Eric, es una noche inmejorable. Le estoy muy agradecido a su padre por la invitación...

Observar la reacción de la señorita Fuentes era divertido. Una combinación de pánico y petulancia.

—Está usted acompañado de bellas damas, Don Ramiro —dijo con una sonrisa ensayada por el propio demonio.

—Bueno, déjeme presentarle. Como debe recordar, tengo una hija. Esta es Letizia, la más joven de las prímulas de mi casa.

¿Prímulas? —se preguntó Eric.

—Encantada. —La joven se sonrojó como tomate en época de cosecha y terminó sostenida por su padre tras hacer una larga reverencia. Eric sintió la urgencia de contenerse ante sus ganas de reír. No quería dejarla aún más avergonzada.

Al menos, no a esta prímula.

—Mucho gusto, señorita. —Sus ojos ahora estaban totalmente enfocados en Isabel—. No recuerdo haber sabido que tuviera más que una hija, Don Ramiro.

—Bueno... —el hombre tosió y se golpeó el pecho con ansiedad, como si acabara de tragar diez puros de una sola vez—, esta es, en realidad, mi sobrina. Isabel, hija de mi difunto hermano, que ahora alegra mi casa —dijo el anciano entre carraspeos.

—Señorita Fuentes, me siento fascinado en conocerla. —Su mirada ocultaba una diversión detrás de la sonrisa pulida que solo Isabel percibía.

—Es todo un placer conocerlo, señor. —Su tono era educado y firme.

Eric casi olvidó su obligación de no reírse.

—Señorita Fuentes, ¿acaso su tarjeta de baile está completa? Me gustaría mucho invitarla al próximo vals. Con su permiso, por supuesto, Don Ramiro.

—En realidad, esta noche solo estoy acompañando a Letizia y... —intentó escapar, la pobre dama.

—Y se muere de ganas de bailar. Siéntase libre, señor Casanova. —El hombre le dio un leve empujón a su sobrina, dejando a Eric algo pasmado.

Con un leve carraspeo, él se recompuso, ofreciendo la mano a Isabel. Ella la aceptó con una breve reverencia. Ambos caminaron en círculos por el salón esperando la próxima música. Cuando el ritmo cambió tras un breve descanso de los músicos, Eric condujo a la joven al centro del salón, entre las demás parejas. En el primer acorde del violín, los dos se encontraron frente a frente en los pasos clásicos.

—Se encuentra muy callada hoy, señorita Fuentes —la instigó unos instantes después.

—Temo no tener mucho que decir esta noche, señor Casanova.

—Ah, por favor, señorita Fuentes, así me decepciona. Creo mucho en su potencial para las conversaciones sociales. —Ambos flotaban con tranquilidad por el salón.

La mujer tenía la piel suave como el algodón. Pensó en lo escandaloso que sería si dejara que su mano se deslizara por toda la extensión de su brazo.

—Parece demasiado ansiosa por volver a la compañía de su tío —murmuró cuando la vio desviar la mirada.

—Pues bien, si tanto quiere que hablemos de algo, háble me del Duque de Granada —dijo, pareciendo aburrida.

Con la visión privilegiada que le brindaba su altura, Eric pudo ver a su padre y al duque ahora al lado de Fuentes y su hija.

—¿Acaso lo ha conocido en otra de sus aventuras? Si puedo darle un consejo, socializar en los bailes de la temporada es algo mucho más seguro y...

—No, nada de eso. Solo he oído hablar de él y me intrigó. —Verla perder la paciencia era aún más divertido que verla avergonzada.

—En este caso... creo que debe haber algún motivo para que un hombre sea apodado Don Diablo.

—¿Don Diablo? ¿La gente lo llama así? —Si no fuera por los músicos que tocaban a un volumen considerablemente alto, todo el salón hubiera sido capaz de escucharla. —¿Por qué razones lo hacen?

—No se sabe con certeza. Quizás sea porque es tan recluso. No invita a nadie a su casa ni da grandes fiestas. De hecho, dicen que vive de manera muy extraña y tiene un gran aprecio por la fuerza militar del país.

—¿Es una forma de decir que le gusta la muerte?

—Su interpretación, estimada señorita, es algo que no puedo controlar.

—Entiendo... —Pareció curiosamente satisfecha con la respuesta, y se recluyó en su silencio una vez más.

— En esta casa se escucharon relatos de sus habilidades curativas.

—¿Y su padre, ¿cómo está? — Demostró arrepentirse del tono íntimo. —El barón, ¿cómo se encuentra su salud?

—No lo he oído toser ni una sola vez desde ayer. Está profundamente agradecido por su preocupación y ayuda, me atrevo a decir en su nombre.

—Me alegra... Todo lo que sé lo aprendí de mi padre. No soy ninguna médica graduada, pero lo acompañé muchas veces, incluso en grandes cirugías.

—No dudo de su habilidad. Por el contrario, la felicito una vez más...

—Quizás no debería hablar tanto de mis habilidades. Mucho menos en un lugar como este... —Mordió su labio por un instante y los vellos de la nuca de Eric se erizaron con la visión.

—No se preocupe, señorita Fuentes, en esta casa guardamos muy bien los secretos. —Él miraba las delicadas facciones de la joven. Ella le devolvió la mirada con sus grandes ojos inquisitivos.

—Tal vez debería contarme alguno de esos, así mantendríamos todo en igualdad.

Él se rio.

—¿Y qué gracia hay en la igualdad? ¿Bailaría conmigo si no sintiera miedo a que revele su secreto?

—Sí. —Ambos parecían sorprendidos por la rápida afirmación de ella. Isabel contuvo la respiración como quien acababa de dejar escapar información secreta de la realeza.

—Me sorprende la verdad en sus ojos —su voz murmuró por sobre los acordes de la música de manera clara. Todo lo que podía pensar era en la proximidad que el baile traía a sus cuerpos y en el suave perfume que flotaba alrededor de Isabel a cada giro.

—Siempre digo la verdad. —Ella no parpadeó ni una sola vez.

—¿Siempre?

—Sí —confirmó, y él le creyó.

—¿No sabe lo peligroso que es eso para una dama? —Quería sacar de ella todas las reacciones posibles. Sabía que no tenía mucho tiempo. Nunca más lo tendría.

—Tal vez.

—¿Tal vez? Lo que quizás debería hacer, señorita, es empezar a aprender a mentir. —Isabel sonrió—. ¿Le parece gracioso?

—Un poco —continuó ella al notar que él no comprendía su reacción—. Opina tanto sobre los peligros femeninos y no sabe que nosotras, las mujeres, mentimos diciendo la verdad.

La música se pausó en ese instante y las parejas comenzaron a caminar lentamente alrededor de la pista de baile. A excepción de ellos.

Eric Casanova estaba demasiado fascinado por la dama que tenía enfrente como para poder esbozar cualquier reacción. Ninguna de las doncellas del baile podría superarla en habilidades o astucia.

Aun así, ella parecía ansiosa por una respuesta suya.

—¿Señor Casanova? —La escuchó llamarle cuando la guiaba hacia una extremidad del salón. Él la miró brevemente—. ¿Todavía sigo en deuda con usted?

Mientras ejecutaban la última vuelta, con las parejas en círculo dispersándose de la valsa, él besó brevemente su mano enguantada y murmuró:

—De dónde vengo yo, se cobra una vida por otra vida.

Sin prisa, la dejó junto a sus familiares, pero no sin antes notar su sorpresa al percibir que un objeto metálico había sido colocado en su mano.

Se retiró del salón, sabiendo que su afirmación perturbaría a la dama por el resto de la noche. Durante un breve momento, sintió un

leve ardor en el pecho al constatar que jamás se acercaría a ella otra vez.

Por primera vez en mucho tiempo, Eric Casanova, el futuro Barón de Altamira, se sintió entusiasmado en tierra firme.

CAPÍTULO
CUATRO

Dos noches después, Isabel todavía pensaba en el baile.

La suave luz de la luna iluminaba la fina moneda de poco valor en su mano. Seguía intrigada por el hecho de que Eric Casanova se la hubiera dado. ¿Sería un indicio del lugar de donde él venía?

Analizaba el objeto en la penumbra y aun así era posible distinguir la forma en alto relieve: un barco en alta mar.

Entre las tantas conversaciones que mantuvo aquella noche, una de las matronas de la alta sociedad había comentado que él se encargaba de los negocios de la familia, viajando siempre en barco, incluso a otros países.

¿Qué negocios serían esos?

Al voltearse, avistó a su prima durmiendo suavemente. Siempre lo hacía con gran facilidad. Envidiaba eso en Letizia. La joven estaba encantada con toda la atención recibida en el baile y con algunas visitas a la casa en los días que siguieron. Mientras tanto, Isabel se preocupaba por Diego Navarro, el Duque de Granada.

Su último pensamiento antes de conseguir conciliar el sueño fue que quizás se preocupaba demasiado por todo.

Despertó algún tiempo después, sobresaltada. Una mano grande y sucia cubría su boca. Ella intentaba gritar y pedir ayuda, pero los dedos se apretaban sobre sus labios.

—Necesito que venga conmigo —dijo una voz masculina y grave en su oído.

Con los ojos muy abiertos en la oscuridad bañada por la tenue luz de la noche, logró distinguir el rostro del extraño invasor:

Zalo.

Decidió calmarse y mantuvo sus ojos fijos en los de él.

—Eric sufrió una emboscada, está herido. Lo último que me dijo antes de desmayarse fue que la encontrara y la llevara hasta él. Dijo que usted sabría ayudar —murmuró—. ¿Lo hará?

Ella asintió.

—Vístase, la esperaré abajo.

Y, como una aparición fantasmal, el hombre desapareció, pero no sin dejarle claro el pedido que traía.

Eric Casanova estaba herido y necesitaba ayuda. Su ayuda, específicamente. ¿Podría ser que realmente hubiera una deuda entre los dos y ahora el señor Casanova la estuviera cobrando?

"Una vida por otra vida".

Sin pensarlo dos veces, Isabel saltó de la cama y comenzó a vestirse, vigilando atentamente que su prima no despertara. Con el vestido más fácil de poner y equipada con el antiguo maletín médico de su padre, salió del cuarto. Cargando una lámpara que tomó en el pasillo, bajó las escaleras hasta el primer piso de la casa.

La madrugada le daba un tono aún más peligroso a la escapada. Arrastrándose por las habitaciones, llegó a la cocina sin encontrar indicios de Gonzalo.

Tal vez había sido un sueño.

—¿Señor Zalo? —llamó en voz baja.

Suspiró al no obtener respuesta. Estaba a punto de volver por las escaleras cuando la voz gutural respondió:

—Aquí estoy —habló en un tono tan bajo que su hilo de voz podría compararse a un alfiler cayendo al suelo, aunque el profundo silencio resaltara el ruido.

—Ah, al menos no estoy loca. —A su lado, cerca de la mesa llena de frutas, la figura corpulenta se materializó—. ¿Por qué no busca a un médico de verdad?

—Porque Eric también me dijo que no confiara en nadie.

Que no confiara en nadie, excepto en ella: la dama que nunca mentía. Con un suspiro, Isabel confirmó una vez más su disposición

para la tarea.

—Vamos. —Sujetando la lámpara en la mano, lo guio hacia la puerta trasera. Antes de que alcanzara la manija, un viento leve e inesperado sopló en su mano.

Un cuchillo a gran velocidad acababa de clavarse en la puerta.

—¿Adónde cree que la está llevando? —la voz de Juana rompió el silencio.

Asustada, Isabel se pegó contra la pared, mientras Zalo retiraba el pequeño puñal de la puerta, admirándolo.

—Solo preguntaré una vez más, ¿adónde pensaba ir? —Con un simple vestido, la joven tenía todos sus rizos sueltos.

—Juana, nos asustaste —dijo Isabel a la dama de compañía.

—Señal de que estás por hacer algo malo.

—Salvar una vida no es malo —interpuso Zalo.

—Juana... el señor que nos salvó el otro día... su amigo... está muy herido. Necesita ayuda y yo puedo ayudar.

—El láudano no sirve para curar heridas —disparó.

—No le voy a dar láudano. Al menos, no como el que le di al barón. —La joven la miraba con desconfianza y vacilación. No había tiempo para eso—. Sé que es difícil de entender y que está mal, pero no tenemos mucho tiempo para explicaciones. El señor Casanova, al parecer, corre mucho peligro. Tengo que irme con él.

— No solo tú... Ahora, ella también viene con nosotros —la firme voz de Zalo invadió la cocina otra vez.

—¿Qué? —dijeron ambas mujeres.

—No debo confiar en nadie, ¿lo recuerda? —El hombretón dio un paso adelante en dirección a Juana—. Señorita, con su permiso —dijo y, cubriéndole la boca con una mano, la tomó en brazos como si cargara un gran saco de patatas.

—¿Eso es realmente necesario? —preguntó Isabel al ver la situación, horrorizada.

—Momentos desesperados, medidas desesperadas —replicó él.

Con Juana sobre sus hombros, sacudiéndose y murmurando improperios nada dignos de una dama, se pusieron en marcha. Instantes después, los tres se estaban mirando en el interior del turbulento carruaje.

—¿Cómo se atreve a tratarme de manera tan desprovista de modales? —Sin ninguna ceremonia, Juana abofeteó a Zalo en la mejilla—. Escuche bien, no permitiré que me mire y vea a alguien para pisotear o tratar indecentemente...

La diversión por la bofetada desapareció del rostro del hombre al escuchar las últimas palabras de la dama de compañía.

—De todas las cosas que desearía hacerle, señorita, tratarla irrespetuosamente es la última de ellas.

Un jadeo lleno de ira escapó de los labios de Juana. Un enfrentamiento entre los dos parecía inevitable, así que Isabel decidió intervenir.

—Bueno, señor Zalo, ¿qué tan grave es la situación del señor Casanova? —dijo entre un carraspeo y con ojos suplicantes a su compañera de fuga.

—¡Terrible! Fueron cinco contra un solo hombre. Una gran cobardía.

—¿Quiere decir que cinco hombres lo atacaron? —preguntó Isabel con asombro.

—Dios mío... —murmuró Juana y con las manos hizo la señal de la cruz.

—Estábamos en una taberna, al norte de la ciudad. Fui al final de la calle a buscar la carreta y cuando regresé, lo encontré caído. Los desgraciados ya se habían escapado.

—Santo Dios, ¡qué horror! Pobre señor Casanova...

Isabel se sintió mal al pensar en el hombre tan fuerte y enérgico que conoció, completamente humillado y herido en una zanja. Su pecho dolió al imaginarlo de esa forma. Sospechaba que tenía la misma propensión que su padre para ayudar a salvar vidas. Le gustaban los libros de biología y medicina con los que se crio y algo en su corazón siempre se alegraba ante la menor oportunidad de ayudar a los demás.

Solo eso explicaría tanta compasión hacia un desconocido como Eric Casanova.

El cochero detuvo el carruaje y Zalo pronto salió para ayudar a las damas a bajarse del vehículo. Isabel puso los pies sobre el suelo polvoriento y vio la luna alumbrando el mar.

Estaban en el Puerto de Sevilla. Ajustó la mantilla firmemente sobre su cabeza y observó el lugar. Los grandes barcos albergaban cajones y hombres que descansaban o conversaban en la quietud de la oscuridad.

—No estoy de acuerdo con esta locura, pero ayudaré en lo que sea necesario —la voz susurrante de Juana se interpuso.

—Gracias —murmuró Isabel, agradecida.

—No me agradezcas. Estaré aquí para asegurarme de que llegues a casa sana y salva. —Ella miró a Zalo con sus grandes ojos —. Tenemos que estar en casa antes del amanecer. Ni un momento después.

—Tiene mi palabra —asintió el hombre—. Vamos, señorita Fuentes, Eric ya lleva esperando mucho tiempo.

Zalo condujo a las dos damas clandestinas por un pequeño puente de madera. Justo enfrente, un barco reposaba tranquilamente. Un crucero, supuso Isabel. Los colores del escudo de los Casanova despuntaban junto a la bandera española, ella pudo notar brevemente.

El interior de un barco mercante era más acogedor de lo que Isabel se había imaginado. No era exactamente sucio, tampoco lleno de hombres de pésima salud y moral como las historias de barcos piratas solían propagar.

Después de bajar las escaleras del puente, se encontró con una amplia sala, en donde, al fondo, había un bar y una gran mesa ocupada con mapas, brújulas y un catalejo brillantemente dorado.

Zalo la guio hacia una puerta a la izquierda y llegaron a un cuarto de decoración opulenta. Todo olía a madera ricamente pulida. Puertas hechas de pino o caoba. La habitación estaba casi a oscuras, pero fue imposible no notar la decoración en un refinado terciopelo.

Cuatro hombres custodiaban la habitación, todos de diferentes edades y aspectos. El más joven no debía tener ni siquiera diecinueve años. Con las lámparas en las manos, parecían velar a un ser querido.

—La señorita Fuentes está aquí para cuidar de Eric —declaró Zalo y, con voz de mando, continuó—: Dadle todo lo que necesite, principalmente el máximo respeto.

Dos de los hombres se quitaron los sombreros de la cabeza en señal de saludo a Isabel. Ella asintió y se acercó a la cama.

—¡Santo Cielo! —exclamó al finalmente posar los ojos sobre la cama.

El hombre estaba empapado de sangre y sudor. Sus ojos cerrados daban una aterradora impresión de muerte, pero el leve subir y bajar de su pecho contrastaba esa teoría. Sin pensarlo dos veces, apartó aún más las cortinas del dosel y se remangó el vestido.

—Necesitaré paños limpios, un cuenco con agua tibia que habrá que rellenar regularmente y claridad, mucha claridad —dijo Isabel mientras ponía la mano sobre el cuerpo de Eric, quitándole la ropa sin ninguna ceremonia. Había visto a su padre hacer lo mismo en casos así innumerables veces. Lo había ayudado a atender todo tipo de pacientes, ricos y pobres, con las más graves heridas. No se puede tener pudor cuando hay riesgo; la muerte no hace distinción entre clases y géneros.

—Tendrá todo lo que pida, señorita Fuentes. —Zalo chasqueó los dedos en dirección a los hombres, que parecían reacios a dejar solo a Eric.

Uno a uno, salieron apresuradamente del cuarto y una gran actividad comenzó en la embarcación.

—Dime qué hacer y te ayudaré —dijo Juana, acercándose.

—Serás mi segundo par de ojos y manos. ¿Tienes pavor a la sangre? —La joven negó con la cabeza—. Veremos mucho más por aquí.

La sangre de Eric se extendió por la cama cuando Isabel lo dejó solo en ropa interior. Rompió el paño en la altura de su muslo izquierdo, ya que gran parte de la sangre provenía de esa región.

—Escuché un disparo mientras buscaba la carreta… —la voz de Zalo se presentó en el silencio de la cabina. Traía consigo cuatro lámparas más.

—Dios, surge de la nada como una aparición. —Juana, asustada, se llevó una mano al corazón.

—No es usted ningún fantasma, señor Zalo, es un ángel. Salvó la vida de su amigo. Si no hubiera actuado rápidamente, el señor

Casanova habría perdido mucha más sangre. —Isabel respiró profundamente—. ¡Santo cielo! Tengo que encontrar la manera de detener todo esto.

—¿Señorita Fuentes? —La voz de un joven marinero se escuchó en el ahora bien iluminado espacio—. Es todo el paño limpio que conseguí —Mostró tres piezas de lino blanco.

—No será suficiente —dijo Isabel desesperada.

—Sal y busca paños limpios por todo el puerto —ordenó Zalo al marinero.

—No tenemos tiempo para eso —vociferó Juana.

Agachándose, la dama de compañía levantó sus propias faldas y comenzó a rasgar sus enaguas.

—Excelente idea —murmuró Isabel, haciendo lo mismo.

Fascinado, Gonzalo observó a las damas frente a él rasgando sus propios vestidos. Nunca había encontrado mujeres tan prácticas y desprovistas de materialismo.

—Ayúdame haciendo pequeños paños de todo esto —pidió Isabel a Juana, quien asintió. La joven sujetó los metros de tela arrancados de su propio cuerpo y del de su compañera y rápidamente se puso a trabajar.

Poniéndose sobre Eric, Isabel volvió a analizar las heridas.

—Definitivamente recibió un disparo… —Poniendo los dedos delicadamente sobre los hombros del hombre semiconsciente, analizó—: Hay una entrada y una salida en la herida.

—¿Qué significa eso? —preguntó Zalo desde el otro lado de la cama.

—Significa que la bala entró en su cuerpo y salió. Es más fácil de tratar. —Limpiando el abdomen de Eric, Isabel sintió pena—. Pobre hombre, también lo golpearon mucho… Probablemente a patadas.

—Desgraciados —maldijo Zalo—. No lo dejes morir, Isabel.

—No le puedo prometer eso, Zalo, y usted lo sabe. No soy médica, todo lo que sé lo aprendí de mi padre. Él, sí, fue el mejor médico que conocí.

—¿Y qué me puede prometer?

—Prometo hacer todo lo que esté a mi alcance para salvarlo.

—Entonces hazlo… —Sus ojos se llenaron de tristeza al mirar el rostro magullado de Eric—. No es solo mi amigo… también es el hombre más honorable que he conocido. Daría mi vida por estar en su lugar.

—Y yo daría la mía para salvarlo. Tiene mi palabra.

—Cuando estamos en un barco, señorita Fuentes, la palabra es lo más importante —respondió el hombre en tono misterioso.

Isabel hizo lo posible por limpiar las heridas de Eric. Juana ayudó, entregándole los pequeños trozos de paño limpio hechos de las enaguas.

—Hay un corte en su pierna, probablemente también recibió una puñalada. No es muy profundo, pero necesita cuidados. —Abriendo el maletín médico de su padre, Isabel notó que sus manos temblaban ligeramente.

Se detuvo por un momento y respiró profundamente.

—Señor Zalo, necesito que el señor Casanova esté completamente despierto. Estará en dolor y sufrimiento, pero necesito medicarlo. Será como controlar a un oso.

—Está bien.

—Señor Casanova… Señor Casanova… —Isabel le daba suaves palmadas en el rostro al hombre convaleciente—. Eric… por favor, despiértese. —Finalmente, le sacudió un poco el rostro.

Los párpados de Eric se movieron y se abrieron ligeramente. Un gemido agudo salió de su garganta.

—Puedo… puedo escuchar —dijo entre gemidos.

—Eso es excelente, señor Casanova. Le daré un medicamento para ayudar a disminuir el dolor.

—Es más fácil… si mantengo… los ojos cerrados. —Su boca estaba seca.

— No, por favor, señor Casanova… Abra los ojos…

—Eric… estoy aquí —dijo Zalo.

—Señor Casanova, escúcheme y abra los ojos. —La voz de Isabel era dominante y firme.

Los párpados de Eric se movieron y se abrieron ligeramente. Sus ojos estaban rojos y confusos.

— Sol… Sol… —repetía, mirando a Isabel.

—¿Qué dices? ¿Quién te hizo esto, Eric? —le preguntó su amigo.

—Pareces… un sol —dijo, mirándola directamente.

—Por el amor de Dios, el maldito está entre la vida y la muerte y solo piensa en cortejos —comentó Zalo, riéndose.

Isabel no recordaba la última vez que se sonrojó con tanta facilidad. El hecho de que Eric Casanova estuviera en muy poca ropa parecía finalmente haber llegado a su mente.

—Señor Casanova, abra la boca, por favor —pidió ella.

—Sí… sus labios… parecen dulces —susurró él.

Zalo se echó a reír.

—¿Ya la… han besado, mi sol? —Isabel no respondió—. La besaré la próxima vez que esté de pie.

—Podrá besar a todas las doncellas que quiera, señor Casanova, cuando se recupere. —Ella miró a los dos pares de ojos que observaban todo atentamente—. Está delirando por el dolor —dijo.

Zalo, por respeto, dejó de sonreír, mientras Juana observaba todo en silencio.

—Vamos, gran cortejador, abre la boca. —Él ayudó a su amigo.

—Le daré estas pastillas con el láudano.

—Espere, ¿qué es eso? Nunca he visto pastillas tan pequeñas —preguntó Zalo, receloso.

— Son comprimidos, es medicina. Son más eficaces que los láudanos y actúan más rápido en el cuerpo. Mi padre los compraba de un boticario que los importaba de Portugal. Hay una compañía que los produce allí.

—¿No le hará daño? Entonces, ¿por qué no darle todos?

—Quiero aliviar su dolor, no matarlo de una sobredosis—dijo ella.

Con dificultades, hicieron que Eric ingiriera las medicaciones. Luego, Isabel se enfocó en sus heridas.

—Juana, necesito que uses paños para presionar la herida del muslo, mientras trato primero el hombro. Dios, son tantas... No sé por dónde empezar. ¿Puedes hacerlo?

—Sí. —Con seriedad, Juana se acercó e hizo lo que le pidió Isabel.

Las dos se sumergieron en comandos y movimientos rápidos, intentando por todos los medios detener el sangrado que brotaba de

las heridas de Eric. Zalo también ayudó, entregándoles paños y limpiando los que estaban sucios en la palangana de agua tibia. Lavaban sus manos repetidas veces y, finalmente, Isabel decidió arriesgarse con los instrumentos quirúrgicos del maletín.

—Parece que lo ha conseguido, ya no está perdiendo sangre —dijo Zalo, impresionado.

—Sí —respondió Isabel con los ojos llenos de lágrimas—. Es un gran paso.

—Nos tenemos que ir —dijo Juana, mirando el reloj que guardaba dentro de la bota.

—¿Qué dices? Si todavía nos queda mucho trabajo por hacer. —Isabel la miró, perpleja.

—Ella tiene razón, los arreglos para que el barco salga también ya están listos. No es seguro que Eric esté aquí mucho más tiempo.

—Se acerca el amanecer y tenemos que estar en casa antes de que el sol aparezca o notarán nuestra ausencia. —Juana comenzó a recoger las cosas.

—Dios mío, ¡pero el señor Casanova todavía no está fuera de peligro! ¿Le conseguirá un médico?

—Sí, tan pronto lleguemos al escondite.

—¿Y cuándo será eso?

—En tres noches. —Zalo respondió con sinceridad.

—¿Tres noches? —Isabel se exaltó horrorizada—. No va a aguantar todo ese tiempo sin cuidados.

—Tal vez dos, pondremos el barco a toda máquina, llevando solo lo necesario.

—Aun así, no será suficiente. Necesita un médico, suturas, curaciones... Hay tantas cosas que pueden salir mal.

—Es hora de irnos, Isabel, ya hiciste suficiente. —Juana la tomó del brazo.

—No, no estamos ni cerca de lo suficiente. Las heridas pueden infectarse si quedan abiertas, probablemente tendrá fiebre, entrará en colapso... y los remedios... —Limpió las manos sucias de sangre en su propio vestido con desesperación.

—Déjeme los remedios, yo se los daré.

Isabel suspiró.

—Dejaré el láudano y los comprimidos. Necesita ingerirlos cada diez horas. Solo un comprimido a la vez, nada más. Prométamelo.

Zalo asintió.

El joven marinero volvió a entrar con prisa a la cabina.

—Zalo, estamos listos. Esperamos la orden de partida. —Miró a las damas con una mirada interrogativa.

—Las damas se irán a casa y luego saldremos. —El marinero asintió y pronto se fue.

—Es el momento de irnos, Isabel. —Juana tiró de ella nuevamente.

—Ella tiene razón. Ya hizo todo lo que podía, todos en este barco le estarán eternamente agradecidos.

Él las acompañó fuera de la embarcación. Isabel caminaba con los hombros derrotados. La imagen de Eric Casanova golpeado y herido no salía de su mente. Sabía que lo que había hecho no era suficiente y que había muchas probabilidades de que su estado empeorara.

De repente, se dio cuenta de que no soportaría la noticia de la muerte de Eric.

Zalo las acompañó cortésmente por el puente de madera y por la calle del puerto otra vez. Con las mantillas de vuelta en sus cabezas, entraron rápidamente en el carruaje, buscando llamar la mínima atención posible.

—El conductor que las llevará es alguien de mi total confianza. Se asegurará de su regreso a casa a salvo y con discreción.

—Señor Zalo... debo decir que lo que está haciendo es una locura. El señor Casanova necesita ayuda. Informe al barón, avísele, estoy segura de que moverá cielo y tierra por su hijo —imploró Isabel cuando el hombre cerró la puerta de la carroza.

—En el mar, señorita Fuentes, solo sobrevivimos si confiamos en nuestro capitán. Si Eric dijo que no confiáramos en nadie y que fuéramos directamente al escondite... haré lo que me pidió.

Isabel se quedó sin palabras.

—Gracias una vez más, señoritas. —Él las saludó y se fue.

Isabel observó a Gonzalo alejarse, caminando rápidamente de vuelta al crucero. Mientras tanto, el cochero preparaba los caballos

para su partida.

—¡Espere! —Ella golpeó la cabina. —Espere, por favor. —Su tono era desesperado.

—Isabel, por Dios, nos tenemos que ir —imploró Juana. —¿Para qué quieres esperar?

—Quiero... verlos partir. —La dama de compañía bufó a su lado.

Justo enfrente, la campana de la embarcación de los Casanova comenzó a sonar. Era la señal de que estaban a punto de zarpar. En su corazón, Isabel se dio cuenta de que probablemente nunca volvería a ver a Eric.

Herido o sano.

¿Por qué le dolía dejarlo ir? Su deuda estaba saldada, si es que alguna vez existió. Él no era más que un hombre que conoció por casualidad. Ella lo ayudó, hizo todo para lo que fue entrenada.

No, no lo hizo. Hizo casi todo.

—Vámonos. —Juana golpeó la cabina de comunicación con el cochero. La campana sonó estridente y el barco comenzó a alejarse de su lugar en el puerto.

— ¡No! —La negativa de Isabel resonó violentamente dentro del carruaje.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Juana impaciente.

—Dile a mi tío que estoy bien… y que lo siento mucho. —Isabel abrió la puerta del carruaje y saltó.

La mantilla cayó y su cabello voló al viento de la noche, dorado bajo la tenue luz de la luna que se despedía, dando paso al amanecer.

—Isabel, espera. ¡Esto es una locura! —gritó Juana al ver a su compañera correr hacia el muelle.

Los pies de Isabel no se detendrían ahora, pensaba ella. O, mejor dicho, no pensaba. Todo lo que su cuerpo gritaba era que debía estar dentro de ese barco.

—¡Señor Zalo! —gritó al acercarse cada vez más al agua, viendo como el barco se iba—. ¡Señor Zalo, espere!

Desde la cubierta, Gonzalo escuchó el grito femenino. Se giró hacia el muelle y miró fijamente a Isabel. Ella sabía que él la había visto, pero aun así permaneció parado, incrédulo. Solo cuando ella

se lanzó al mar, abrazada a la maleta, él sucumbió a su asombro y gritó:

—¡Mujer al agua! —avisó a todos a bordo.

El agua era fría y cortaba la piel de Isabel. El vestido parecía haber doblado su peso e impedía que nadara correctamente. El barco se detuvo y un bote fue puesto en el mar con dos marineros remando en su dirección.

Isabel fue rescatada con cuidado, bajo la incredulidad de los marineros.

Empapada y con frío, quedó frente a frente con Zalo.

—Señorita Fuentes, ¿tiene alguna idea de lo que está haciendo?

—No, pero sé que jamás viviré en paz si no lo hago. Os acompañaré. Iré adonde vaya Eric Casanova.

CAPÍTULO

CINCO

Con cuidado, Isabel terminó de hacer una serie de nudos en la sutura del último corte en el cuerpo de Eric. Soltó las tijeras tras cortar el hilo que ahora unía la piel herida y experimentó un alivio descomunal.

Por primera vez en muchas horas, se sentó, cerró los ojos por un momento y rezó para que todo lo que había hecho fuera suficiente. Hizo una oración silenciosa.

Hoy no.

Que la muerte no se llevara el aliento de vida del hombre acostado frente a ella.

Solo el primer día. Que aguante el primer día, ansiaba ella.

Recordaba exactamente a su padre diciendo tantas veces que el primer día era vital para un paciente. Si aguantaba y lo superaba, entonces las posibilidades de recuperación eran buenas.

Miró a Eric Casanova, acostado y abatido en la cama. Los ojos cerrados pesadamente y su respiración alta, pero increíblemente consistente. Cubierto con la sábana de algodón egipcio, notó cómo su piel reflejaba las luces danzantes de las lámparas. El tono ricamente bronceado recordaba el más puro de los cobres. Su tez parecía una obra de arte. Un rostro bien formado, que ahora tenía algunos tonos morados por la maldad de la emboscada. Ella podía ver los finos pelos sobresalientes en su pecho descubierto por la sábana…

Isabel decidió cerrar los ojos, pero la imagen del cuerpo y el torso de Eric permaneció en su mente. El hombre era fuerte como un toro. Alto y corpulento. Cinco hombres contra uno… Y Eric Casanova había salido vencedor, sobreviviendo. Debió haber sido una buena pelea.

Despertó con la luz del sol colándose en la cabina y con un gemido angustiado a su lado.

Eric.

Sus ojos buscaron rápidamente por el enfermo al que velaba y se abrieron de sorpresa al verlo cubierto de sudor, su barbilla temblando.

Eric ardía en fiebre, constató tras tocarle frente. Rápidamente, buscó paños limpios para enfriar su cuerpo, además de darle más de la pastilla y del láudano. Eso debía hacer que el cuerpo reaccionara y se recuperara más rápidamente del impacto que las heridas habían causado.

La única cosa que quedaba por hacer era esperar. Y esperar le dolía demasiado a Isabel. Se arrodilló y tomó la mano izquierda de Eric entre las suyas. Ella creía en los avances de la medicina, pero también creía en los milagros. Los deseos, si acompañados de acciones, podían hacerse realidad.

—Solo es el cuerpo reaccionando al impacto de las heridas… —murmuraba ella como en una oración.

Si dependiera de su fe, Eric viviría una larga y plena vida.

—Tengo… frío… —la voz gutural susurró cuando en el cuarto ya irradiaba el amanecer del día.

—Son todas las cobijas que tengo… Es por la fiebre. Pronto pasará —dijo al ver sus ojos muy abiertos y asustados.

—¿Voy a morir? —preguntó medio sonriendo, medio aturdido.

—No en cuanto dependa de mí —respondió con sinceridad.

"No le puedes prometer el futuro de la vida al paciente", decía su padre.

—Prométame… —él se humedeció los labios, probablemente sintiendo la garganta seca—, prométame que no moriré.

Respirando profundamente, Isabel cerró los ojos por un instante.

¿Qué decir?

—Prometo que, mientras esté aquí, haré lo posible para que siga vivo.

—No es lo mismo… No tengo por qué vivir… si ni siquiera lo cree… —Sus ojos parecían perdidos, pero aún conscientes.

—No es verdad. Quiero que viva, pero también creo que lo hará. Le doy mi palabra… Si aguanta, le daré lo más precioso que tengo.

—¿Qué es? — dijo él en un hilo de voz.

—Mi primer beso— prometió ella, pero Eric Casanova ya tenía los ojos cerrados, inmerso en la oscuridad otra vez.

La *chaise longue* de terciopelo en el extremo de la cabina fue el lugar de descanso de Isabel durante prácticamente todo el día. Zalo iba y venía para ayudar a vigilar al amigo. Al atardecer, con el aire frío proveniente de las aguas, ella despertó de uno de sus más largos sueños del día. Su mente no se sorprendió al despertar en una habitación inusual; por el contrario, sus ojos ya se familiarizaban con los muebles y el ambiente de la cabina.

De pie, estiró los brazos doloridos por un instante y se acercó a la cama. Por la mañana, la fiebre de Eric había cedido y el hombre cayó en un sueño profundo después de eso. Sus facciones se habían vuelto calmadas y relajadas. Solo su respiración y las marcas hinchadas por su cuerpo demostraban que el hombre había luchado por su vida la noche anterior.

Ahora, sin embargo, Eric Casanova tenía los ojos bien abiertos y la miraba fijamente. Su piel sonrosada y el pecho completamente desnudo, excepto por los curativos que ella había hecho, irradiaban virilidad. El rostro con la barba por hacer y los mechones de cabello sueltos sobre la nuca.

Ruborizándose, Isabel no pudo sostener su mirada por mucho más tiempo. Ya no era su cuidadora ni la mujer que hacía de médica para salvar su vida. Ahora eran una dama y un caballero de reputación cuestionable, solos en una habitación.

—Cuando abrí los ojos, me pregunté por un buen tiempo por qué estabas aquí —el futuro barón habló con voz firme y clara, provocando un escalofrío a la espina dorsal de Isabel.

—Es bueno verlo despierto, señor Casanova, me alegra observar que de alguna manera ya se está recuperando. —Los ojos negros de

Eric continuaban clavados en su rostro—. En cuanto a mi presencia en este barco… fue mi decisión estar aquí. Mi conciencia no encontraría paz si no hiciera todo lo que estuviera a mi alcance para ayudarlo. —Bajó la mirada al suelo otra vez.

—Y lo hiciste. Zalo me informó de tu astucia para salvarme. Te debo la vida, señorita Fuentes. Creo que hemos llegado a un punto muerto en lo de nuestra deuda. —Sus ojos ahora eran suaves y brillaron al ver a Isabel acercarse al lugar donde reposaba con valentía.

—Creo que ambos saldamos nuestras deudas el uno con el otro, señor. —Ahora cerca de Eric, Isabel buscó en el bolsillo del vestido la moneda que tanto la intrigaba—. Una vida por una vida, fue lo que me dijo. Estamos igualados, señor Casanova. —Con la mano extendida, mostró el doblón de pequeño valor.

Sorprendido, Eric abrió los ojos y luego sonrió a Isabel. La joven casi perdió el aliento. Cualquier movimiento de Eric Casanova encantaba a damas de todas partes. Isabel se resentía consigo misma por no ser inmune. Él tenía dientes fuertes y labios lujuriosos. Claramente un hombre experimentado, que se satisfacía con aventuras, tanto con las mujeres como en sus quehaceres en el mar.

—Nunca tendré palabras para agradecer lo que hizo por mí, señorita Fuentes.

—Señor Casanova, yo…

—Eric… Por favor, llámame Eric. Creo que estamos ya más allá de las formalidades.

No estaba equivocado, pero ella se sorprendió.

—Está bien… Eric —murmuró.

—Isabel —dijo en tono susurrante igual que el de ella. Luego, posó su mano sobre la que ella aún le extendía y besó su muñeca.

El calor permeó todo el cuerpo de Isabel. Los labios cálidos tocaron su piel rápidamente, como una leve caricia agradecida, y siguieron tomados de la mano, mirándose. El pequeño doblón entre los dos, sellando el momento.

Isabel soltó un leve carraspeo y fue quien retiró la mano para guardarla… sin saber dónde.

—Tuviste suerte, Eric. Ni la bala ni el cuchillo alcanzaron ninguna región importante. En pocos días estarás por ahí, aterrorizando doncellas otra vez —dijo, tratando de sonar graciosa.

—¿Te aterrorizo? —preguntó con intensidad.

—No —respondió ella, devolviendo la mirada.



Las Islas Canarias albergaban puertos y los más diversos navíos. Al ser el punto de encuentro entre España y África, vieron invasiones, corsarios y sobrevivieron a encuentros con los piratas más temidos de los últimos siglos.

El barco de los Casanova atracó en la isla de Tenerife con el sol en su cenit al día siguiente.

Eric sabía que ni el más astuto de sus enemigos imaginaría que su escondite más importante era un convento. Con tantos inmuebles y rentas retenidos por la corona, la iglesia pasaba por malos momentos para sobrevivir, especialmente en los lugares menos poblados. Ya que las monjas necesitaban ayuda, Eric vio la oportunidad de expiar sus pecados y esconderse al mismo tiempo. El dinero siempre era muy bien aceptado por las hermanas, al igual que sus hombres en los alojamientos.

Esta vez no fue diferente.

Llevaba cuatro días metido en una cama bajo la tiranía de los cuidados de una mujer que medía poco más de un metro y medio. Cómo lo permitía, aún no lo sabía, pero, desde que desembarcaron en la playa cercana al convento, Isabel Fuentes no había hecho otra cosa que dar órdenes sobre su recuperación. Zalo, el pobre desgraciado, ni siquiera pudo descansar y salió en busca de un médico, que ahora lo visitaba todas las mañanas. Las monjas, horrorizadas con la noticia y la visión de las graves heridas de Eric, se mostraron solícitas y mandaron rezar incluso una misa en nombre de su benefactor. Sin embargo, Eric no fue el único que recibió cuidados. Las hermanas se mostraban encantadas con Isabel, a

quien todos los marineros también se desvivían por demostrar gratitud y generosidad cada vez que la veían. Algunos le ofrecieron flores una noche, después de la cena, dejándola fascinada. Era Zalo quien todos los días le informaba sobre los pasos de la señorita Fuentes, haciendo que Eric se preguntara si el amigo y segundo al mando en el barco no hacía las veces de alcahuete. Después de todo, ¿para qué recitarle todos los días los quehaceres de ella?

Lo que lo estaba enervando, en todo caso, era el propio estado en que se encontraba. Cuatro días parado y siendo tratado como un lisiado por todos, cuando en realidad no lo era, lo estaban volviendo loco como un león enjaulado. Empujando la bandeja de la cena, Eric decidió levantarse y salir a caminar antes de que su cuerpo olvidara cómo hacerlo.

Aún era temprano, el sol ni siquiera se había puesto. No lo trataban solo como enfermo, sino como un anciano que cena cuando todos están tomando el té.

Se vistió y salió por los patios en busca de sus hombres. Sentía un tirón en la pierna herida, pero nada que le impidiera seguir con su vida normalmente. Desde ayer fingía ingerir los medicamentos que Isabel tanto insistía que tomara, ya que lo dejaban completamente mareado y lo hacían dormir. Estaba vivo. Ya descansaría cuando muriera.

Encontró a los hombres en uno de los comedores, hablando alto y riendo como solían hacerlo. Tardaron en notar su presencia hasta que Víctor, el más joven de sus hombres, lo vio y se puso de pie. Las risas cesaron y se convirtieron en saludos.

—Estaba esperando que todos durmieran para contarte algo —dijo Zalo, mientras Eric se servía vino de la mesa.

—No me interesa saber el color de los bordados de la señorita Fuentes hoy —murmuró, dando un largo trago a la copa.

Gonzalo rio por un momento y luego se puso serio otra vez. Con cuidado, sacó un sobre de su bolsillo y lo puso sobre la mesa.

—¿Qué es esto? —preguntó Eric.

—El motivo por el cual mi cabeza me lleva matando todo el día. La madre superiora me lo entregó esta tarde. Es un telegrama… para ti.

Eric casi escupió el vino.

—Pero qué demonios… —exclamó.

—Sí, pienso lo mismo.

Eric se levantó y se acercó a la pared de una de las extremidades del comedor, mientras los marineros seguían conversando distraídamente.

—¿Quién podría saber que estamos aquí? ¡Maldita sea!

—El único hombre interesado en que dejes de respirar —soltó Gonzalo.

—¿Crees… —Eric miró a su alrededor y murmuró—: crees que Alonso podría habernos descubierto aquí? No es tan listo… y es un cobarde, ¿recuerdas? Preparó una emboscada. No tendría el valor de enfrentarme así, en una carta.

—¿No? Pues mira el escudo en el sello —pidió Gonzalo.

Eric rompió el sello del telegrama, dejando irreconocible el escudo de los Casanova. Las palabras en el papel eran breves y claras.

"¿En qué demonios pensabas al huir con la sobrina de Ramiro Fuentes? Devuélvela o haz lo que debes hacer".

La firma era sutil, pero inconfundible.

—Es de mi padre —dijo Eric, arrugando la hoja con disgusto.

—¿El barón? Pero cómo…

—Mi padre es como un zorro. Debe haber pagado a todos los burdeles de Andalucía para descubrir una pista que yo, o cualquiera de mis hombres, pudiéramos haber dejado. —Con un suspiro alto, golpeó la pared —. ¡Maldición!

—Eric…

—No me vengas con eso. —Su voz ahora estaba alterada—. ¿Cómo dejamos que esto llegara a este punto?

—¿De qué estás hablando? ¿Qué dice la carta?

—¡Ella! Ella está aquí. Isabel, una dama con la reputación arruinada por mi culpa y que ahora está bajo mi responsabilidad — vociferó.

El silencio en el patio llamó la atención de Eric. Miró a su alrededor y vio a sus hombres, compañeros y trabajadores de larga data, mirándolo estupefactos.

—Patrón… —murmuró el joven Víctor, acercándose—, ¿qué pasa con la señorita Fuentes?

—Lo que pasa es que, al venir con nosotros, la reputación de la señorita Fuentes quedó arruinada. La noticia es que toda Sevilla debe estar ardiendo por eso —dijo Zalo, pero mirando directamente al amigo desconcertado frente a él.

—Cielo santo, Zalo… —murmuró Eric.

En el patio, se instaló el caos. Los hombres comenzaron a vociferar todos al mismo tiempo con opiniones y lamentos por la más nueva tripulante del barco Casanova. Los marineros habían prácticamente canonizado a Isabel después de lo que había hecho por la salud de Eric.

Eric Casanova veía a sus hombres discutiendo sobre la vida de una mujer arruinada por haberle salvado. Las medicinas le dejaban el pensamiento demasiado letárgico… Así resultó fácil pasar los primeros días sin cuestionarse sobre este problema, pero, desde que los había dejado de tomar, su conciencia disparaba como balas de cañón.

Nunca se consideró un santo, pero su honor siempre fue algo de gran importancia para él. Un nombre sin manchas, tanto en la vida personal como en los negocios. Para Eric, el dinero no era la fuente de su gran éxito, como lo era para su padre. La honra, sí, lo había llevado lejos, una integridad firme en los negocios que lo haría un barón sin igual.

Isabel no era un estorbo para él; sin embargo, la situación lo dejaba inquieto como nunca antes. Y con eso, sí, no sabía lidiar.

—No seas estúpido, ella no puede volver a casa como si nada hubiera pasado. La familia no la aceptará —gritaba uno de los hombres.

—¿Y qué se supone que debe hacer? ¿Convertirse en una meretriz? —dijo otro, indignado.

—¡Lo que necesita es un marido! —gritó otro, dejando en silencio el patio.

Varios de los hombres allí presentes estaban casados y, con la cabeza baja, asentían. Eric observaba todo estupefacto, y lo que se

desarrolló a continuación lo hizo creer que el equipo de brutos que dirigía había sido reemplazado por otro.

—Muy bien, señores… —Ernesto, uno de los más mayores, sacaba palillos de sus bolsillos y de las mesas—. La suerte lo decidirá. Aquel que desee salvar a la señorita Fuentes casándose con ella, que tome un palillo. Ya lo sabéis, el que se saque el más corto de todos será el gran afortunado.

El viejo empezó a pasar de mesa en mesa y, para asombro de Eric, incluso Zalo se apresuró a agarrar un palillo, regresando a su lado con una de sus sonrisas desvergonzadas.

—¡Basta! —ordenó Eric—. Si alguien tiene que salvar a la señorita Fuentes tomando su mano, ese alguien soy yo.

—¿Por qué alguien habría de salvarme? —dijo Isabel con la voz clara y lo suficientemente alta para que todos la oyeran desde una de las puertas.

La tos incesante de Zalo, que se atragantaba con su propia risa, fue lo único que se pudo escuchar en todo el recinto.

CAPÍTULO

SEIS

Necesitamos hablar —dijo Eric al quedarse frente a frente con Isabel.

—¿Hay algo que quieras contarme? —dijo ella, mirando a todos los hombres del salón.

—Acompáñame. —Usando el brazo cuyo hombro no estaba herido, él la guio fuera del lugar.

Caminando por el inmenso jardín, rodeados por césped, altos árboles y algunas especies de flores, el silencio se hizo presente. El sonido de sus pasos fue dando espacio al de las olas del mar, proveniente del camino de piedras que se insinuaba justo adelante, llevando al muro desde el cual se observaba toda la playa.

—Entonces, ¿me explicarás qué ocurría en el comedor? —preguntó Isabel.

— Esta tarde recibí un telegrama —informó Eric.

— ¿Un telegrama? Y… ¡espera! —Sus ojos se agrandaron— Se suponía que nadie debía saber dónde estabas.

—Fue lo que pensé, pero la persona que lo envió es la única que me gana en astucia —dijo con una sonrisa traviesa.

—Y esa persona sería…

—¡Mi padre!

—¿Tu padre… ¿El barón envió un telegrama? Probablemente habrá oído historias de que estabas muerto, me imagino…

—No exactamente. —Su rostro perdió toda la alegría—. Va sobre ti... Mi padre me escribió para hablar de ti.

—Oh, Dios… —murmuró; en su mente, ya imaginaba el problema.

—Aparentemente, se comenta que nos escapamos juntos y…

—¿Tu padre cree que huimos juntos? Le dirás que no es cierto, ¿verdad?

—Por el tono de la carta… no solo mi padre, sino toda Sevilla. —Su tono era serio y preocupado, mientras buscaba comprender las expresiones de la mujer frente a él.

—Cielo santo… ¡pero si ni siquiera soy conocida en la ciudad! Es cierto que mi ida al barco no fue menos que curiosa. Sin embargo, eso no debería relacionarse con mi identidad…

—Creo que tu tío puede estar preocupado por tu paradero. Por lo que me contaste en el barco, la dama de compañía de tu prima no debería haber comentado sobre tu salida conmigo… Probablemente él buscó ayuda para encontrarte. Entre eso y coincidir con mi padre para sumar los hechos… las noticias vuelan —hablaba con calma, haciéndola razonar sobre lo que vendría ahora.

—¿Crees que eso fue lo que pasó?

—Creo que es muy posible. Lo que realmente sabemos es que ahora ya no hay espacio para tu reputación en tu casa. Lo siento mucho, Isabel. — Lo peor es que realmente lo sentía, no era un mentiroso.

—Ah, Eric, no lo sientas. Tomé mi decisión y lo haría de nuevo. No solo por deberte mi vida, sino porque sabía que podía salvarte.

—Y lo hiciste. Salvaste mi vida, Isabel. Eso me hace responsable por lo que te pase de ahora en adelante.

—Creo que lo estás tomando demasiado en serio, ¿no? —Sus ojos ahora denotaban desconfianza.

—Podemos casarnos aquí mismo, en el convento. Esperaremos varios días antes de regresar. Tendrás un nombre y estabilidad. Tienes mi palabra de que nadie se atreverá a tratarte mal ni te cerrarán una puerta en toda Andalucía. —Enderezándose, se acercó a ella.

Con los ojos abiertos y la boca entreabierta, Isabel se apartó.

—¿Qué… qué estás diciendo? —susurró.

— Te estoy informando de que no huiré de mis deberes contigo. Nos casaremos para remediar el escándalo. No era algo que estaba dispuesto a hacer tan pronto, pero seré barón algún día, necesito una esposa. Que me hayas salvado la vida te convierte en la mejor de las candidatas. Me salvaste, y ahora estoy dispuesto a salvarte… otra vez —las últimas palabras fueron dichas casi inaudiblemente.

Isabel lo miraba como si fuera humano, pero con una cabeza de toro. Como si le salieran cuernos en la frente.

—¿Te has vuelto loco? No, no nos casaremos. No me casaré contigo, no necesito que nadie me salve.

—¿Perdón? —murmuró Eric, confundido.

—¡No! La respuesta es no, incluso si esto fuera una petición y no una especie de comunicado que resuelve el futuro de mi vida. Mi vida —vociferó la última parte. A lo lejos, las gaviotas empezaron a graznar.

—¿No aceptas casarte conmigo?

—No. —Con una mano en la cintura y la otra apuntando un dedo negador a Eric, volvió a hablar—: No me casaré contigo para que me salves —repitió ella, imitándole la voz—. ¿En qué estás pensando? No podemos casarnos.

—Estoy pensando en no dejarte en la ruina, en que no te conviertas en una paria. ¿Acaso es eso lo que quieres?

—No, claro que no es lo que quiero. Pero tampoco deseo entrar en un matrimonio que está destinado al fracaso con un desconocido. No me interesa ser una baronesa, no si eso me convierte en una más que es infeliz por la sociedad.

—Ah, entonces se trata de eso… —Él rodó los ojos.

—Claro que se trata de eso. ¿No te importa?

—¿Que si no me importa? Estoy aquí, en este momento, cumpliendo con mi deber y ofreciéndote mi nombre. ¿Qué es lo que no está bien? —Las manos de Eric también comenzaron a gesticular frente al rostro de Isabel.

—Casarse sin amor no está bien.

—Por Dios… —Con una mano sobre la frente, cerró los ojos por un momento.

—Puede ser que tú, nacido y criado en tu palacio, no entiendas, pero mis padres se amaban. Quiero vivir como ellos… No como las personas que salen en las columnas de los periódicos.

—No soy arrogante, Isabel… soy práctico. —Pareció ofendido.

— Lo siento, Eric… aunque tu… comunicado de matrimonio… venga con buenas intenciones, me veo en la obligación de rechazarlo. Terminaríamos odiándonos en poco tiempo y estaríamos atrapados en un matrimonio pesado y sin amor. No quedaría ni siquiera respeto. —Isabel comenzó a alejarse—. Y por más perdida que parezca, ya sé lo que debo hacer con respecto a mi reputación.

—¿Puedo al menos ser informado sobre tus planes?

—Claro. Me convertiré en monja. Seré una de las hermanas de este convento.

Un zuñido fluyó en los oídos de Eric.

Ella no podría estar realmente pensando en eso. ¿Podría?

—¿Monja?

— Bueno, creo que, si el rumor de nuestra fuga juntos es realmente cierto, esto aminorará las cosas tanto como un matrimonio. Me casaré con Dios para silenciar a los maledicentes y, si es Su voluntad, seguiré mis planes en la medicina.

—¿Más planes?

—Mi padre me incentivaba a ir a la universidad. De mi parte, me gustaría ayudar a la gente con todo lo que él me enseñó.

—¿A la universidad, siendo novicia? Isabel, ¿acaso sabes cuántas mujeres han logrado graduarse en toda España? Podría contar con los dedos de una mano y aún me sobrarían dedos.

—No seas absurdo… No hay nada que prohíba a una mujer ir a la universidad…

—Sí, pero una rica y con el apoyo de su familia. Hay casos de mujeres que necesitaron escolta para no ser apedreadas en los campus.

—Entiendo que parezca una locura para ti, Eric, pero una locura mayor sería aceptar vivir en algo de lo cual sé que te arrepentirás. —Se acercó para tomar su mano, pero desistió.

—No estoy retirando la oferta, Isabel. Piénsalo.

Ella asintió solo para no herirlo y se dio la vuelta para irse.

—¡Isabel!

—Sí —respondió al mirarlo otra vez.

—Hablo en serio en todo lo que digo. No eres la única afectada, lo sabes. El convento no es para ti. Creo que también lo sabes.

Ella no respondió, solo asintió una vez más y se preparó para regresar al interior del convento.

—¡Isabel!

La dama puso los ojos en blanco, ansiosa por cortar el incómodo asunto y miró al hombre que la llamaba una vez más.

—¿Qué pasa, Eric? —dijo entre dientes.

—Incluso si te conviertes en monja… aún me debes algo. —Con mucho esfuerzo, controlaba su expresión triunfante.

—¿Y qué sería? —preguntó intrigada.

—Tu primer beso.

Eric Casanova vio a Isabel Fuentes ruborizarse como la doncella que era.

Al final de ese día, supo dos cosas: la primera era que, frente a él, estaba la mujer más admirable que había encontrado en toda su vida en los siete mares. La otra era que Isabel tendría muy pronto el apellido Casanova.

Apostaría su futura baronía en ello.



Eric Casanova le pidió matrimonio.

Isabel miraba el techo del dormitorio que compartía con varias de las monjas. La misma frase resonando sin parar en su cabeza. No era solo el hecho de que él le propusiera matrimonio lo que la atormentaba. Era el despertar que la conversación le había dado. Cuando estuvo en el barco, no quiso pensar en las consecuencias de sus actos al escapar al mar para estar con Eric.

Para salvarlo, por supuesto.

Al descubrir que Eric Casanova hacía del convento un refugio, su corazón lo interpretó como una señal. Sabía que no habría vuelta

atrás para lo que había hecho. No podría pisar otra vez la casa de su tío como si nada hubiera pasado. Así, pensó en crear la narrativa de que había huido para convertirse en novicia. No era una práctica inusual entre algunas jóvenes.

Lo que tampoco era inusual eran los escándalos, y ella estaba segura de que uno de ellos debía haberse formado en la ciudad. La dama que saltó al mar para escaparse en el barco de Casanova. Su tío desesperado, yendo de puesto en puesto de la guardia civil, no debe haber sido de mucha ayuda.

Él era un buen hombre, pero para todo hay un límite. ¿Acaso Juana estaría sufriendo alguna consecuencia por encubrirla?

Letizia debía estar muerta de preocupación, tanto por ella como por ver a su padre enfadado.

La vida de una mujer con la reputación arruinada podría llegar a ser infernal. Los chismes se ventilarían como el viento de verano aviva las hogueras en las noches de San Juan. La gente no olvida el rostro de una mujer malhablada, aunque no haga daño a nadie más que a sí misma. Su reputación la precedería y le impedirían entrar a los sitios. Podría no haber nacido meretriz, pero los demás decidirían que así lo sería. Los hombres la tratarían como tal por dondequiera que pasara, y las mujeres siempre la verían como una amenaza.

Sentada en la soledad de la cama estrecha y sencilla, Isabel miró la oscuridad y, abrazándose las piernas, lloró. Recordó a Sofía, una vecina y amiga de la infancia que cometió la insensatez de dejarse llevar por el sentimiento hacia un hombre casado. Se besaron en un parque desierto… que no estaba desierto.

Un beso.

Fue enviada al campo a los dieciocho años y se escribieron cartas durante los seis meses siguientes. Hasta que no tuvo más noticias de ella.

Nunca más.

Sofía, primero, dejó de existir para el mundo. Y luego, para sí misma.

Y así sería con ella. Incluso si se hiciera monja. Porque el rumor decía que Eric Casanova la llevó lejos para deshonrarla. Y cuando él volviera sin ella a su lado, eso se tomaría como una verdad

universal. La conclusión sería que se convirtió en monja porque fue descartada.

Ninguna universidad la aceptaría.

¿En qué estaba pensando?

Y su familia…Jamás tendrían lo que ningún dinero podría comprar: prestigio.

Todo el esfuerzo de su tío por ser un hombre exitoso se vendría abajo, ya que sería marcado por la mancha de la sobrina que deshonró su casa.

Letizia caería en desgracia igual que ella.

Letizia.

Su prima jamás conseguiría un matrimonio decente, ni siquiera con un hombre a quien llegara a amar. Se convertiría en una paria, igual que ella, por algo que nunca hizo y nunca eligió hacer.

Las lágrimas de Isabel rodaron con aún más intensidad. El tío y la prima eran la única familia que le quedaba, le dolía en el alma pensar en herirlos de esa forma. Incluso Juana, que había demostrado tanta valentía y lealtad, saldría perjudicada de esta historia.

No podía seguir usando el corazón para actuar primero y pensar después.

Esta vez debía pensar con cuidado sobre cómo proceder.

Y esta vez Isabel sabía muy bien lo que debía hacer.



Cuando los primeros rayos del sol surgieron, las lágrimas de Isabel desaparecieron. Una noche era suficiente para rumiar su destino. No moriría, no se anularía y no se convertiría en la nueva burla de la sociedad.

Ella forjaría su destino a su manera.

Convencida de ello, Isabel acompañó a las monjas al amanecer en la primera misa del día y rezó junto a las hermanas bajo los pies de la Virgen de la Candelaria. Su madre, Marcela Fuentes, fue fiel y

temerosa de Dios. Creyó que la Reina Isabel I, homenajeada en el nombre de su hija, merecía la canonización, como pedía la iglesia.

Y pensar que la Reina Isabel huyó para casarse con el entonces príncipe de la corona de Aragón y así unificar España… ¿Qué pensaría su madre al verla repetir la historia, pero por motivos no tan nobles?

Más tarde, Isabel buscó a Eric. Lo encontró en el comedor otra vez, desayunando junto a los hombres bajo su tutela.

—¿Tienes un minuto para mí? —preguntó después de acercarse silenciosamente.

Él no mostró ninguna emoción, solo asintió, ofreciéndole el brazo una vez más y guiándola hacia afuera, excepto que esta vez comenzaron a caminar en dirección al pequeño sendero que llevaba a lo alto de un acantilado, con una amplia vista de la isla y del convento.

En silencio otra vez, Isabel sospechó, al verlo hacer una mueca, que su pierna dolía con el esfuerzo.

—Esta caminata no será buena para tus heridas —dijo cuándo se acercaban al borde del acantilado.

—¿Y cuándo estaré completamente bien?

—Cuando consigas subir esta pequeña colina sin sentir dolor, por ejemplo.

Él se limitó a mirarla con una expresión enigmática.

—Muy bien, aquí estamos —murmuró.

—Sí, aquí estamos. —Respiró hondo para mirarlo a los ojos—. Vine para pedirte que me propongas otra vez… Mejor dicho, para pedirte que me pidas matrimonio.

Pensó que Eric sonreiría, se jactaría y se burlaría de su rápida decisión de retractarse, pero él la interrumpió.

—Tuve tiempo para pensar anoche y…

— ¿Ya no tienes la intención de casarte conmigo? —Su tono sonó más desesperado de lo que ella pretendía.

—No, no es eso. —Eric caminó de un lado a otro por un momento—. Puedo entender tu enfado y que fueras tan incisiva en negar mi oferta. Después de todo, fue lo que hice, te impuse matrimonio.

—Aparentemente, supiste usar muy bien tu tiempo libre para reflexionar.

—Si no dejas de insultarme petulantemente, retiraré la propuesta. —La vio morderse los labios con decoro—. Lo siento... es embarazoso para mí, tanto como para ti.

—Hagámoslo de una vez —replicó ella.

—Muy bien... Isabel Fuentes, ¿quieres casarte conmigo? —preguntó mirándola a los ojos.

—Sí —asintió con una sonrisa—, pero tengo algunas condiciones.

—Por supuesto que las tienes. —La leve sonrisa abandonó los labios de Eric y fue sustituida por un suspiro.

—Sé que lo que estás haciendo es noble y que no estoy en posición de exigir mucho, pero me gustaría pedir... quiero decir... Mira, mis padres tuvieron un matrimonio muy feliz. Los admiraba y...

—Isabel... solo dímelo —murmuró él con suavidad ante los rodeos de ella.

—Quiero que nos esforcemos para que este sea un matrimonio de verdad —dijo con la misma ansiedad de quien se quita un peso de encima.

—¿En qué momento propuse una farsa? —Eric sonó indignado.

—Sabes muy bien a qué me refiero. Muchos matrimonios... funcionan de una manera frente a las personas... y de otra cuando están a solas. Me pondría muy triste si fuéramos así.

Eric tardó en responder, dejándola inquieta. Cuando habló, tomó su mano izquierda.

—Quiero que sepas que te admiro, Isabel. Tu sinceridad es tu mayor fortaleza. No aceptas medias tintas ni nada que te haga infeliz. No solo salvar mi vida te hace digna de mi nombre y de mi honor, sino que tu corazón demuestra a cada instante que mereces mi protección. Emprenderé esta jornada contigo con verdad. El mar ya no será mi amante, tú lo serás.

—Eric…

—"Por una mirada, un mundo; por una sonrisa, un cielo; por un beso... ¡Yo no sé qué te diera por un beso!" —declamó.

Con un leve suspiro, Isabel lo miró a los ojos, y Eric se acercó cada vez más.

—¿Bécquer? No dejas de sorprenderme —dijo ella en un murmullo, tratando de sonar graciosa, pero solo parecía ansiosa.

—También sé leer. —Ella sonrió, pero Eric se mantuvo serio—. Quiero que el primer beso de mi esposa sea especial.

No le dio tiempo para prepararse. Sus labios tocaron los de Isabel. Él la estaba besando.

Él la estaba besando —pensaba ella mientras trataba de entender las reacciones de su cuerpo.

Un brazo le rodeaba la cintura. Nunca había estado tan cerca de un hombre. Los labios cálidos y vibrantes en su boca, invasores, la obligaron a abrir los suyos y a tocarlo con la lengua.

El pecho de Eric rozaba sus senos, que se agitaban por tal comportamiento. ¿Cómo explicar que quería más? No lo sabía, solo lo sentía.

Isabel tocó la barbilla de Eric suavemente y él la sostuvo por la nuca cuando su boca poseyó la de ella con aún más fervor. Quería que le dijera qué hacer. Lo correspondía ansiosa mientras se sonrojaba. El rubor ascendente le subía por el cuello y le quitaba el aliento.

Él olía a pino y brisa marina. Las olas del mar volvieron a resonar en sus oídos, y los pájaros cantaban a lo lejos.

Se estaba apartando.

Con ambas manos, tocó su rostro, angustiada por el inminente abandono. Eric sonreía y, tomando sus manos, besó cada dedo con lenta adoración.

—¿Serás la futura Baronesa de Altamira? —preguntó con los labios pegados a su oído.

—Sí.

Fue todo lo que pudo decir y agradeció a los cielos por no tener que resistir a los encantos de Eric Casanova.

Su futuro marido.

CAPÍTULO

SIETE

Era un lindo día para una boda.

Las monjas no paraban de hablar mientras revoloteaban alrededor de Isabel. La ceremonia estaba programada para comenzar a las once de la mañana, en la basílica que se situaba a los pies del convento.

Isabel intentaba deshacer la arruga en su vestido de novia por décima vez en la última hora. Tal vez era el momento de admitir que estaba ansiosa, pensaba. Seguía perpleja de que todos los documentos se hubieran adelantado en dos días, y un vestido de novia estuviera preparado para ella con igual rapidez. Con placer, había sido llevada al pequeño pueblo cercano al convento, donde conocieron a una simpática y sencilla modista que le vendió un encantador vestido de noche blanco, que ahora le quedaba como un guante al ser ajustado por las manos cuidadosas de las monjas, sirviendo como vestido de novia. El largo velo fue un regalo de la madre superiora, quien decía bordar los encajes para pasar el tiempo. Para Isabel, era la cosa más linda y fina que le habían dado en la vida.

—Muy bien, quiero a todas listas. Estamos a punto de llegar tarde —dijo dulcemente la madre al entrar en la habitación. Isabel le sonrió a través del reflejo del espejo—. Ya está, querida, ahora vamos a arreglar ese velo.

La superiora de las hermanas candelarias buscó la peineta de cobre con dientes de marfil para colocar en su cabeza. Finalmente,

ajustó los mechones rubios con algunos ganchos. Isabel estaba segura de que, si usaba aquello por mucho tiempo, tendría dolor de cabeza, ya que era más pesada que las simples peinetas a las que estaba acostumbrada.

—¡Aquí está! —dijo la hermana tras colocar el velo sobre el accesorio y el rostro de Isabel—. No me sorprende que tengas a un futuro marido nervioso esperándote en la iglesia.

—¿Está ansioso por verme? —indagó sorprendida.

—No deja de preguntar por ti y camina de un lado a otro del altar. Fue difícil convencerle de que me encargaría personalmente de que llegaras allí a la hora adecuada. Tanto así que envió a uno de sus hombres para acompañarnos.

—¿Envió a uno de los marineros? Lo siento, madre, eso es innecesario…

— No conoces bien al hombre con quien te vas a casar, ¿verdad? — Con leves palmaditas en sus manos, la madre le sonrió—. Déjame decir algo: sin el señor Casanova, viviríamos en la miseria en este lugar. Su ayuda salvó el convento. Siempre tendrá una casa aquí… A partir de ahora, tú también.

Eric era un benefactor para el convento. Aportado en las Islas Canarias, no pasaba sus días en la orgía de los burdeles y tabernas, sino que se acomodaba en un convento con dificultades financieras. Su futuro marido no era ningún santo, sin embargo, mostraba un tremendo valor.

Con cuidado, la madre superiora la ayudó con los ajustes finales. Isabel se miró en el espejo una última vez y ya no vio la arruga en el tejido. El satén perlado se ajustaba perfectamente a su cuerpo. Los polisones en la larga falda daban sofisticación al vestido, además del bordado dorado en su escote. Flores hechas con hilos tan brillantes que parecían puro oro. No dudaba que Eric hubiera exigido lo mejor para ella.

—¿Fuiste tú el enviado para asegurarte de que llegue al altar? — Isabel bromeó al ver a Zalo parado y bien vestido al abrir la puerta.

—Si no encuentras dificultades en creerlo, querida, me ofrecí voluntariamente para esta difícil tarea —respondió él, sonriendo.

Zalo era bien parecido, grande y fuerte. Si no fuera por su buen humor, asustaría a cualquiera que estuviera a su lado. Por un momento, Isabel pensó que no le gustaría verlo enfadado y dispuesto a usar toda su fuerza.

—Isabel… sabes que seré el padrino de la ceremonia, ¿verdad? —dijo tras carraspear.

—Sí, así como la madre será nuestra madrina. ¿Qué sucede? —preguntó ella mientras caminaban entre los arcos de los pasillos que llevaban al jardín del convento.

—No traigo conmigo ni oro ni plata para regalar a los recién casados…

—Zalo, no es necesario… —comenzó a decir, pero fue interrumpida.

—Pero nada me haría más feliz y dejaría mi conciencia de padrino más tranquila que acompañar hasta el altar a la valiente dama que salvó la vida de mi mejor amigo. —Sus ojos expresaban tanta sinceridad que los labios de Isabel se abrieron en sorpresa.

—Será un placer también para mí permitir tal afecto —murmuró ella, y él ofreció el brazo. Isabel aceptó con una leve inclinación.

Caminaron despacio hasta la entrada de la basílica. La madre superiora entró discretamente, mientras dos monjas cerraban de nuevo las pesadas puertas.

—¿Lista para convertirte en Doña Isabel Casanova? —preguntó Zalo, encantador, con un guiño.

Isabel respiró hondo y asintió. Cuando las puertas se abrieron otra vez, estaba frente al pasillo de la basílica. La iglesia era relativamente pequeña en comparación con las que estaba acostumbrada a visitar en Madrid, pero era acogedora. Imágenes barrocas ilustraban lo sagrado católico en las paredes y la nave estaba ricamente decorada con elementos de oro macizo, mientras que, al fondo, se encontraba un altar también preciosamente dorado, con una gran imagen de Nuestra Señora de la Candelaria.

Allí también estaba Eric, con un impecable frac negro y un broche con los colores de los Casanova en la solapa. Ni las monjas ni los marineros a su alrededor, ni siquiera la joven y rechoncha novicia tocando suavemente la melodía de la marcha de Wagner en un arpa,

pudieron hacerle olvidar que ese era su destino ahora. Una Casanova. Una futura baronesa. Una responsabilidad con la que no estaba muy segura de poder lidiar. Ahora tendría aún más normas y etiquetas a las que prestar atención. La gente la trataría con parcialidad social y, sobre todo, cuando llegara el momento, la llamarían Doña Isabel. Tal vez incluso empezaran a llamarla así desde ahora, para darle posición y respeto, aunque aún no fuera una baronesa. El hecho de que la marcha nupcial estuviera sonando, la ópera tan solicitada por las jóvenes aristócratas en toda Europa desde las bodas de la hija de la Reina Victoria, destacaba la importancia del momento. No estaba salvándose solo a sí misma. Estaba a punto de pertenecer a la nobleza.

—Gracias por permitirme asistir a esto —murmuró Zalo. Confusa, ella lo miró, al que él solo señaló hacia adelante.

Y allí estaba Eric Casanova. Con una mirada de fascinación, esperando su llegada al altar, pero también con una leve mueca ilustrada por sus dientes apretados.

—¿No le informaste que me llevarías al altar? —murmuró Isabel de vuelta.

—¿Qué crees? —respondió Zalo bajo la melodiosa marcha.

Isabel trató de mantenerse seria, pero acabó uniéndose a Gonzalo en una sonora carcajada, frente al altar. El sacerdote, sin entender, siguió observando la llegada de la novia, mientras la fascinación abandonaba los ojos de Eric, dejando paso a pura llama.

—Aquí está tu señora —murmuró Zalo al amigo, entregándola.

—Sí, mía —respondió entre dientes a su compañero de larga data. Isabel no tuvo mucho tiempo para reaccionar a la expresión posesiva, ya que enseguida los ojos de su futuro marido se suavizaron y la miraron con calidez.

Él levantó el velo de su rostro y ella le sonrió.

—Te ves radiante como el sol, Isabel —dijo él, besando su mano y girándose hacia el sacerdote.

Sonrojándose, Isabel también dedicó su atención al viejo padre.

Fue una ceremonia rápida, con palabras dedicadas al futuro, a la responsabilidad y a la pertenencia. Cuando se arrodillaron ante el sacerdote, los padrinos y algunas monjas los cubrieron

apresuradamente con un velo bordado, una parte sobre la cabeza de Isabel y la otra sobre el hombro de Eric. Luego, tras decir algunas palabras, Zalo y la madre superiora colocaron el lazo sobre los hombros de los novios. Preparado con la ayuda de las monjas, el lazo estaba compuesto por una fina cuerda del barco de Eric, adornada con flores y hojas, simbolizando la unión de la pareja ante Dios. Casi al final, Zalo entregó las arras, un pequeño conjunto de trece monedas —de oro, Isabel estaba segura, debido al brillo dorado que desprendían —, precediendo el fino anillo.

—Los declaro marido y mujer —anunció el anciano sacerdote e Isabel sintió un escalofrío.

Ahora era una Casanova.

Eric se acercó, uniendo sus manos. Con cuidado, posó sus labios sobre los de ella. Cálidos y castos esta vez, logrando dejarla increíblemente curiosa. Cuando se separaron, los marineros aplaudieron y silbaron en la iglesia, para el horror de las hermanas.

Siguió un gran almuerzo en uno de los patios exteriores del convento. Las monjas se fueron ubicando apartadas de los marineros, que reían, bebían y contaban historias. Sentada al lado de su marido, Isabel intentaba controlarse ante la expectativa de lo que vendría después.

Sentía el cuerpo estremecerse y un cosquilleo en el estómago cuando su rodilla, sin querer, rozaba levemente la pierna de Eric.

Todos alrededor de la enorme mesa parecían contentos y distraídos. Zalo parecía entretenerse ofreciendo a Isabel los platos que llegaban a la mesa, mientras que, con un gruñido, Eric se adelantaba a su amigo y servía a la recién casada. Una joven novicia mantenía el fondo musical de la ocasión, tocando ahora, en el arpa, antiguas canciones populares. La tarde transcurría feliz, como si aquel realmente fuera un matrimonio por amor, no por obligación, pensaba Isabel.

—Creo que ya podemos retirarnos —murmuró Eric cuando el sol empezó a ponerse.

—Sí, pienso que ya es un buen momento —susurró Isabel, tratando de apartar su aprehensión al sonreírle a su ahora marido. —¿Crees que podrán con la tarea? —preguntó con complicidad,

viendo como Gonzalo y a la madre superiora servían los trozos de pastel a los invitados.

—Creo que podrán arreglárselas —respondió Eric mientras veía al amigo ser reprendido por la madre por lamer un poco del glaseado del pastel.

Isabel lo acompañó en la visión, y ambos rieron de la escena.

—La madre prometió guardar un trozo del pastel para nuestro desayuno de mañana.

—Tal vez necesites más que un trozo para recuperar las energías, querida.

Sintiendo que se sonrojaba de pies a cabeza, Isabel se fue junto a su marido en dirección a los aposentos reservados para ellos.

Cuando entraron en la habitación, el sol ya se había ido. La fiesta ahora era un distante sonido de algarabía y notas musicales.

Eric se apresuró a encender las lámparas del lugar, mientras Isabel buscó, en la mesita de noche, la palangana con agua para refrescarse el cuello y el rostro. Unos instantes después, ella sintió la presencia de él a sus espaldas.

—Jamás olvidaré lo hermosa que te ves en este vestido. —La voz ronca sonó cerca de su oído.

—Gracias —murmuró ella tras tragar saliva con dificultad.

—¿Quieres ayuda para quitártelo? —dijo sin rodeos, para asombro de Isabel.

Entonces, ella se giró para mirarlo con los ojos abiertos de par en par. Su sorpresa tenía una mezcla de pánico y excitación.

—¿Acaso puedes quitártelo sola? —preguntó al ver la extrañeza en sus ojos.

—No —susurró, más para sí misma que para él.

Como un zorro rondando a su presa, Eric se posicionó detrás de Isabel otra vez. Con cuidado, empezó a soltar los botones de satén estratégicamente colocados. Los dedos grandes y gruesos no se enredaban con los pequeños botones, para sorpresa de Isabel.

Sintió la suave brisa de la noche tocar la piel desnuda de su espalda. Pronto se dio cuenta de que eran los labios de su esposo los que soplaban un leve frescor sobre su piel. Luego, la palma firme se posó en la parte descubierta, provocándole un leve sobresalto.

Se irguió un poco cuando los labios tocaron sus escápulas, divididas entre piel y corsé. Ella sentía arder el camino por donde Eric iba depositando sus leves caricias, una sensación nunca experimentada en toda su vida. Su nuca, los hombros y la parte trasera de su oreja tampoco fueron ignorados por su marido. Cuando él se puso frente a ella en busca de su mirada, ella tembló en un torpor inexplicable.

—Estás temblando —afirmó y besó la mano de Isabel—. ¿Tienes miedo? —preguntó, escrutándola.

—Un poco —respondió ella con la verdad, porque juró un día que no mentiría. Pero omitía al no decir lo que temía. Al placer desconocido que le hacía sentir.

—No pediré permiso para besar a mi esposa. —Tocó suavemente su mejilla.

—No exigiré que me lo pidas —afirmó ella, rindiéndose al toque.

La besó con pasión y lujuria. Con toda la voluptuosidad que se vio obligado a reprimir al besarla en el altar, frente a Dios y a los demás. No iba a esconder que la deseaba, pero no quería asustarla.

Con los dientes, mordisqueó sus labios hasta que ella los abrió, permitiendo la entrada de su lengua invasora y juguetona. Jugó con el placer de ella, sintiéndola estremecerse levemente, y casi perdió el control cuando Isabel lo abrazó de vuelta, sujetando sus hombros con sus manos femeninas firmes y cálidas sobre el tejido de su ropa.

Eric Casanova casi rugió al pensar que la mujer en sus brazos tenía su apellido y le correspondía con incertidumbre y pasión.

Se detuvo porque no se veía capaz de tenerla de esa manera. Para Eric, la incertidumbre de Isabel le daba la sensación de violarla.

—¿Qué está pasando? —preguntó ella, alejándose y acercándose a la ventana.

La algarabía era tanta que los hombres parecían estar en el pasillo, pero estaban en el patio junto a Víctor, el más joven de los marineros, que tocaba la gaita, y Maciel, el mayor, con la guitarra flamenca.

Luego de abrir la puerta del balcón, Eric cubrió la espalda de Isabel con su frac y abrazó su cintura, mientras ella intentaba entender lo que pasaba en el patio.

—Es tu regalo de boda —murmuró en su oído. Ella lo miró con ojos interrogativos. —Me han pedido permiso para hacerte un regalo. Creo que es esto.

—Ah… —fue lo que Isabel murmuró mientras escuchaba los dulces acordes y la voz de barítono de uno de los marineros—. ¿Me están cantando? —preguntó, pero parecía no necesitar una respuesta.

Aun así, Eric lo confirmó.

"Si a tu ventana llega una paloma
Trátala con cariño que es mi persona
Cuéntala tus amores, bien de mi vida
Corónala de flores que es cosa mía
Ay, chinita que sí. Ay, que dame tu amor
Ay, que vente conmigo, Chinita
Adonde vivo yo".

Isabel observaba encantada a los hombres que le cantaban "La Paloma", la famosa canción creada en la costa de las colonias españolas en América, una de las favoritas de su padre.

Con las copas de vino en mano, los hombres silbaban y aplaudían, mientras uno de ellos estaba sentado sobre un tonel.

—¿Aquello es un barril? —preguntó.

—Sí, se lo compré en celebración de nuestro matrimonio. Un barril de jerez.

—Eso no terminará bien.

En ese instante se vio como una de las novicias, riéndose, corría por los fondos del patio, mientras uno de los hombres iba detrás de ella a tropezones. La madre superiora apareció furiosa en medio de los marineros y fue Zalo quien detuvo la orquesta improvisada.

—Señor Casanova, exijo que controle a sus hombres. Sabe lo bienvenido que es en esta casa, pero este sigue siendo un lugar sagrado. Esto no es Puerto de Tortuga —la mujer mayor exclamó enfadada.

Con un suspiro, Eric se volteó hacia Isabel.

—Tengo que ir a darles una reprimenda. Los llevaré a otro lugar, al menos por esta noche. ¿Estarás bien? —Isabel asintió.

Con un gesto hacia la madre superiora, ambos cerraron la puerta del balcón y regresaron al calor de la habitación. Isabel retiró el frac de sus hombros y se acercó a la cama.

Eric ya estaba frente a la puerta cuando fue atraído nuevamente hacia su esposa. Mirándola a los ojos, la tomó por los hombros y la besó otra vez.

Él sabía que los labios de esa mujer podrían volverlo adicto y que serían su perdición, aunque ahora esa mujer fuera su esposa.

—No te tomaré hasta que lo desees. Vendrás a mi cama por tu propia voluntad —su voz, ronca y profunda, murmuró antes de que abandonara la habitación.

A Isabel solo le quedó refrescarse y acostarse en la enorme cama, imaginando que, en breve, conocería toda la pasión de su marido.

DUELO Y PASIÓN

CAPÍTULO

OCHO

TENERIFE – CONVENTO NUESTRA SEÑORA DE LA CANDELARIA – 1895
PRESENTE

La imagen de la santa adornada en dorado le traía dulces recuerdos a Isabel. El frío del amanecer se veía mitigado por las velas que adornaban la iglesia.

Ella reconoció los pasos del hombre a sus espaldas.

—Señora Casanova —dijo suavemente el Dr. Walker—. Buenos días.

—¿Ya amaneció? —preguntó ella.

—Pronto saldrá el sol. Me sorprende verla de pie tan temprano.

—Me gusta venir y rezar antes de la misa de la mañana.

—Si no me equivoco, este es el lugar donde usted y el señor Casanova se casaron, como me contó. —Se sentó a su lado, sin pedir permiso.

Para ella, que estaba en la isla desde hacía unos días, era bueno tener a alguien con quien compartir el tiempo además de las monjas y del jardinero.

—Sí, fue exactamente en este lugar —respondió Isabel con brillo en los ojos.

—Permítame preguntar, señora Casanova… ¿Cómo era el señor Casanova como marido? —El médico la observaba con ojos amables.

—Eric tiene un buen sentido de la justicia y es muy honorable. Demasiado honorable, a veces me lo pienso. —Tras algunos instantes en silencio, su mirada se volvió inquisitiva hacia el médico: —¿Por qué habla de mi marido como si ya no existiera?

—Dígame, señora Casanova, ¿cuánto tiempo lleva usted aquí en este convento? Tal vez deba considerar que él ya no vuelva... Que la haya dejado atrás, de cierto modo.

—Dr. Walker, ¿por qué me habla de esa manera? No permitiré que insinúe algo tan grave sobre mi marido. No lo conoce, siquiera me conoce a mí. No importa cuántos días llevo aquí. Lo que importa es que esperaré a mi marido donde prometí esperarlo. —Se levantó, desistiendo de la oración.

—Señora Casanova —el joven médico la detuvo—, sé que puedo sonar insolente, pero busco alertarla.

—¿Alertarme? ¿De qué?

—Tal vez podamos descubrirlo juntos. Dígame, ¿cuántas veces su marido le dijo que la amaba?

—Dr. Walker, ¿quién se cree? No me quedaré aquí para que mida cuántas frases construyen un matrimonio. —Amenazó con irse, girando sobre sus talones.

—Nunca lo dijo, ¿verdad? —Él se levantó, siguiéndola.

—Nunca fue necesario —dijo Isabel dándole la espalda.

—¿No considera el amor necesario, señora Casanova?

Isabel se volteó para mirar al médico, sus ojos llenos de lágrimas esta vez.

—El amor es una palabra. Puedes decirla innumerables veces a alguien y jamás sentirla. Con mi marido, lo sentía todo el tiempo. Nunca fue necesario decirlo, porque su amor estaba en sus acciones.

—¿Lo hace habitualmente, señora Casanova?

—¿Qué cosa?

—¡Engañarse a sí misma! —Él pudo ver el ultraje en el rostro de la dama en cuanto sus palabras fueron pronunciadas.

—De mi vida, doctor, me encargo yo. En cuanto a mí, esperaré por mi marido. No es asunto suyo, pero nosotros, los Casanova, no solemos mentir. —Se preparó para irse, levantando la falda del largo vestido.

—Prometió que conversaríamos todos los días de mi estancia, señora.

—Como dije, doctor, soy una Casanova. No miento. Si lo prometí, así lo haré. —Con los zapatos resonando en la silenciosa basílica, comenzó a irse—. Con su permiso —murmuró Isabel.

Tal vez fuera el momento de estar sola y enfrentarse al mar una vez más.

CAPÍTULO

NUEVE

TENERIFE - 1893
PASADO.

Una semana después del matrimonio, la vista de la isla desde la parte más alta del convento se mostraba espléndida. El sol resplandeciente de la mañana se unía al viento del mar, llenando el ambiente con el olor a brisa marina.

Eric observaba a Isabel cortar los hilos de los puntos de su pierna con rapidez y cuidado. Acababan de llegar a la cima del acantilado.

—¿Entonces? ¿No me vas a decir por qué insististe en traerme aquí para retirarte el curativo? —preguntó ella, guardando los objetos en la maleta.

—Para demostrarte que puedo venir por el camino más largo sin que me duela la pierna —sonó triunfante.

—¿Debo felicitarte, mi marido? Muy bien... Me alegra verte tan bien en tan poco tiempo.

—Sabes que solo estoy aquí por tu dedicación. Nunca he sido atendido por un médico tan estricto.

—No soy médico. No lo olvides. — Isabel se puso de pie y caminó unos pasos hacia el borde del acantilado.

—Isabel, quiero que… —comenzó a decir, pero ella lo interrumpió. —Eric, ¿qué esperas de mí? —su mirada dudaba y su sonrisa vacilaba.

—¿Qué espero de ti? —preguntó con las cejas levantadas, mirándola con incertidumbre.

—Sí, ¿qué esperas de mí como tu esposa? Como una Casanova. —Isabel agachó la cabeza—. No vengo de cuna o familia aristocrática. Fui criada con comodidad, pero sin lujos o etiqueta. Solo sé lo básico de cómo comportarme. Me da miedo no ser lo suficientemente buena con la casa, no ser una buena esposa o —oh, Dios, no lo permita— una buena baronesa.

Eric se levantó y, con un paso ligero, la alcanzó. Tomó sus manos y tocó su barbilla, levantando los ojos de la dama hasta los suyos. Los labios de Isabel se apretaban en austera preocupación.

Santo cielo, ¿cuánto tiempo llevaba esto carcomiéndola? —pensó Eric.

—No espero nada de ti, Isabel. —Los ojos de ella se abrieron afligidos.

Quiso maldecir su falta de tacto. Obviamente era un asunto delicado para ella.

—Lo que quiero decir es que no necesitas buscar mi admiración ni la de cualquier otra persona en mi casa... nuestra casa. Ya la tienes. Pronto todos notarán tu intrepidez y tu valor. Eso siempre será lo más importante. En cuanto a las tareas domésticas, tendrás las criadas que desees, una nueva ama de llaves... Recuerda siempre que ahora eres Isabel Casanova. Ya no hay más lo correcto o lo incorrecto, solo un mundo entero a tus pies.

—¿Es así como te sientes? ¿Con el mundo a tus pies, todo el tiempo?

—No... Es así como quiero que te sientas.

Sus labios se abrieron en sorpresa. Astuto como un buen Casanova, Eric aprovechó el momento para poseerlos. Cada vez que la besaba era como descubrir un nuevo pedazo de tierra. Un lugar limpio y refrescante. Los besos no deberían emocionar tanto a un hombre experimentado como él, pero nunca antes había besado a Isabel. Tener esa boca era como reclamar para sí el paraíso. Todo el tiempo, Eric pensaba en besarla de todas las formas. Gentil, fuerte, emocionado, intrépido. Siempre ansiando por nuevas maneras de robarle el aliento a su nueva y dulce esposa.

Él sabía lo que vendría ahora. Se separarían y ella estaría sonrojada, como las rosas que adornaban los peinados de las gitanas.

Mirándola unos instantes después, no pudo evitar sonreír al notar que tenía razón. Isabel le devolvió una tímida sonrisa. Sus grandes manos tocaron el rostro de ella y lo sostuvieron por un instante, con gentileza.

— Hay mucha valentía dentro de ti, Isabel, delicadeza, confianza y pasión… pero, sobre todo, valentía, y eso no lo debes ocultar.

—¿Qué estás tratando de decir?

—Sabes que no puedo garantizar que vayas a la universidad, ¿verdad? —Ella abrió los labios en sorpresa otra vez, sus grandes ojos brillando—. Pero te prometo que haré todo lo posible para cumplir tu deseo. Hablaré con el barón, mi padre, para que consigamos una recomendación real. No te lo puedo asegurar, pero podría abrirte muchas puertas.

—Eric… —murmuró, llevándose la mano a los labios.

—Y si no es suficiente, pediré a los médicos conocidos de la familia que te acepten como voluntaria en algún hospital de Sevilla. Podrías ayudar a los necesitados con tus talentos. Salvar a otros, como me salvaste a mí.

—Oh, Eric… Eric… —Radiante, Isabel saltó al cuello de su marido, repartiendo besos por todo el rostro recién curado de heridas—. ¡Es maravilloso! Apenas puedo creerlo... — Y, desprendiéndose de toda formalidad tan presente en su comportamiento hacia él hasta ahora, llevó los labios a los de su marido. Por primera vez, por iniciativa propia.

Él la atrajo hacia sus brazos, las manos apoyando su espalda y haciendo que sus pequeños pies se despegaran del suelo. Con un suspiro de sorpresa, ella abrió los ojos y vio a su marido sonreírle ante su dulce iniciativa. Ambos comenzaron a reír mientras Eric giraba con Isabel en sus brazos.

En ese momento, en un acantilado frente a una vista paradisíaca, con el mar y el sol como testigos, formaron un pacto de pertenencia mutua.



El regreso a casa ocurrió dos días después. Con el barco abastecido para el viaje y una larga despedida de todos los habitantes del convento, la tripulación del crucero, junto a los recién casados, emprendió la travesía de vuelta a la realidad.

Un telegrama había sido enviado tres días antes al padre de Eric, informándole del matrimonio y de su regreso. Sin duda, el hombre estaría como un pavo real, listo para mostrar sus plumas en una recepción para la llegada de su hijo, el futuro barón. Eric estaba seguro de ello.

Isabel estuvo un poco mareada aquella primera noche en el mar. Quizás la tensión del último viaje no le había permitido percibir el vaivén del barco. Esta vez, sin embargo, descansó mucho durante el tiempo que estuvo la cabina.

El puerto de Sevilla parecía tal y como Eric siempre lo encontraba. Gente ocupada y amante del dinero apilando cajas y pertenencias de quienes llegaban y partían.

En la carroza, vistiendo uno de los nuevos vestidos proporcionados por la modista de la isla, las manos de Isabel se movían constantemente sobre su regazo. Del otro lado de la cabina, Eric sonrió y le sostuvo las dos manos temblorosas.

—Tranquilízate. Ya te adora —le murmuró.

—No es solo tu padre quien me preocupa. También tendré que enfrentar a un tío furioso.

—No pierdas el sueño por eso. Del señor Fuentes, me encargaré yo. Tiene una sobrina que será baronesa algún día, tiene todos los motivos del mundo para sonreírte. —Trató de calmarla con una mirada apaciguadora.

Cuando los caballos empezaron a disminuir su velocidad, Isabel se asomó por la ventana y la rendija reveló los jardines del Palacio Casanova. Una fila de sirvientes los esperaba en la escalera principal.

—Dios, ¿estaremos preparados para lidiar con las consecuencias? —Su voz sonaba insegura.

—Aunque fuéramos tú y yo contra el mundo entero… no haría falta nada más.

Isabel le sonrió a su marido. ¿Podría él tener razón? Ella había pedido un matrimonio verdadero, donde ambos se esforzaran por convivir bien, incluso si no hubiera amor. Hasta el momento, él estaba cumpliendo con su parte.

¿Podría Eric convertirse en un puerto seguro entre las tormentas que vendrían? Observando su mandíbula cuadrada, sus ojos oscuros y su nariz recta, se dio cuenta por primera vez de que daría todo por ser el mundo para él.

—¡Santo cielo! ¡¿Pero quién pario a este que casi deja caer a la novia al entrar en casa?! —gritó Don Casanova al ver como Isabel tropezaba al entrar por el portón de la casa y era amparada por su marido—. Así que regresas a esta casa con una nueva hija para mí. —Sus ojos eran simpáticos hacia su hijo y su nuera.

Isabel miraba a su marido, quien sonreía a su padre, un hombre enorme como él, pero mucho más viejo. Aunque era uno de los hombres más importantes de la región, emanaba cariño y felicidad por ver a su hijo.

—Me alegra encontrarlo con buena salud, señor padre mío. —El abrazo entre los hombres fue rápido y colmado de palmadas. Típicamente masculino. —Conozca a su nuera, Isabel Casanova.

—Señor barón, es un placer encontrarlo nuevamente. —Hizo una reverencia al anciano—. Lamento haberle causado tantos inconvenientes. Espero poder remediarlo lo antes posible.

—Ya lo haces con tu presencia, querida. —Un beso cálido fue depositado en su mano. Don Casanova no era ningún anciano, todavía irradiaba energía y galantería—. Vamos, entremos, todos están ansiosos por conocerte.

—¿Alonso ya llegó de viaje? —preguntó Eric con expresión seria.

—El muchacho sigue en camino. Asturias no está tan cerca como parece, pero llegará para el baile.

—¿Baile? —preguntó Isabel sin pensar.

—Ah, claro, no pensaste que mi heredero se casaría a escondidas y en eso se quedaría, ¿verdad? El futuro Barón de Altamira tendrá la

recepción que merece. Toda la región fue invitada. Mañana tendréis una noche ocupada.

—¿Mañana? ¿Tú sabías algo de esto?

—Cuando se trata de las recepciones de mi padre, siempre preveo algo así, querida.

—Dejemos la conversación, es momento de entrar. Eric, hazlo bien esta vez. Cárgala en brazos. Lo que menos se necesita en esta casa es mala suerte para los recién casados.

Sonriendo, Eric obedeció a su padre, para asombro de Isabel, quien dejó escapar un leve grito al ser levantada por su esposo. Los sirvientes sonreían disimuladamente al ver al futuro barón cargando a su esposa al interior del Palacio.

La enorme sala de la mansión estaba amueblada con muebles de caoba e inmensos jarrones de Alhambra. Un enorme candelabro con cristales brillantes como el día se situaba en el techo, aportando aún más lujo a la decoración.

Después de que todos los empleados fueron presentados, el mayordomo llevó hasta el barón una bandeja con una peculiar caja de terciopelo. Don Casanova tomó la caja en una de las manos con cuidado y se dirigió hacia su nuera.

—Que todos sepan que esta casa ahora tiene una nueva dueña. Bienvenida a tu hogar, Isabel Casanova. Futura Baronesa de Altamira.

La caja fue entregada abierta a Isabel quien, sorprendida, encontró una llave de oro en su interior. Las llaves del palacio. El barón le hacía un regalo de bienvenida. Justo a ella, que por poco no había tirado el nombre Casanova por la borda.

Emocionada, Isabel agradeció a su suegro. Entonces, se dio cuenta de que no solo había ganado un apellido, sino también una nueva familia.

—Gracias, Don Casanova. Me siento halagada por tan cálida recepción.

—Me he enterado de tu situación, querida. Que sepas que ya tienes el cariño de un suegro.

Orgulloso, Eric observaba el encuentro entre su padre y su esposa. El barón demostró que no escatimaba en ajustar la vida en

el palacio para la llegada de los recién casados.

Al día siguiente, Isabel descubrió que sus pertenencias ya habían sido traídas de la casa de su tío y estaban debidamente arregladas en la habitación que le correspondía. Dormiría en una habitación interconectada con la de Eric. Pasó sola la primera noche, pensando si debería proponer que siguieran durmiendo en un mismo lecho. Ahora, algo le faltaba durante la noche.

A la mañana siguiente, la casa estaba en polvorosa por el baile. Todos los empleados se aseguraban de decirle que todo ya estaba debidamente cuidado. En la décima vez que lo escuchó, decidió creer que su interferencia no era necesaria para el evento y resolvió empezar a arreglarse para la noche.

Se puso un elegante vestido azul oscuro, traído especialmente para la ocasión. A Isabel le encantaban los tonos oscuros y, al menos ahora, después de casada, podía usarlos. Su corsé moldeaba mejor la cintura y el escote era un poco más grande. Encaje negro y pedrería adornaban el tejido.

—Tengo algo para ti. —La voz de Eric la hizo moverse con un sobresalto.

—¡Me asustaste! —La mano elevada al pecho lo confirmaba.

—¡Perdón! No fue mi intención. —Parecía mirarla encantado.

—Necesitas dejar de aparecer de la nada, sé que no te gusta la puerta de comunicación entre los cuartos...

—No, no me gusta.

El asunto lo había dejado disgustado la noche anterior. Así que Isabel prefirió llevar la conversación por otro rumbo.

—¿Qué te trae aquí? —preguntó, acercándose al marido.

—El barón… —tosió suavemente —, el barón y yo estaríamos encantados si te pones esto esta noche. —Ella se dio cuenta de que el marido traía consigo una caja de joyas, también de terciopelo como la del día anterior, pero más grande—. Considera esto como mi regalo de bodas.

—¡Dios mío! —murmuró Isabel con los ojos abiertos en par al ver el conjunto de zafiros con diamantes—. Eric…

—Perteneció a mi madre… Y ahora es tuyo.

—No puedo negarlo, ¿verdad?

—No, no puedes.

Sonriendo, él la llevó hasta el espejo y la ayudó a colocarse el collar y los pendientes.

—Me siento honrada por llevarlos. Algo de tu madre... Gracias, Eric.

—Estás preciosa. —Se miraban a través del espejo.

Pronto, Isabel se vio envuelta por sus brazos, la espalda apoyada contra el pecho masculino.

—Tengo algo que decirte —le susurró el marido mientras olía su cuello, su cabello...

—Entonces dilo… —murmuró ella con los ojos cerrados, sus manos encontrándose con las de él sobre su vientre.

—No quiero... Destruirá este momento... —Él parecía en conflicto, mientras sus manos subían y bajaban sobre el tejido del vestido, firmes y persuasivas, una invitación a algo mayor. Algo que Isabel no conocía, pero que deseaba cada vez más—. Es importante... —dijo con un suspiro angustiado.

—¡Entonces dilo! —Los ojos de ella se abrieron a la vez que se escuchó un leve golpe en la puerta—. ¿Quién es? —preguntó.

—¡Ábreme rápido! Engañé a los empleados y subí a verte —dijo una voz conocida.

—¿Letizia? —Isabel se preguntó a sí misma mientras dejaba los brazos de su marido y corría hacia la puerta—. ¡Letizia! —Sonrió, animada al ver a su prima.

—¿Tendrás unos minutos para mí, Doña Isabel? —la joven preguntó, haciendo una reverencia exagerada, casi perdiendo el equilibrio.

—No seas tonta. Solo dame un minuto para... —Miró hacia atrás en busca de su marido y vio como la puerta de comunicación entre los cuartos se cerraba. Eric se había ido—. Olvídalo. Solo pasa.

—¡Qué cuarto tan lindo! —Los ojos de Letizia parecían inspeccionar hasta las más minúsculas partes del ambiente—. No dejo de estar impresionada, aunque estemos en la casa del Barón de Altamira... —dijo con pompa.

—Descuida, si yo todavía me estoy acostumbrando a todo este lujo.

—Y pensar que estábamos tan preocupados por ti...

—Oh, Leti, lo siento tanto por eso. No tienes idea.

—Juana tardó en contarme lo que realmente había sucedido. Solo después de que papá supo sobre la joven en el puerto que se había lanzado al mar al amanecer fue que ella nos dijo la verdad. El pobre escuchó tantas historias...

Isabel había pedido interminables disculpas a su tío el día anterior, cuando él la visitó al final de la tarde. Él no parecía abatido, pero pasó mucho tiempo hablando con Eric y con el barón en el despacho. Para los hombres, todo se había resuelto; para ella, aún le quedaba la espina de que había hecho algo muy malo.

—Ya no hablemos de eso. Te ves tan linda en este vestido. ¡Ay, Dios mío, ¡qué joyas son esas! ¿Estás feliz? ¿Cómo es el señor Casanova? Parece tan serio... —Letizia no paraba de hablar y hacer preguntas mientras se sentaba sobre el mueble.

—No puedo responder a tantas preguntas al mismo tiempo... —Isabel fingió tener dolor de cabeza. Ambas rieron. —Eric es bueno. Es muy bueno conmigo.

—Si me hubieras dicho eso antes de... bueno, antes de irte, no te habría entendido, sin embargo, ahora te entiendo perfectamente. —Los ojos de la joven parecían soñadores.

—¿Lo entiendes?

—Sí, siento lo mismo por Diego... Quiero decir, Don Diego Navarro.

El nombre le sonaba familiar a Isabel.

—¿Don Diego Navarro? —con los ojos muy abiertos, vociferó—. ¿El Duque de Granada? ¿Por qué me hablas con tanta intimidad sobre Don Diablo?

—¡Shhh, baja la voz! Papá no puede saber que lo llamo así. Eso debe quedar entre nosotras. Y no lo llames Don Diablo, me entristece que la gente lo trate así.

—Bueno, ¿y por qué lo estás tratando de otra forma? —cuestionó Isabel.

—Ah, Isabel, pasaron tantas cosas mientras no estabas, prima mía. —Se mostró sonrojada, las mejillas rosadas tal cual el color del largo y brillante vestido que llevaba—. Don Diego pidió permiso para

cortejarme y yo acepté... Quiero decir, papá lo aprobó después de una breve consulta.

—¿Don Diablo te está... ¿El Duque de Granada te está cortejando? Cielos...

—¿Y qué tiene de malo? ¿Acaso solo tú puedes casarte?

—¿Matrimonio, Letizia? ¿No crees que es muy pronto?

—¡No! Quiero decir... sí. Me gustaría conocer mejor al duque, a pesar de que la palabra matrimonio ya se haya mencionado algunas veces...

—¿Te casarías con él después de haberlo visto tan pocas veces?

—La verdad es que me siento confundida. Diego es muy encantador y pronto se irá a Granada, no quiero dejar de verlo. Al mismo tiempo, quisiera conocerlo mejor. No sé si soy lo suficientemente buena para ser una duquesa. —La mirada de su prima se volvió pensativa.

—Bueno, tal vez deberíamos organizar una cena aquí en la casa, donde podamos invitar al duque para observarlo bien, ¿no crees? Eric y él son viejos conocidos. De cierta forma, tal vez podamos descubrir sus verdaderas intenciones.

—Ay, prima, ¿harías eso por mí?

—Por supuesto, eres todo lo que tengo. Pero dime, ¿qué piensa Juana de todo esto?

—Ya sabes cómo es Juana, no le gusta nadie. —Hizo una mueca y suspiró al decir—: Pasa todo el tiempo en la sala cuando estoy con el duque.

—Hace muy bien, no es correcto que una joven esté a solas con un caballero.

—Tampoco es correcto lanzarse al mar y escaparse con uno. —Isabel puso los ojos en blanco delante del comentario—. De cualquier manera, en la nota que me dejó durante su última visita, dijo que quería besarme —la última palabra fue dicha casi en un susurro.

—¿Qué dijo?

—Sabes lo que dije, no lo repetiré.

—Letizia... Me alegro por ti y espero que el duque mantenga el respeto que mereces. Prométeme que no harás ninguna tontería...

Algo como lo que hice yo. —Tomó las manos de su prima—. Prométemelo.

— Te lo prometo. No te preocupes. El duque es muy respetuoso.

—Me alegra saberlo, Leti. —Aun así, Isabel no quería que su prima tuviera que tomar la misma decisión que ella había tomado recientemente. Estaría muy atenta al duque.



La noche estaba fabulosa. El Barón de Altamira sabía dar recepciones como nadie, y el baile en conmemoración del matrimonio de su heredero no podría ser diferente. Todo se presentaba en numerosas cantidades. La comida servida, los meseros con el vino, la orquesta con el doble de músicos, además de los candelabros dorados que adornaban el salón. Las personas reían y se observaban unas a otras. Isabel y su marido entraron al salón bajo una grandiosa salva de aplausos.

Isabel lo buscaba ahora con la mirada y lo veía atrapado en interminables círculos de hombres. Compartieron una breve mirada angustiada y, en sus labios, ella leyó el mensaje que le pedía aguantar un poco más.

No podía haber espacio para la timidez en su desempeño como una Casanova. Bailó un vals con el barón, que se pavoneaba con la nueva integrante de la familia, asegurándose de presentar a Isabel a todos. Llevaba una sonrisa pegada a su rostro. Reía de chistes en los que no encontraba ninguna gracia y esquivaba temas que no entendía.

Su prima bailaba un vals con el Duque de Granada por tercera vez consecutiva, y a Isabel le preocupaba que un baile más pudiera ser peligroso para la etiqueta de la ocasión.

—Me alegra verlo disfrutar, señor duque —felicitó Isabel, haciéndose aire con un abanico cuando él devolvió a su prima a su compañía.

—De hecho, es un bellísimo baile, señora Casanova. —Ella asintió —. Sería un enorme honor si me concediera la próxima contradanza. —El duque le ofreció la mano cortésmente.

—Temo frustrar sus planes, Don Diego. —Fue la voz de Eric la que se interpuso a las espaldas de todos—. Mi esposa y yo bailaremos algo especial.

—¿Lo haremos? —preguntó Isabel cuando el marido tomó su mano.

—Sí, cariño. —La sonrisa que él dirigía al duque era pulida y depredadora—. Con su permiso.

—Tiene todo mi permiso. —El duque volvió su atención a Letizia, que observaba todo encantada.

—¿Celoso de su esposa, Don Eric? —dijo Isabel en tono jocoso, después de llamar la atención al dirigirse al centro del salón.

—En realidad, intentaba rescatarte de tan aburrido entretenimiento.

—No te agrada, ¿verdad? —Isabel miró a su alrededor y todos tenían la atención puesta en ella y en su marido.

—Eso lo conversaremos después, tenemos cosas más importantes que hacer en este momento.

—El vals, por supuesto —comentó ella, notando que los músicos tardaban en empezar a tocar—. ¿Por qué dudan?

—Porque falta esto. —Eric sacó dos castañuelas de su bolsillo.

Isabel abrió los ojos en sorpresa ante la visión de los objetos.

—¿Ya no hemos causado suficientes escándalos? —murmuró.

—En realidad, sí, y añadiremos uno más a la cuenta, bailando como si estuviéramos en una taberna. —Vio la indecisión en los ojos de ella—. Sabes que será un escándalo mayor si me dejas aquí plantado.

Con un suspiro resignado, ella tomó los instrumentos de su mano.

—Luego hablaremos —respondió ella.

—Luego estaré besando los labios de mi esposa en el jardín. —Su sonrisa era triunfante, sabiendo la posibilidad de hacer realidad ese pensamiento.

Al sonido de las palmas de Eric, los músicos, con la guitarra flamenca, inundaron el ambiente con una canción rítmica de palmadas y zapateados.

—Mírame a los ojos —instruyó Eric.

El violín indicó el siguiente paso y Eric e Isabel se miraron frente a frente, pie ante pie, como en un encuentro entre toro y torero. Nunca llegaron a tocarse, todos los movimientos eran coordinados por los instrumentos y sus pasos seguían el sonido de las castañuelas.

Al final, sonriéndose el uno al otro, arrancaron aplausos de los invitados. Después de todo, nadie sería descortés con un futuro barón y su baronesa. No en su propia casa.

—Encuéntrame en el jardín en unos minutos —pidió Eric, al que Isabel solo asintió.

Los cumplidos de los invitados la cansaban. O tal vez el baile había sido demasiado agotador para sus nervios. Sin embargo, la recepción parecía lejos de su final, con las parejas volviendo a bailar en el salón. Isabel evitó todos los círculos de conversación que pudo. No veía a Eric en ningún lado, probablemente ya la esperaba en los jardines. El hombre tenía el don de desaparecer.

Isabel atravesó las columnas divididas por arcos cercanos al techo, esperando encontrar el camino más fácil hacia el jardín. Decidió tomar el trayecto más silencioso de todos. Las escaleras la llevaron directamente a un sendero de piedras que terminaba en un inmenso jardín, repleto de estatuas de arbustos y claveles. Una fuente, que probablemente marcaba el centro del jardín, llamó su atención, deteniéndola.

El suave sonido del agua y el viento nocturno la calmaron por un instante.

Luego, escuchó como pasos pesados se acercaban.

Eric.

—Creo que la señorita se ha perdido —dijo una voz con suavidad, pero firmeza.

Isabel ya había escuchado dicha voz antes. De hecho, había estado en sus pesadillas los últimos días.

—¿Puedo ayudarla?

Isabel se volteó lentamente para comprobar que el dueño de la voz que hablaba con tanta educación vestía el uniforme de la guardia civil y la miraba con curiosidad. Era el mismo hombre que la había acorralado el día en que huyó junto con Juana y Letizia para ver las corridas de toros.

—¿No va a responderme? —Él se acercaba lentamente, lo que hizo que Isabel diera un paso atrás instintivamente.

No la había reconocido todavía. Esto podría ser de gran utilidad.

—No, estoy bien, gracias —respondió en un tono moderado y agachó la cabeza.

No le gustaba la mirada de ese hombre. Jamás confiaría en alguien como él. Sus ojos eran mentirosos. Siempre mentían, y sonreía como una hiena lista para alimentarse.

—Puedo acompañarla, si quiere. —Le impidió el paso—. Es peligroso andar sola, incluso en un baile como este. —Le ofreció el brazo educadamente.

Ella no sabía qué hacer. Quería escapar inmediatamente, llamar a Eric. Sentirse segura otra vez.

—¿Vamos? —La miró fijamente y, al aproximarse, con la luz sobre su rostro, Isabel no pudo hacer nada cuando los ojos del hombre mostraron reconocerla—. ¿Tú?

El rostro de Isabel se volvió pálido y su cuerpo tembló sin que ella pudiera evitarlo.

—Te conozco, pequeña entrometida. Tenemos asuntos que resolver. ¿Qué haces en mi casa?

¿Mi casa?

La frase cortó la mente de Isabel, llevándole un sollozo a los labios. Algo pesado le revolvió el estómago. Hasta que su confusión mental se disipó. Supo quién era él en un instante. La frente fruncida, los ojos oscuros y la nariz prominente… Sí, aquella era su casa porque aquel hombre tan peligroso era un Casanova.

Para él, ella era una intrusa. Y solo Dios sabía cómo él trataba a los intrusos.

Ella intentó hablar, pero las palabras no llegaban a su boca. Con la respiración rápida, intentó de nuevo.

—Suéltame. —Miró el brazo atrapado entre las manos de su cuñado.

—Dame un motivo para hacerlo. —Los ojos del hombre ahora irradiaban ferocidad.

Ella era su presa, la testigo de algo corrupto que él había hecho.

—Te arrepentirás cuando sepas quién soy.

—No te tengo miedo. Estoy por encima de cualquiera que esté en esos salones. —Él le apretó el brazo aún más—. Puedo estar por encima de ti también, dulzura. —Sus labios sonrieron con malicia mientras pegaba su cuerpo al de Isabel.

Ella intentó soltarse inútilmente de las manos poderosas y frías que insistían en apretar sus brazos con la promesa de dejarlos marcados. El cuerpo masculino presionaba el suyo y olía a clavo y tabaco. El rostro del hombre se acercó peligrosamente a su boca e, instintivamente, ella le asestó un golpe con la mano izquierda, haciendo que el hombre aullara de dolor y la soltara de su aprisionamiento.

Su brazo ya le dolía y levantó las faldas para echarse a correr, no sin antes sentir la mano de Alonso en su hombro, tratando de atraparla de nuevo. Fue inútil, pero la mano pesada rasgó el tejido del caro vestido. Isabel comenzó a correr por el jardín, aterrorizada por el escándalo. Un grito de socorro atrapado en la garganta y los ojos que cruzaban la semioscuridad. Los pasos de botas pesadas y el crujir de la hierba detrás de ella la hacían temer lo peor.

Miró hacia atrás en busca de su perseguidor y no vio el cuerpo fuerte y viril que surgía justo adelante. Chocó contra la montaña humana con desesperación en los ojos y el aire en suspenso.

—Isabel, ¿qué ocurre? —preguntó Eric, con los ojos inquisitivos.

Su vestido hecho pedazos y los ojos aterrorizados le contaron a su marido toda la historia que él necesitaba.

De los arbustos, apareció el único hombre en la tierra capaz de dejar a Eric con los ojos llenos de cólera y los labios apretados.

Una tormenta se acercaba a la mansión Casanova.

CAPÍTULO

DIEZ

Eric no esperó a que su hermano saliera completamente de las sombras y le dio un puñetazo en la mandíbula a Alonso que lo dejó desorientado y todavía más dolorido.

—¿Acaso hay algún acuerdo para que me golpeen esta noche? —preguntó, viendo solamente a su hermano. Luego, sus ojos se clavaron en Isabel, que fue colocada protectoramente detrás de Eric.

La tensión entre los hermanos podía cortarse con un cuchillo.

—¿Es cierto lo que estoy viendo? ¿Lleva las joyas de nuestra madre? —Alonso tenía los ojos fijos en Isabel—. Entonces es verdad, estás casado. Ahora veo por qué amas defender a esta ramera...

Rápido y fuerte como el viento, Eric se lanzó sobre su hermano. El cuello del uniforme apretado en sus dedos, mientras el otro extrañaba la reacción alterada.

—Dame un solo motivo para no matarte ahora. Solo uno, para no olvidar que somos hermanos y acabar contigo aquí mismo —habló Eric entre dientes, de una forma que solo Alonso podría escuchar.

—Ni tú te crees tus propias palabras, hermanito.

—Es la última vez que ofendes a mi esposa. No saldrás con todos los dientes de una próxima —dijo en un tono bajo y áspero que denotaba furia controlada.

—¿Por qué no resolvemos esto ahora? —preguntó Alonso.

—Tienes razón, dame un motivo para no acabar contigo ahora mismo. —Eric repitió y lo empujó hacia los arbustos, poniéndose en posición de combate.

—Eric, por favor —rogó Isabel al mismo tiempo que una pareja los avistaba desde el otro lado del jardín.

—Quédate fuera de esto, Isabel.

—Isabel, ven conmigo… —Zalo apareció con su tono apaciguador, cubriéndola con su propio abrigo y tratando de llevarla lejos.

—No, no me iré. —Se soltó—. Eric, no hagas nada estúpido.

—Sí, Eric, no vayas a cometer ninguna estupidez contra tu propio hermano. —Alonso sonreía—. Escucha a tu esposa. Estamos en una fiesta, ¿no? Todo no fue más que un malentendido.

—Escúchame bien, tú y yo tenemos algo que resolver. —Se acercó a Alonso otra vez.

—Di la hora y el lugar, y allí me tendrás. —Frente a frente, los dos podrían fácilmente iniciar un duelo ahí mismo.

Un duelo, pensó Isabel.

—No, Eric, no permitiré que lo hagas. Los duelos están prohibidos y claramente son peligrosos, ¿no lo ves? —Se interpuso entre los dos, golpeando inútilmente el pecho de su marido.

—Zalo, llévala de aquí —vociferó Eric.

—No, no…

—Vamos, Isabel… —Zalo la arrastró fuera del jardín, de vuelta a los patios.

—Lo haremos a la antigua —Eric volvió a decir con la cara contorsionada de dolor tras escuchar los gritos de protesta de Isabel por varios instantes—. Lleva tu espada. Te encontraré en el bosque.

— Allí estaré. Veremos si tienes siete vidas como dicen, hermano.

Cuando Eric estuvo otra vez en la casa, Zalo informó que había llevado a Isabel hasta su habitación. Al abrir la puerta de la alcoba, la encontró andando de un lado a otro.

—No vas a hacer lo que le prometiste abajo, ¿verdad? No cometerás esta locura.

—Isabel…

—No, no puedes estar hablando en serio. Enfrentarás la muerte sin ninguna garantía de ganar.

—Escúchame —se acercó—, escúchame, Isabel. Prometo que volveré para ti.

—No, no puedes prometerme eso. De un duelo, solo uno sale vivo.

—¡Y seré yo!

—¿Estás realmente dispuesto a matar a tu hermano? El hermano del que no me hablaste, después de todo. —Ambos se miraban con indignación—. Me mentiste, Eric.

—No, jamás haría algo así. Solo no encontré el mejor momento para explicarte quién era Alonso.

—¡Es una mentira de todas formas!

—¿Crees que fue fácil para mí saber que mi hermano te había acorralado en un callejón? ¿Saber quién es él realmente?

Isabel permaneció en silencio, aunque mantuviera la cabeza erguida. Eric se llevó una mano a la cabeza, despeinándose mientras caminaba delante de su esposa.

—Mírate... Tu cabello, tu vestido, tus ojos… Nunca olvidaré cómo llegaste aterrorizada a mis brazos. No quiero imaginar lo que podría haber pasado si no hubiera estado en el jardín en el momento adecuado. ¿Cómo pretendes que supere esto? ¿Cómo me pides que siga con mis días con un hermano que…? —Su tono era atormentado.

—¿Quieres verlo muerto?

Él la miraba incrédulo, al que ella continuó: —Ha sido él, ¿verdad? La emboscada… no fue un simple robo…

—Isabel…

—¡Él es el que quiere verte muerto! Lo vi en sus ojos. No tiene amor, cariño o admiración por ti. Os parecéis físicamente, pero sois como el agua y el aceite. —Se sentó en la cama con la mirada perdida—. ¿No lo entiendes? Si te mueres, estaré arruinada otra vez. Salvé tu vida, me salvaste de la ruina... para nada. Ni siquiera hemos consumado el matrimonio. No tenemos un heredero en camino. Con tu muerte, tu hermano tendrá todo lo que quiere.

—Hablas como si estuvieras segura de que voy a perecer. ¿Tan poca fe tienes en mí? —Se arrodilló frente a ella.

—Sabes que pondría mi vida en tus manos.

—Entonces ponla, esposa. —Depositó un suave beso en su labio inferior—. Promete que confiarás en mi regreso. Cuando vuelva,

estaré en tus brazos, y como recompensa, te tendré en mi cama. No más cuartos separados.

—Quédate conmigo, hoy. —Isabel agarró a su marido por los hombros. Estaba desesperada por impedir el duelo de cualquier manera. Entregarse a su marido sería el menor de sus sacrificios. Sonrojándose, se dio cuenta de que quizás sería un placer.

Reclamando los labios de Isabel, Eric la besó, trayendo su cuerpo junto al de él sobre la cama. Era un toque calmado y profundo contra su boca. La caricia encendía no solo sus labios, pero todo su cuerpo. El marido era gentil en sus caricias y podía percibir la pasión contenida en su cuerpo. Isabel ansiaba algo más y, recostándose mejor sobre el colchón, movió las caderas instintivamente. Él separó sus labios de los suyos con una pesada mirada de cobardía.

— "Pero mudo y absorto y de rodillas, como se adora a Dios ante su altar, como yo te he querido..., desengáñate, así... ¡no te querrán!" —Eric recitó los versos de Bécquer, llevando a su esposa de vuelta a sentarse en el borde de la cama—. No te tomaré apresuradamente, a las puertas de una lucha. Te amaré despacio, con el tiempo que nos queda en nuestra larga vida.

¿Cómo podía ser capaz de negarle la única cosa que los salvaría en ese momento decisivo?

Con un sollozo, Isabel se soltó de su marido y se levantó sin decir una sola palabra, dándole la espalda mientras se paraba cerca de las ventanas.

—Isabel… —continuó él tras no obtener respuesta y, con un suspiro, prosiguió—, prepárate para dormir, cariño. Pediré que te traigan un té para que descanses.

La puerta se cerró pesadamente a sus espaldas.

—Y entonces, ¿cómo está ella? —fue Zalo quien le preguntó al otro lado del pasillo.

—Enfadada, pero era de esperarse.

—Si el desgraciado no te mata, ten por seguro que la fiera al otro lado de esta puerta lo hará.

—No digas tonterías. —Eric rodó los ojos a su amigo—. Necesito hablar contigo.

—¿Hay algún día en que eso no ocurra? Últimamente estamos igual que dos doncellas chismosas, los asuntos se nos acumulan.

—Escucha, estoy hablando en serio. —Zalo pronto se quitó la sonrisa burlona del rostro—. Necesito que me la cuides. —Miró a su amigo, el único en quien confiaría su vida—. Necesito que cuides de Isabel si algo me pasa.

—Sabes que tu señora tiene toda mi admiración. Cuidaré de ella con mi vida.

—Zalo, no lo entiendes. Necesito que te cases con ella. Si Alonso llega a ser barón algún día, la dejará en la miseria, o quién sabe qué atrocidades hará.

—Eric, me lo pides como si hubiera algo que pudiera hacer contra un barón… —Vio los ojos de su amigo fijos en su rostro y comprendió la verdad—. Me pides más de lo que puedo dar, amigo mío. Sabes de dónde vengo, no soy nadie. El conde me desprecia, no hay títulos para mí.

—Esas cosas no dependen de él…

—Aun así, no te puedo prometer algo que no podré cumplir. Pero me casaré con ella, si es tu voluntad.

—Sabes que haría lo mismo por una dama que estuviera bajo tu nombre.

—El problema, querido amigo, es que mi nombre no vale nada en toda Sevilla.

—No seas dramático. —Se pusieron a caminar por el pasillo—. Serás mi padrino en este duelo.

—En la salud y en la enfermedad, hasta que un duelo nos separe.



Isabel dejó de llorar en el instante en que escuchó la conversación entre los hombres.

Escuchar a escondidas no era su costumbre, pero ahora que estaba dispuesta a ir tras su marido para suplicarle que no luchara,

las voces al otro lado de la puerta llamaron su atención.

Y lo que una mujer escucha puede ser mortal. Con las mejillas mojadas de lágrimas, su furia casi la asfixió instantáneamente.

Así que, delante de ella, el hombre mostraba valor y juraba victoria, pero prefería mostrar sus debilidades al amigo y pedirle que se casara con ella. Otra vez decidiendo su destino sin consultarla.

Eric Casanova aprendería muy pronto que ella era quien dictaba las reglas de su destino. Y ahora su destino la mandaba impedir ese duelo.

Isabel solo no sabía aún cómo hacerlo.

Pensando en ganar tiempo, se cambió su vestido por uno más ligero y se metió bajo las sábanas. Una criada apareció trayendo té y panecillos. Aceptó el té y lo bebió mientras seguía pensando en una forma de detener la desgracia inminente.

Cuando Eric regresó al cuarto una hora más tarde, ella fingía dormir. Él se acostó a su lado en la cama, su cuerpo caliente y enorme causando una especie de temblor en el colchón. Tomándole la mano con cuidado, él la besó con suaves chasquidos sobre su piel.

—Sé que no estás dormida, no completamente. —Isabel se mantuvo inmóvil y respirando suavemente—. Lo sé por esas arrugas de preocupación aterradoras en tu frente. Pero quiero decirte que volveré. Espérame, mi sol. —Depositó suavemente los labios sobre su mano una vez más y se fue.

Sin escucharla o hacer caso a sus súplicas, prefirió la batalla a su cuerpo. Nunca pensó que tal situación la lastimaría, pero se sentía lastimada.

Levantándose de la cama, Isabel terminó de vestirse y se detuvo a pensar qué podría hacer. Si seguía a su marido, él lo descubriría. Si pedía ayuda a uno de los marineros, perdería tiempo hasta encontrar a alguien que supiera dónde estaba Eric.

¿Quién podría detener esta barbaridad de una vez y rápidamente?

Cerró los ojos por un instante para pensar con claridad. Todas sus opciones parecían estúpidas. Hasta que su mente pareció dar un salto y, abriendo los ojos, se sintió de vuelta a la chocante realidad.

Las ideas se atropellaban en sus pensamientos, una tras otra, pero ya tenía una certeza: sabía exactamente a quién recurrir.

Buscando su mantilla y la pequeña bolsa de monedas, Isabel dejó el cuarto y corrió por los amplios pasillos del Palacio Casanova. El lugar estaba casi completamente a oscuras y llegar al aposento de Don Guillermo le llevó más tiempo del que pensaba. Jadeante, golpeó la puerta insistentemente hasta que se abrió.

—¿Es un incendio? —El hombre la miraba con curiosidad mientras se cubría con su camisa de dormir.

—No, pero es igual de grave. Algo está por suceder y solo usted puede ayudarme.

Sus siguientes palabras traerían caos al mundo de los Casanova.



El sol se escondía perezosamente bajo la intensa niebla en el bosque cuando Eric y Zalo llegaron al lugar acordado. Los pájaros cantaban en un tono melancólico, sin alegría.

Sangre sería derramada en aquel lugar.

El claro estaba vacío, pero pronto llegó el juez del duelo, Don Álvaro Montero, y traía consigo una pesada caja de madera con las espadas. Era el dueño de casi todos los clubes masculinos de Sevilla, un sujeto presumido, pero de confianza. Luego llegó Alonso, montado en su caballo, en compañía de Diego Navarro, el Duque de Granada, y su siempre anónimo hombre de recados, Juan. Que el hermano tuviera a uno de los bandoleros más temidos de la región como fiel escudero siempre hizo que Eric dudara de sus altos ingresos en los últimos años. La guardia civil no pagaba tan bien, y sabía que el padre no le dejaba faltar nada, pero la casa de soltero de su hermano en un lado apartado de la ciudad no se pagaba con los cheques del barón. Y el duque… Bueno, para Eric, un hombre que no buscaba ningún tipo de ocupación, por muchos títulos que tuviera, era un hombre vago.

—Señores, todo lo que pido es que mantengan el honor que el acto requiere —dijo Álvaro, abriendo la caja de madera. Dentro de ella, anidadas en terciopelo, las espadas relucían.

Ambos se acercaron, Eric y Alonso. El silencio y el rocío que caían sobre sus cuerpos eran cortantes.

—Eso es un combate entre hermanos, Álvaro. La honra ya abandonó este lugar desde hace mucho. —Alonso rio.

—¿Y desde cuándo alguien como tú tiene algo de honra? —Eric avanzó, pero fue contenido por Zalo.

—Guárdalo para la espada —murmuró el hombre a su amigo.

Diego Navarro observaba todo con ojos escrutadores.

—He oído que cortejas a la prima de mi esposa —dijo Eric al hombre.

—Es verdad. Espero que mi presencia aquí no nos haga enemigos. —Su sonrisa era tan burlona como la de Alonso.

—Si piensas entrar en la familia, has elegido al oponente equivocado para apoyar, amigo mío.

Los hombres eligieron sus armas y caminaron lentamente hacia el centro del claro.

—No olvides lo que te pedí —murmuró Eric a su amigo una última vez, al que Zalo solo asintió.

En algún lugar, de alguna manera, el día comenzaba normalmente, con gallos y pájaros cantando y los rayos del sol despuntando en el cielo. Pero no en ese bosque. Allí, fue el sonido de las espadas encajándose en posición de lucha lo que bendijo el amanecer.

—¡En guardia! —bramó Álvaro Montero.

Así empezaba el combate. El brazo de Eric llevando su espada directamente hacia el más joven de los Casanova. Su monumental grito de ataque reverberando sobre el suelo como el de sus ancestros en las antiguas cruzadas. Alonso se defendió, y una lenta danza mortal se iniciaba, donde los hermanos transformaban la fina hierba en arena.

La camisa de Eric se manchó de sangre cuando una rápida embestida de Alonso lo hirió en el brazo izquierdo. Sus ojos se

abrieron aún más y, con un control de hierro, se lanzó de nuevo al combate. Los hermanos se miraban como icebergs en el océano.

Allí no había camaradería.

Solo sangre.

Mirándose a los ojos, los dos se seguían moviendo lentamente en círculos, uno rondando al otro con furia controlada y sed de poder.

La sangre habla más alto cuando se ama y cuando se odia. Y Eric Casanova sabía que su oponente lo odiaba, aunque fuera su propio hermano. La constatación era como una daga en su pecho, capaz de herir, así como la hoja que acababa de rasgarlo.

—¿Cuándo fue… que te convertiste en esto? —evocó Eric en posición y desató un golpe que Alonso prontamente bloqueó en el aire.

—Mi existencia siempre te ha asustado —respondió el hermano.

—Actúas con inconsecuencia, hieres a los demás por placer… humillas doncellas. No es posible que vengamos de la misma carne.

—¡Retorna al polvo, hermano, y pruébalo tú mismo!

¿Era odio o rencor lo que movía a su hermano?

Eric no lo sabía, pero lo que sí sabía es que, si alguna vez hubo una remota posibilidad de ser amigos, eso ya no sería posible a partir de hoy.

No porque la sangre no hablara más fuerte o porque no todo fuera perdonable, sino porque entendió que su hermano no era el tipo de persona que coleccionaba afectos.

Solo intereses.

Alonso embestía profundamente contra Eric, que se defendía retrocediendo ampliamente. Los hombres alrededor observaban en silencio la inmensa tensión del momento. Con agilidad, Eric embistió contra Alonso, quien perdió el equilibrio y cayó al suelo.

—No volverás a maltratar a mi esposa. No tocarás ni un solo cabello de su cabeza. Ahora es una Casanova.

—¿Es por eso que estás aquí? ¿Para honrar a tu meretriz? —Alonso se carcajeó con la espada en su cuello.

—Levántate y lucha con dignidad. —Con dos pasos, Eric se apartó del hermano y se puso en guardia otra vez.

—Tu honor aún será el gran motivo de tu caída, hermano.

Levantándose rápidamente sin el apoyo de las manos, Alonso volvió a usar la espada contra Eric, reanudando el combate. La guardia cerrada de ambos hacía que la lucha se volviera ruidosa por el constante tintineo de las espadas. En una estocada firme, Eric rasgó el chaleco de seda de su hermano.

—Entonces, esta es tu venganza. Patético como siempre, Eric. —Alonso rodeó al hombre frente a él con los labios apretados y los ojos atentos.

Ambos volvieron a luchar, las espadas chocando y los cuerpos moviéndose con aún más rapidez y agilidad. Los demás observaban la lucha con aprensión por el resultado que surgiría. La danza mortal entre los hermanos continuaba, y quien observaba sabía que, ya fuera el final una lección o una tragedia, el gran resultado de este enfrentamiento sería la creciente rivalidad entre los herederos Casanova.

La respiración de Eric estaba agitada y las embestidas de Alonso se volvieron más duras. Quería cansar al hermano, atacando y acorralando hasta enseñarle una gran lección. Unos puntos y unos días de reposo como los que pasó en la isla le harían bien.

—¡Dame un motivo para no cortarte en dos! —gritó Alonso.

Enseguida, el ruido de silbatos y caballos trotando fuertemente distrajo la atención de los hombres.

—¿Acaso te jactaste en las tabernas de que estarías en un duelo al amanecer? —preguntó Eric al hermano al ver llegar el carro de la guardia civil.

No encontró respuesta de Alonso, quien se puso a correr hacia los árboles junto a Juan y el Duque de Granada. Suspirando, Eric simplemente arrojó la espada al suelo y, cuando vio a su padre salir de una de las carrozas, supo cómo el anciano había llegado hasta allí. Tendría una larga conversación con su esposa.

—Si sus hombres corren, encontrarán a quien también buscan en el bosque —dijo cuándo el jefe de la guardia se acercó.

—Sé muy bien lo que está pasando aquí esta mañana, señor Casanova.

—Si ya lo sabe, entonces me ahorraré mis disculpas.

—Pensaba que, luego de casarte, los problemas disminuirían. — Era su padre quien ahora se acercaba en uno de sus trajes pulidos y bien cortados, con un largo abrigo negro sobrepuesto—. Me llegó la información de que luchabas como uno de esos hombres de la calle... y con tu propio hermano. ¿Sabes lo que ocurrirá cuando toda la ciudad se entere? ¿No os cansáis de manchar el nombre de esta familia?

—¿Y cómo le llegó la información? — cuestionó, y el padre solo le hizo un gesto.

—Llevadlo y dejadlo un tiempo en una de vuestras celdas para que reflexione sobre lo que hizo. Y, cuando encuentres a mi otro hijo, señor jefe de policía, ponlo en la celda de al lado. No importa el rango que tenga en esa organización. Cometió el mismo error que su hermano mayor.

Mirando al cielo mientras respiraba hondo, Eric Casanova observó los rayos de sol que ahora aparecían entre las nubes sin ninguna timidez y pensó que aquel sería un largo día.

En el carruaje, escondida bajo un manto y con un velo negro en la cabeza, una dama observaba atentamente mientras se realizaban los arrestos y el Barón de Altamira reprendía a sus dos hijos.

Cuando el hombre mayor subió nuevamente al vehículo para acompañarla a casa, su corazón parecía saltar de ansiedad por las noticias.

—¿Y bien? Vi una mancha de sangre en Eric, ¿cómo está?

—Vivo y en grandes problemas. Necesito visitar a un amigo que es juez para apaciguar toda esta situación… Dios, ni siquiera podré desayunar.

Aliviada, pero aún no satisfecha, Isabel decidió mantenerse callada. Su suegro parecía más enfadado que preocupado.

—Ahora, señora Casanova, comenzarás a decirme todo lo que sabes.

—¿Perdón? —murmuró mientras un escalofrío le recorría el estómago

—Me dirás por qué mis hijos estaban batallando como gitanos en un bosque.

En aquel instante, Isabel supo que su plan de quedarse callada hasta llegar a casa no funcionaría.

CAPÍTULO

ONCE

La celda donde estaba Eric Casanova era caliente, húmeda y maloliente. Al menos estaba solo, pero pagaba por algo de lo que Alonso se había librado en la primera hora tras llegar a la estación de la guardia civil. Su padre había puesto a ambos hermanos en prisión en una inútil tentativa de enfriarles la cabeza. Sin embargo, su hermano no pasó más de media hora en su celda, siendo liberado por sus propios guardias y dejando órdenes de que no lo alimentaran durante el día. Su sangre hervía todavía más ahora que lo sabía.

Gran familia.

Su padre era ciego al carácter de Alonso. Desde niño, su comportamiento se mostraba desviado. En la adolescencia, se mostró amoral y ahora, en la edad adulta, dejaba claro cuánto se preocupaba solo por sí mismo. Juan, el bandolero canalla que había acompañado a Alonso en el duelo esa mañana, fue uno de los cinco hombres que lo robaron y golpearon.

La relación con su hermano había vivido entre altos y bajos durante años. Una competencia inventada por el más joven que siempre hacía que Eric rodara los ojos. Si Isabel tenía razón, quizás el mayor interés de Alonso fuera tomar su lugar.

Ni por encima de su cadáver.

El día pasó lentamente y, al final de la tarde, uno de los guardias lo sacó de la celda, devolviéndole sus pertenencias.

—Señor Casanova, su fianza fue pagada.

—¡Ya era hora!

Con un suspiro malhumorado, dejó la estación de la guardia. Afuera, para su sorpresa, estaban su esposa y Zalo. Isabel llevaba un vestido granate y una mantilla negra que escondía sus cabellos dorados. Bella, como siempre, aunque trajera una expresión severa.

—¿Qué hice para merecer tan hermosa recepción? —sonrió al caminar hacia ellos, mientras Zalo hacía con la mano el gesto de pasarse un cuchillo por el cuello—. Te dije que volvería, mi querida esposa, pues aquí me tienes...

Su intento de abrazo fue reprimido por la mano de Isabel, que hábilmente se dirigió al corte en su brazo izquierdo y lo apretó, recordándole la pequeña herida. Un gemido ahogado escapó del hombre.

—Cuánta animosidad —dijo Eric, cubriéndose el brazo.

—Vine solo para asegurarme de que estás vivo y con buena salud. Así que ya cumplí con mi visita, voy de regreso a casa —dijo Isabel en tono severo, girándose hacia el refugio del carruaje.

—Bueno, un día en la prisión agota a un hombre, estoy de acuerdo en que es momento de irnos —caminó hacia el vehículo, pero su entrada fue impedida por el amigo.

—Y ahora, ¿qué pasa? —murmuró, fatigado

— Estoy de acuerdo en que es momento de ir a casa, pero yo iré en este carruaje... sola. Encuentra otro medio de volver.

—¿La dejo un día bajo tu tutela y conviertes a mi dulce esposa en una anarquista?

—Confieso que no tengo nada que ver con eso... —intentó decir Zalo, pero fue interrumpido.

—Gonzalo no hizo más que ejercer su obligación como mi marido sustituto —dijo ella, asomando el rostro por la ventanilla del carruaje y acomodándose nuevamente luego enseguida.

—Explícate. Ahora mismo —bramó Eric, sintiendo como un lado de su cuerpo se entumecía al imaginar al amigo ejerciendo de marido sustituto para su esposa.

—No hay mucho que decir. Ella te pidió que no fueras a ese duelo y aun así fuiste, y encima escuchó nuestra conversación de la noche...

—¡Maldita sea... Isabel, déjame entrar en este maldito carruaje! —intentó abrir la puerta, pero la dama la sostuvo con todas sus fuerzas.

—Encuentra un caballo y galopa hasta tu habitación. O, mejor aún, usa tus pies.

Fue toda una batalla para que abriera la puerta, pero el futuro barón se salió con la suya, logrando entrar en el carruaje de un solo movimiento.

Instantes después, mientras el cochero recorría las calles de la ciudad, el ambiente en la cabina no había mejorado.

—Pensé que encontraría más camaradería de tu parte —murmuró Eric a Zalo.

—¿Ya viste cómo está de furiosa?

—¿Desde cuándo le tienes miedo a una cara enojada?

—No le tengo miedo, pero si esa cara enojada es capaz de salvarme cuando esté herido, me quedo de su lado —respondió el amigo en un susurro que podría escucharse a kilómetros de distancia.

Isabel soltó un leve carraspeo mientras miraba brevemente la calle.

—No quise decirte fea, dulce Isabel —habló Zalo y Eric le dio un codazo.

—Cobarde.

Al llegar al palacio de los Casanova, Isabel no esperó a su marido para entrar. Saludó rápidamente a los empleados y, con la máxima velocidad que sus faldas le permitían, subió las escaleras hasta su cuarto.

Se casó con un fanfarrón, constataba ella, caminando de un lado a otro. No le bastó dejarse llevar por la emoción de un duelo o por la insensatez de la búsqueda de una honra inalcanzable. La misma honra que los llevó al altar podría haberlos destruido en un abrir y cerrar de ojos esa mañana.

¿Cómo podía ser que el destino de una mujer nunca estuviera en sus propias manos?

El pensamiento la llenaba de debilidad y amargura. El eco de sus pasos sonaba cada vez más fuerte debido al peso de su caminar. Tal

vez fuera ya hora de hacer algo por sí misma, aunque eso significara decirle unas cuantas verdades a su marido.

Salió pisando fuerte, pasando al cuarto interconectado sin pedir permiso, solo para detenerse de golpe en medio de la habitación, demasiado sorprendida al ver la puerta del baño abierta y a su marido de pie, desnudo, tal y como vino al mundo, recién salido de la bañera.

El hombre la miraba con gentileza.

—¿A qué debo el honor? —dijo en tono diabólico, viendo cómo ella se sonrojaba.

—Yo… yo… —empezó a decir, pero estaba absorta con la montaña de piel bronceada por el sol del océano que tenía enfrente. El amplio torso que ya conocía, ahora curado de las heridas anteriores, una franja de vello que le demarcaba el pecho con propiedad, haciendo un camino directo hacia su cintura.

Santo Cielo.

Isabel se dio vuelta y cerró los ojos, demasiado pudorosa ante la escena. Ya había visto la desnudez humana antes, entonces ¿por qué esa la perturbaba de una manera tan… distinta?

—Vine a conversar —habló finalmente.

—¿Conversar? Parecías lista para una buena pelea —respondió él.

Ella le prestó atención y notó que tenía los puños cerrados, uno a cada lado del cuerpo. Una buena pelea, sí, eso era lo que su marido se merecía por toda la angustia que le causó ese día, y no una contemplación mundana de su cuerpo.

—Tenemos que hablar. ¿Puedes vestirte?

—Si te hace feliz… —Lo escuchó decir. Luego, sus pasos se hicieron presentes por el cuarto junto a un leve rumoreo de ropas —. Ya me he vestido —le susurró al oído instantes después, haciéndola sobresaltarse.

Eric vestía los pantalones oscuros que hacían juego con uno de sus elegantes trajes, mientras se encontraba descalzo, con la camisa blanca de lino abierta a la altura de su pecho.

—Entonces, ¿de qué deseas hablar?

—Ah, claro... —Isabel miró a su marido, todavía tentada a dejarse llevar por sus pensamientos—. Dime, ¿cómo te trataron en la prisión? —Su preocupación era genuina.

—Bien, mejor que las últimas veces. —Sonrió.

—¿Has estado preso otras veces?

—Unas cuantas... Ya fui joven e inmaduro.

—Todo un halago para un futuro barón.

—Buscaba libertad y acababa preso. El mar me dio lo que necesitaba.

—¿Y qué buscabas?

—Ya te lo dije, libertad. —Se encogió de hombros.

—¿No buscabas emoción? Tal vez por eso te lanzas a duelos y peleas...

—Isabel... no haré eso. Di lo que quieres decir, pero no permitiré que dudes de mis intenciones o de mi honor.

—Honor... tú y tu honor... todo en nombre del honor. Te casaste conmigo por honor y casi te mueres por ello...

—Todo lo que quería era resolver las cosas con mi hermano y...

—¿Resolver las cosas? ¿Con Alonso? El hombre que te quiere muerto. —Silencio en la habitación—. ¿Acaso no ves que eso es lo que habría pasado si... —Estaba a punto de decir demasiado. Respiró hondo por un momento.

—Termina, esposa, termina lo que estabas diciendo. Si acaso no hubieras interferido junto a mi padre, ¿no es así?

Isabel se rascó la nuca y se sonrojó.

—Jamás sabrás mentir, mi querida. ¿Crees que no sospecharía? ¿Mi padre apareciendo en el momento exacto en que peleaba con Alonso?

—No me dejaste otra opción, Eric. ¿No te das cuenta? Siempre decides por mí. Decides que nos casemos, cómo será nuestro matrimonio, cómo defenderme… No tengo control sobre mi propio destino. Ayer estabas haciendo planes con Zalo sin consultarme.

—Sé que eso te molesta...

—¿Si me molesta? —bufó—. La lluvia en un picnic me molesta, un vestido roto me molesta... Que hagas planes sin consultarme…

me decepciona —sus últimas palabras fueron dichas casi en un susurro.

Los ojos de Eric se abrieron de par en par para luego caer, pesados.

—Isabel... todo lo que hago... no es para herirte... Dios, preferiría cortarme la mano antes de hacerlo.

—Pedí que nuestro matrimonio fuera real. Esta soy yo luchando para que lo sea.

Él se acercó con pasos rápidos y silenciosos, como los de un jaguar, hasta estar tan cerca que ella pudo sentir el perfume de su loción.

—No sé qué quieres de mí, pero sé que siempre te protegeré —su voz ronca habló con honestidad.

—Quiero que seamos tú y yo contra lo que sea... no solo tú contra lo que sea y yo a tus espaldas.

Eric pareció reflexionar por un instante y buscar comprender la petición de su esposa. Luego, asintió brevemente.

—Tendrás que lidiar con mi lado mandón, mujer. No será fácil —murmuró a la espera de una respuesta.

—Puedo convivir con eso, siempre y cuando me incluyas en tus pensamientos.

—Siempre estás en mis pensamientos, Isabel, desde que te conocí. —Tocó su mejilla con suavidad, y ella cerró los ojos por un instante, casi olvidándose de la importancia del asunto.

—Deja de distraerme, Eric.

—Hay otro lado mío con el que tendrás que aprender a lidiar, esposa. —Continuó tocando su rostro con el pulgar hasta llegar a sus labios. Luego, le dio un beso en la punta de la nariz.

—¿Y cuál sería? —dijo antes de tragar saliva.

—Mi pasión. —Sus brazos rodearon su cintura cubierta por el vestido de tafetán, transmitiéndole todo el calor de su cuerpo.

Isabel abrió los labios sorprendida, arrebatada en los brazos de su marido. Él la tomó para sí y su próximo paso fue dominar sus labios, entreabiertos de ansiedad por aquello que tanto deseaba.

La lengua de Eric Casanova le provocó escalofríos de deseo por todo el cuerpo, dejándola aturdida de placer y sorpresa. Para ella,

los besos de su marido eran calientes y le prometían algo más.

¿Descubriría finalmente lo qué misterios guardaba el dormitorio?

Su gemido fue una invitación para que Eric profundizara aún más el beso, trayendo un rastro de calor a todo su cuerpo. La mano cálida y poderosa se deslizó debajo de su vestido, acariciando desde sus muslos hasta la cintura.

—Eric… —murmuró sin aliento.

—Por mil demonios, Isabel, no me hagas detenerme ahora.

—No lo haré. —Ella acarició su barbilla para besarle el ángulo cuadrado.

Él se alejó unos pasos, sus ojos irradiando lujuria y deseo. Cerró ambas puertas del cuarto.

—Sevilla puede arder en llamas, que Dios me ayude, pero te haré mía esta noche.

Una luz sensual cruzó el ambiente, proveniente directamente de la ventana. Era la luna que se insinuaba en el cielo en las primeras horas del anochecer, bañando la habitación en una casi penumbra, salvo por la única lámpara encendida en la mesita de noche.

A media luz, él regresó a su lado. Había tanto que decir, tanto que tocar, pero en ese momento, ambos decidieron sentir. El rostro de Isabel comenzó a ruborizarse cuando Eric la atrajo nuevamente a sus brazos, levantando los pies de su esposa del suelo y dirigiéndose hacia la cama.

La fina tela de la sábana de seda tocó su espalda mientras el hombre robusto con quien se había casado cubría su pecho. Los besos empezaron a distribuirse en su torso, dejando un rastro de fascinación y adoración, como si una carta de amor se estuviera escribiendo en su piel.

La primera prenda en caer al suelo fue la camisa de Eric, debido a la facilidad con la que podía ser retirada. La propia Isabel lo ayudó, tocando sus hombros masculinos que olían como ámbar fresco, su piel limpia en tono canela. Los ojos de Eric se volvieron puro fuego cuando los dedos gentiles de su esposa comenzaron a inspeccionar su piel, primero a la altura de los omóplatos, buscando con curiosidad algo que solo ella sabía, hasta llegar al tórax.

Él empezó a bajarle las tiras del vestido, descubriendo un mundo nuevo en el pecho de Isabel, quien jadeaba con cada toque. El suave masaje enviaba corrientes de deseo por todo su ser. Eric desabrochó su vestido y la liberó del material resistente del corsé que marcaba su dulce piel de porcelana. Cada pedazo de Isabel al descubierto le fascinaba. Ella olía a loción de lavanda y hacía sonidos que lo volvían loco, como si fuera adicto a tocarla. Él la llevaría al límite, quería todo de ella, al mismo tiempo que prolongar la expectativa era casi insoportable.

Isabel jadeaba, sus ojos fijos en los de Eric, quien la guiaba en cada nueva sensación. Él parecía un dios del deseo, y ella, su ninfa. Su propia existencia parecía llenarse con la voluntad de esperar sus caricias. Ella no sabía que podría ser así, que el acto podría resultar... ¿feliz? No.… esa no era la palabra, pero se acercaba a expresar el deleite que sentía.

No hubo ni una sola parte de ella que no estuviera siendo tocada por él, quien parecía querer aprender las líneas de su cuerpo, mientras que ella, sin duda, estaba cegada por la atracción que la dominaba.

Isabel pensaba que por eso todo era muy secreto, misterioso. Era muy fácil deshacerse en caricias con un hombre al que se deseaba, pero no estaba ni un poco arrepentida de perderse en los brazos de su marido, pensó instantes después, cuando Eric volvió a besarla.

—Shhh, shhh… —murmuró él con cariño.

Y entonces, ella estaba otra vez inmersa en sus propias sensaciones, causadas por el cuerpo de su marido, la leve presión en su columna volvió a repetirse, llenando su mundo de delicia y contento.

La ternura en la mirada de Eric Casanova mientras poseía a su mujer era desgarradora. Isabel pensaba que, si su cuerpo tuviera una llave, él acababa de abrirle su alma y su corazón.

Desnudos sobre la enorme cama con dosel, con el viento de la noche de luna llena llenando el cuarto, Eric acariciaba lentamente la espalda de su esposa, quien sonreía para sí misma en silencio. Los labios de ambos aún calientes y húmedos de los besos intercambiados.

—Eric —llamó ella en la semioscuridad.

—Sí.

—Hay un lado mío con el que tendrás que aprender a lidiar.

Él besó la fina piel de porcelana y los cabellos dorados, primero con los ojos y luego con los labios, haciéndola encogerse y soltar una risita.

—¿Y cuál sería? —preguntó él después de un momento.

—Soy posesiva. —Se dio la vuelta para estar cara a cara con él—. Te prohíbo repetir lo que hicimos con cualquier otra mujer.

El silencio en la habitación fue quebrado por las suaves risas de Eric; dejó de sonreír cuando vio la ceja arqueada de la mujer acostada a su lado.

—Como quieras, esposa.

Y Eric Casanova jamás hacía una promesa en vano.

CAPÍTULO

DOCE

Cuando Isabel despertó a la mañana siguiente, Eric ya se estaba vistiendo.

—¿Saldrías sin despedirte?

—Pensaba despertarte..., pero te ves demasiado tentadora como para quedarme en los buenos días —dijo, colocándose los gemelos.

Ella se estiró lánguidamente sobre la cama, atrayendo la mirada de su marido hacia sus piernas desnudas bajo los finos rayos de sol que entraban por la ventana.

—Necesito irme —dijo Eric, más para sí mismo que para ella.

—Está bien —murmuró Isabel.

—Me encontraré con Zalo para verificar unas mercancías que llegaron en un barco alquilado. —Depositó un dulce beso en sus labios—. Probablemente solo te veré por la noche. Manda llamarme si necesitas algo urgente. Víctor estará por la casa a tu disposición.

—¿Víctor será mi guardaespaldas? —Sonrió al referirse al más joven de los marineros.

—No, él estará por aquí solo en caso de que necesites ir a algún lugar. Me preocupo por tu seguridad, pero también quiero que estés bien atendida. No te estoy imponiendo nada, mi sol.

—Está bien, Eric —murmuró.

Él se fue, pero no sin antes arrancarle un beso apasionado de buenos días. Cuando la puerta de la que ahora era la única habitación de la pareja se cerró, Isabel tenía los dedos en los labios, demasiado sonriente para preocuparse por cualquier otra cosa.

El desayuno se servía en la enorme mesa del comedor. Isabel bajó los escalones de la escalera principal, aún memorizando cada pieza de las enormes salas.

El universo lujoso y próspero era aún más aterrador de lo que se había acostumbrado en la casa de su tío. Por todos lados había empleados corriendo con bandejas y campanas. Se asignó una criada para servirle exclusivamente, mientras que hacían reverencias dondequiera que pasara. Además, ella tenía la obligación de opinar sobre lo que se serviría en las comidas. No podía usar la ropa cómoda que le gustaba en el día a día, pero esa mañana se vistió con esmero, con uno de sus nuevos vestidos de color verde oscuro. Los tonos sombríos eran sus favoritos, y al menos eso le encantaba, poder finalmente exhibirlos.

—Ah, mi nuera. Muy buenos días. —El barón se levantó educadamente, mientras ella se sentaba a la mesa.

—Buenos días, Don Guillermo, ¿cómo va su mañana? —Sonrió genuinamente al ver a su suegro.

—Acabas de destruirla tratándome con tanta formalidad. Ya te lo dije, al menos llámame Don Memo. Me hace menos daño y me permite olvidar un poco la vejez.

Isabel se echó a reír.

—Está bien... Don Memo. Si eso lo hace feliz, así será. —Acomodó la servilleta y luego buscó algo entre las delicias de la mesa—. ¿Eso es una rosca de reyes? Aún estamos a meses de la Navidad...

—¿Y qué son las roscas de reyes sino panes? Y te digo más, querida, son los mejores panes jamás creados. Olvida eso de los croissants por los que todos están tan encantados. —Su acento francés hizo reír a Isabel otra vez—. No hay nada mejor que estas cositas llenas de azúcar.

—Bueno, eso me hace recordar que siempre debo pedir a los criados que se las hagan.

—Ah, no te preocupes por eso, querida, todos ya lo saben. Dos veces por semana, como mínimo, rosca de reyes para todos en la casa —comentó con la boca cubierta de azúcar—. Déjame decirte algo: pasé toda mi infancia vendiendo periódicos por ahí. No podía

gastarme lo que ganaba, de lo contrario mi madre y mis hermanos morirían de hambre. En Navidad, yo no quería regalos... Solo quería poder comer tantas roscas de reyes como pudiera. Pero los pobres no tienen deseos realizados. Por eso, ahora me aseguro de recuperar el tiempo perdido. —Le dio otro mordisco al pan—. Fue necesaria una guerra entre la reina que lleva tu mismo nombre y su tío para que los Casanova pudieran ganarse un título y comer cuanto quisieran. Así que, nada de culpa ni desperdicio.

—¿Quién soy yo para quitarle la razón, mi suegro? —dijo ella con los ojos hambrientos por uno de los panes con azúcar y damasco.

—Sírvete, querida, estás en tu casa. —El barón se levantó, mordiendo el pan en su plato como si le diera pena dejarlo, y se fue.

Isabel siguió desayunando con esmero. Se preguntaba por qué tenía tanta hambre esa mañana y pronto sintió que sus mejillas se sonrojaban al recordar la noche de pasión junto a su marido. Sentía el cuerpo dolorido en partes inapropiadas para que una dama siquiera lo pensara, pero no podía dejar de sonreír.

—¿Hay algo más que desee, Doña Isabel? —preguntó la criada educadamente.

—No, está todo perf... —Gritos provenientes de otro salón resonaron por el ambiente—. ¿Pero ¿qué será eso? —Ella y la criada se miraron interrogativamente y se dirigieron al salón de entrada.

Isabel caminó angustiada hacia los gritos, las voces de un hombre y de una mujer llenaban los pasillos. Al llegar al salón principal, sus ojos se agrandaron en shock. Juana intentaba zafarse de Alonso, quien la arrastraba sin pudor hacia la puerta. Antes de que Isabel pudiera esbozar cualquier reacción, la joven dama de compañía mordió la mano del más joven de los Casanova, que la agarraba por el brazo, y luego lo pateó en el tobillo.

—¡Maldita! ¡Animal insolente! —gritó el hombre tras aullar de dolor.

Tratando de disimular la satisfacción de ver a su cuñado gemir de dolor, Isabel se dirigió a su joven amiga.

—Juana, ¿qué pasó? —Tomó a la dama por la mano y la llevó gentilmente unos pasos lejos del hombre.

—Isabel… vine porque algo que requiere tu presencia ocurrió en la casa de tu tío. Pero, tan pronto como llegué, este... señor... salió de una de las puertas laterales e intentó expulsarme… —ella hablaba con los ojos encendidos.

—Sí, la quiero fuera de mi casa. Ya le dije que no necesitamos nuevos criados, y mucho menos criollas —Alonso escupió las palabras con desprecio.

—Que quede claro, Alonso, que, mientras dependa de mí, Juana siempre será una invitada en esta casa. —Isabel sostuvo la mano de Juana, calmándola— Vamos a mi cuarto para conversar…

—Isabel, tienes que venir conmigo.

El tono de Juana sonaba urgente y no solo por el escandaloso interludio con Alonso Casanova. Isabel lo consideró.

—Muy bien. —Miró a la criada que había presenciado toda la escena, aún en shock. —Llévala a la sala de visitas y sírvele té y galletas, por favor. Buscaré un pañuelo y me prepararé para salir. —La criada guio a Juana hacia el pasillo, mientras Isabel se quedó a solas con Alonso—. Lamento que un malentendido haya terminado de esta forma… para ti. —Rezaba al cielo para que sus ojos mostraran lo que sus labios decían, porque su alma ciertamente no lo hacía.

—Un malentendido… sí —murmuró el hombre.

—La próxima vez, me gustaría que trataras a mis visitantes con más respeto, cuñado. —Su tono se volvió frío.

—Por supuesto, cuñada. —Sus miradas se cruzaron como pura nieve caída en invierno.

Isabel solo asintió y dejó el salón.

Apuradas, Isabel y Juana se fueron bajo la tutela del joven Víctor, quien guio el carruaje hacia el barrio cercano, lleno de mansiones aristócratas, donde vivía la familia de Don Ramiro Fuentes.

—¿Qué de tan importante tienes para decirme? —preguntó Isabel, ansiosa, cuando el carruaje inició el viaje.

—Letizia está comprometida con Don Diablo —dijo Juana con clara desaprobación en la mirada.

—¿Comprometida? Pero si hace apenas dos días ambos estaban iniciando el cortejo...

—Hubo un escándalo... ayer. Y tu tío fue enfático al decir que es obligación del duque casarse con Letizia.

—Dios mío... ¿un escándalo? ¿Qué pudo haber pasado?

—Letizia está encerrada en su cuarto, solo puede llorar. No quiso contarme lo que ocurre... Me prohibió hacer algo contra el Duque Diablo cuando lo vuelva a ver.

—Entonces, ¿no sabes qué pasó?

—Don Ramiro está en silencio, y yo no estaba en casa cuando todo ocurrió. El maldito se aprovechó de mi ausencia y seguramente tomó libertades.

—Pobre Letizia... y pensar que me prometió tener cuidado.

Llegaron a la casa un tiempo después. El tío, ocupado en la fábrica de cerámica, permitió que las muchachas tuvieran tiempo para pensar en la mejor forma de lidiar con Letizia. Con una bandeja repleta de las golosinas favoritas de la joven, ambas se acercaron a la habitación.

—Leti... soy yo. Abre la puerta —dijo Isabel, tocando suavemente.

Instantes después, el ruido de pasos alcanzó los oídos de las jóvenes en la puerta. Cuando se abrió, allí estaba Letizia, o lo que quedaba de ella después de lo que parecía haber sido una larga noche de insomnio y llanto.

—Ah, prima... —murmuró Isabel y solo tuvo tiempo de pasar la bandeja a las manos de Juana antes de que su prima la envolviera en un abrazo.

—¡Todo salió mal! —murmuró entre sollozos.

Dentro del cuarto, entre los lamentos de Letizia, Isabel y Juana finalmente entendieron lo que había sucedido.

—Conversábamos normalmente en el invernadero... Cuando me di cuenta, su lengua estaba en mi boca. Papá llegó enseguida... Y todo se convirtió en un caos.

—Ese desgraciado. Claro que tiene que casarse contigo ahora —dijo Juana indignada.

—Pero, espera, él no dio ninguna señal de que iba a besarte... ¿o algo así? —preguntó Isabel.

—No... Cuando me di la vuelta después de oler una de las flores, él me abrazó y puso su boca... en mi boca. —Volvió a lloriquear—. Mi primer beso fue horrible. No sabía qué hacer, solo sabía que tal vez alguien podría aparecer en algún momento, ya que llevábamos mucho tiempo solos en el jardín... y, bueno, alguien apareció.

—¡Menuda confusión! ¿Y él aceptó el matrimonio? —Isabel acariciaba el cabello de su prima, que lloraba en su regazo.

—Papá dijo que él fue un gran caballero respecto a eso. Incluso ya se ha acordado la dote. Nos casaremos en un mes, dijo que no le importa el chisme.

—¡Gran caballero! —se burló Juana —. De pie, las dos. Estoy cansada de escuchar vuestros lamentos. ¡Las dos! —dijo.

—¿Pero adónde vamos? —preguntó Letizia, secándose las lágrimas.

—Voy a hacer algo que ya debería haberse hecho hace mucho tiempo.

El jardín de la mansión de los Fuentes era enorme, y en la parte izquierda, en el área más escondida, cerca de un gran árbol, Juana mantenía su pasatiempo más secreto.

—Ay, Dios mío... ¿es esto lo que estoy pensando? —murmuró Isabel con la mandíbula caída.

—¿Es esto lo que haces aquí cuando desapareces?

—Bueno, necesito algo para distraerme.

—¿Y el ruido? —preguntó Letizia.

—Tú duermes demasiado y Don Ramiro siempre está en la fábrica. En la casa, ya he tranquilizado a las criadas.

—Increíble —murmuró la joven.

Las tres miraban lo que eran los objetos favoritos de Juana para divertirse. Inocentes cuadros de pintura en blanco clavados al árbol y una mesa que disponía de cuchillos con mangos finísimos y de una pistola que cabía en la palma de la mano.

—¿Dónde aprendiste a manejar todo esto? —Isabel miraba a la dama aún sin creer lo que veía.

—Crecí en la hacienda de los Fuentes, fui criada con los cinco hijos de los caseros. No me iban a enseñar solo a bordar. Créeme.

—¡No dudes cuando digo que Juana sabe hacer de todo! —exclamó Letizia, orgullosa de su amiga.

—Muy bien —Juana apuntó con el dedo al par de primas—, elegid el arma que prefiráis y empecemos a practicar.

—¿Por qué tienes tanto interés en enseñarnos esto a Letizia y a mí?

—Porque a los hombres no se les enseña a ser amables como a nosotras nos enseñan a ser complacientes. Considerad esto como un regalo de bodas. —Las dos la siguieron mirando, impactadas—. Vamos, elegid.

Encogiéndose de hombros, Letizia observó la mesa frente a ella, moviendo las manos como quien elige dulces en una delicatessen.

Sin dejar tiempo para ninguna instrucción, la joven tomó la pistola y apuntó a uno de los cuadros. El disparo sonó a la vez que su brazo se sacudió en el aire. Isabel se agachó mientras gritaba. Los pájaros huyeron del árbol rápidamente, y Juana maldijo.

—Cierto, tal vez necesites aprender unas cosas antes de intentar otra vez…

—O de matarnos a todas —completó Isabel.

—Fue divertido... Pero siento como si nunca hiciera nada bien —murmuró la más joven.

—Querida, no te pongas así, jamás podría hacer un bordado tan bonito como el tuyo. —Isabel abrazó a su prima y miró a Juana como si le estuviera pidiendo ayuda.

—Sí, Leti, es una cuestión de práctica. Ya verás. Pronto lograrás disparar al objetivo más lejano.

—No sé... ya no quiero hacerlo. Intenta tú, prima. —Interrumpió el abrazo, tratando de animarse otra vez.

—No tocaré eso... Tal vez las cuchillas... me recuerdan a un bisturí.

—Sabía que te interesarían. —Juana se colocó al lado de Isabel, quien respondió:

—¿Qué debo hacer?

—¿Ves esta parte más grande? Es donde debes sujetarlo. Levanta el brazo en el que más confíes, dobla el codo y apunta

directamente al objetivo —instruyó Juana, mientras Isabel prestaba plena atención.

—Entendido... creo. —Isabel se esforzó en recordar las instrucciones recién recibidas. Levantando el brazo derecho como le mostraron, apuntó y disparó con precisión.

Juana abrió los ojos y corrió hacia uno de los cuadros que servían como objetivo.

—¡Excelente! —dijo a la recién casada.

Isabel y Letizia soltaron gritos y se abrazaron en celebración.

—¡Es divertido! —confesó Isabel—. ¿Puedo hacerlo otra vez?

—Tenemos toda la mañana para eso. —La dama de compañía sonrió por primera vez a Isabel y apretó el brazo de Letizia con complicidad.

Así, tres mujeres pasaron el día aprendiendo un poco más sobre sí mismas y sus fortalezas.



Isabel ya dormía en la habitación principal cuando Eric regresó a casa esa noche. Él se acostó en la cama y depositó un beso en su mejilla. Pronto, pasó por su mandíbula y por sus labios.

Despertando suavemente de su sueño, Isabel sonrió.

—Es una buena manera de despertar… —murmuró casi ronroneando.

—No pude resistir. —Le dio un beso cálido y pretencioso. Los labios de Eric tenían un sabor salado y su piel húmeda, probablemente por haberse lavado, la llenó de expectación. Su mano descansó sobre el pecho de su marido y eso hizo que se diera cuenta de que él se había acostado en la cama desnudo. La falta de inhibición de Eric siempre contrastaba con su exagerado pudor. Él parecía leer sus pensamientos y sonrió enseguida.

—Me gusta dormir así, no pretendo lanzarme sobre ti… de momento.

Isabel pudo sentir cómo se sonrojaba de pies a cabeza.

—¿Cómo estuvo tu día? —preguntó para cambiar de tema.

—Cansado, con hombres gritando por todas partes, y desagradable, porque no te vi ni una sola vez. —Le besó la punta de la nariz, haciéndola sonreír.

—Mentiroso, te encanta estar entre los marineros. Ese puerto es tu vida. —Le dio un leve golpe en el brazo.

—No digo ninguna mentira... Hombres problemáticos, sudorosos y sucios que prefieren beber cerveza a acatar la más mínima orden. —Se acercó, destapándola de la sábana que la cubría casi hasta el cuello—. Nada es tan placentero como verte. Y los malditos canales del puerto nunca olerán tan bien como tú. —Su nariz exploró el pecho de Isabel, subiendo hasta su cuello, arrancando suspiros de la joven—. Cuéntame sobre tu día. —Le mordisqueó la oreja y la hizo dar un leve gritito.

Isabel tenía a su marido deslizándose sobre su cuerpo en un enredo de sábanas cuando dijo:

—Aprendí a lanzar cuchillos con Juana y Letizia.

Eric dejó de moverse sobre su esposa y la miró, buscando en sus ojos la diversión que delataría una broma.

—¿Cómo?

—Lo que oyes. Juana pasó todo el día enseñándonos cómo lanzar cuchillos a un objetivo. Bueno, no fue algo que planeamos. Letizia estaba triste y empezamos a distraernos.

—¿Juana? ¿La dama de compañía lanzando cuchillos?

—Pregúntale a Zalo, él ya la ha visto hacerlo —juró.

—¿Y qué tan buena es mi esposa?

—Mmm, lo suficiente. Letizia es quien necesita practicar más. La pobre podría lanzarse los cuchillos a sí misma en lugar de al objetivo.

Eric se rio tanto que volvió a acostarse en su lado de la cama otra vez.

—No te rías... Tenemos un problema serio, Eric. —Ella le contó a su marido sobre el escándalo y el compromiso de Letizia.

—Olvidé decirte, pero el duque estuvo en el duelo como padrino de Alonso.

—¿Lo juras? —Él asintió—. No confío en ese hombre, Eric, no me gusta pensar en él como el futuro marido de Letizia.

—Sin embargo, aparentemente, es lo que va a suceder.

—¿Hay algo que podamos hacer?

—¿Acaso tu prima quiere que se haga algo?

Esa era una pregunta que Isabel no supo responder. A pesar de todo, Letizia parecía resignada con su destino, e Isabel creía firmemente que los cambios en el destino de alguien debían ocurrir de forma natural. Era demasiado peligroso intervenir.

Sin embargo, sus pensamientos se perdieron cuando Eric volvió a besarla y a hacer cosas que la dejaban sonrojada hasta la raíz del cabello. Cabello que él olió y besó con cariño y cuidado.

La puerta de los misterios del dormitorio apenas había sido abierta para ella. Isabel se prometió a sí misma asegurarse de descubrir todo lo que pudiera.

CAPÍTULO

TRECE

Isabel tomó el desayuno sola la mañana siguiente. Eric la había dejado otra vez muy temprano y no había señales del barón. Nada de rosca de reyes en la mesa esa mañana. Solo panecillos de papa, jamón de Parma y un café bastante fuerte.

—Señora Casanova, perdón por molestarla tan temprano, pero necesito sus orientaciones para los preparativos de la cena de esta noche —le preguntó su criada personal.

—Diles a todos que hagan lo de siempre y que sea del agrado del barón.

—Pero, mi señora, son órdenes del barón que se haga algo especial esta noche…

—¿Perdón? —dijo a medio camino de llevar una uva a la boca.

—Sí, aparentemente Don Guillermo tiene planes para esta noche y ordenó que obedeciéramos a la señora para que todo salga perfectamente.

—Dios mío... ¿Cuándo dijo eso, Sofía?

—Esta mañana, antes de irse.

—¿Y qué más dijo el hombre?

—Nada más, solo que la cena debe ser especial y que será familiar.

De repente, Isabel perdió el apetito, sintiendo como la preocupación le subía hasta los huesos. Se dio cuenta de que toda esa casa había estado en sus manos en los últimos días. La mirada ansiosa de Sofía indicaba que las órdenes debían ser dadas, ya que

había personas ansiosas por cumplirlas. Algún día la llamarían baronesa; sin embargo, debía comportarse como tal desde ahora.

Pensó un instante en las actitudes de su marido, en cómo él era honorable, justo, rápido en dar las órdenes y acostumbrado a escuchar y dialogar. Todavía no era un barón... pero también lo sería algún día. Necesitaban mantenerse unidos en sus actitudes frente a la sociedad.

El día continuó bajo la enorme responsabilidad de su primera cena. Por primera vez, pasó gran parte de la mañana entre la cocina y la despensa, conversando con los criados, tratando de saber sobre los hábitos y los gustos del barón. Todos la trataban con mucha cordialidad y mostraban disposición para cumplir cualquier misión dada por ella. Víctor, el joven marinero, la seguía como una sombra por la casa. Siempre callado y con los ojos atentos. Isabel lo tuvo que enviar a la floristería por la tarde a comprar ramos frescos solo para quitarse la sombra de encima.

Los muebles fueron limpiados con extrema cautela y las porcelanas fueron pulidas con la máxima delicadeza. Isabel descubrió que los Casanova incluso tenían un juego de cubiertos de oro, lo que hizo que abriera los ojos ante la caja como si estuviera viendo el propio pecado original. Esperaba que usar la platería fuera suficiente a los ojos de su suegro.

Cuando llegó el momento de prepararse para la cena, se sentía exhausta y nerviosa. Se lavó, se perfumó y, con la ayuda de la criada, se puso el vestido que consideraba más apropiado para la ocasión. Era rojo, hecho de satén y tafetán, marcaba bien la cintura debido al corsé apretado y tenía un ligero escote, además de mangas finas. El bordado dorado en una de las tiras daba un aire de lujo a la vestimenta.

Sola en la habitación, Isabel se apresuraba para poder comprobar que todo estuviera según lo planeado en la cocina.

—Qué postura tan tensa, mi sol.

Isabel gritó al escuchar la voz masculina al mismo tiempo que sintió las manos de su marido en sus hombros.

—Eric, por los santos, casi me matas del susto. —El hombre sonrió.

—¿Qué te tiene tan distraída?

—Tu padre.

—¿Mi padre? —Los ojos de Eric se entrecerraron con interrogación.

—Sí, me dejó como recado que organizara una cena especial esta noche, para la familia... Me di cuenta de que es la primera vez que tomo las riendas de algo así... No sé si estoy haciendo las cosas bien y...

Fue interrumpida por un leve beso de Eric en sus labios, otro en su frente, seguidos por su nariz y mejillas.

—Eric... ¿qué estás haciendo...? —trató de decir cuando su marido la abrazó con posesividad y le masajeó los hombros.

—Espera, Eric, no podemos...

—Voy a hacer que te distraigas un poco... Estás muy nerviosa, mi sol.

—No, nada de eso —dijo entre los besos—, ya estoy lista para la cena, no puedo pedirle a la criada que me ayude a peinarme y vestirme otra vez... —más besos— me moriría de vergüenza, Eric.

—Prometo que lo que desabroche, lo pondré en su lugar. —Su boca invadió la de ella otra vez con maestría y ansiedad. Durante todo aquel largo día él había pensado en el cuerpo caliente y acogedor que había dejado por la mañana.

Eric distribuyó besos por todo el cuello de Isabel, haciéndola jadear ardientemente, su necesidad de poseerla aumentando a cada instante.

—No podemos irnos a la cama, vamos a llegar tarde —murmuró Isabel, aunque completamente rendida.

—¿Y quién dijo cama? —La levantó con sus fuertes brazos, llevándola hasta el tocador, donde la hizo sentarse, quedando entre sus piernas y la confusión de telas—. Lo haremos de un modo especial... Será bueno, rápido y caliente.

Sus labios la devoraron mientras sus manos hábiles tocaban cada centímetro posible de su piel desnuda. Para Eric, era encantador sentir a Isabel derretirse en sus brazos, observarla aprender a tocarlo y perder cada vez más la timidez al soltarse para el mundo del placer.

Cuando ella se diera cuenta de que era una ninfa, una joya rara, con su cuerpo delicado y esbelto, la piel satinada y perfumada, él estaría perdido. Tocarla era como embriagarse en el éxtasis de la carne y la lujuria. Todo en ella lo impresionaba, era adictiva, tanto la mujer como la amante.

Sonriendo y pegando su frente contra la de ella, levantó su vestido hasta la cintura. Las mejillas de ella, sonrojadas, se avivaron como un camino de pólvora iluminado. Supo que ella estaba completamente perdida en el momento que compartían cuando la besó nuevamente y la vio soltar una leve risita, como quien hace algo escondido, prohibido.

Eric solo podía pensar en cómo su esposa lo enloquecía. Fue entonces cuando su pecho se llenó de placer y orgullo al entender que ella no era solo su esposa, también era su mujer. Sus gemidos contenidos, recatados, pertenecían a él... solamente a él. Que el cielo se abriera si un día alguien intentara quitarle a Isabel.

El interludio ocurrió exactamente como él prometiera. Isabel sabía que no tenía condiciones de soportar el peso de su cuerpo ahora que sus piernas parecían hechas de gelatina. Todavía tenía el torso pegado al de su marido, ambos jadeantes, cuando se mordió el labio, pensando que tal vez ya no estaba nerviosa, se sentía... ¿Feliz?

—No puedo resistirme a ti, señora Casanova. —Él besaba sus cabellos.

—Haré lo posible para ser menos tentadora.

—Creo que eso será imposible, mi sol. —Le acarició el pelo.

—Eric, mi peinado... debo estar horrenda. —Puesta de vuelta en el suelo, dijo, como quien vuelve a la realidad después de un sueño. Él comenzó a reír, tratando de besarla otra vez—. Deja de reírte y para ya con eso.

—¿Parar con qué?

—Sabes muy bien de lo que estoy hablando.

—No, no lo sé.

—¡Tus sutilezas! —respondió como quien reprende a un niño.

—Se necesitaría mucho más que mis "sutilezas" para hacerte ver horrenda. Ven, te ayudaré.

Y la ayudó con la destreza de quien ya había abotonado muchos botones femeninos antes, hecho que no pasó desapercibido en la mente de Isabel.

Algún tiempo después, estaban listos para la cena. De la mano, bajaron la escalera principal, y aplausos solitarios provenientes del salón llamaron la atención de ambos.

—¡Qué bella pareja! Hermano, aún no he tenido la oportunidad de felicitarte por el matrimonio. —Fue Alonso quien apareció al pie de la escalera. Intentó tomar la mano de Isabel para besarla en un saludo, pero ella se hizo la desentendida, llevando ambas manos al brazo de su marido.

Ambos se miraron confusos por un momento.

—Buenas noches, Alonso —fue Isabel quien habló—. Si me disculpan, necesito verificar si todo está listo para que se sirva la cena.

No se quedó para presenciar la conversación entre los hermanos, aunque eso la dejaba inquieta. Mientras se dirigía a la cocina en busca de la ama de llaves, Isabel oyó la voz del barón en el salón junto a los muchachos, lo que le alivió un poco el peso en el corazón.

La cena se sirvió en completo silencio. El ruido de los criados andando de un lado a otro era el único sonido presente, además de los cubiertos chocándose contra la fina porcelana. Estaban los cuatro a la mesa, los hombres probando cada uno de los platos con un apetito voraz, mientras Isabel, nerviosa, sentía como si el ambiente fuera una bomba a punto de estallar.

Al menos, parecían disfrutar de todo lo cuidadosamente planeado por ella. La entrada con el salmorejo, los panes que lo acompañaban, luego un guisado de carne bovina, enormes lonchas de jamón serrano y verduras frescas y cocidas. Si todo salía bien, la tarta de higo completaría la solicitud del barón para una cena en familia.

El silencio era incómodo y aterrador para ella. Ni siquiera Alonso se atrevía a soltar alguna insolencia frente a su padre. Tal vez ella debiera decir algo delicadamente.

Isabel pensó por un momento qué podría decir, pero sus ideas fueron interrumpidas por la voz del barón, que no parecía estar de buen humor esa noche.

—Al menos los cubiertos están conversando en esta casa —dijo el hombre mientras llevaba un trozo de carne a la boca.

—¿De qué quiere hablar, señor mi padre? —Con los ojos abiertos, Isabel escuchó la suave voz de Alonso dirigida al barón.

Un zorro era menos peligroso que ese hombre.

—No sé, Alonso, tal vez de como tú y tu hermano casi se matan a escondidas, o de cómo esta familia es un árbol de escándalos.

Más silencio.

Eric no decía absolutamente nada, solo seguía comiendo, a diferencia de su hermano, que parecía pálido y de repente había perdido el apetito.

Si alguien comete un crimen y está a punto de ser ahorcado, hambre es lo último que sentirá.

—No sé de qué está hablando... —continuó el más joven de los Casanova.

—Las noticias vuelan, Alonso. Esto ni siquiera se parece a una familia. Hermanos que no se hablan, matrimonios a escondidas —Su mano hizo un gesto amable hacia Isabel. Después de todo, la guerra no iba sobre ella—. Y, cuando menos lo espero, descubro que causaste problemas en Asturias.

—Fue un malentendido, padre, no le dé tanta importancia...

—Un malentendido que casi te expulsa de la guardia civil. —Con la voz alterada, el barón dio un golpe sobre la mesa que hizo vibrar todos los objetos.

Isabel se encogió en la silla, asustada. Eric tomó su mano y la besó suavemente, calmándola.

—Y esos dos no saben hacer otra cosa más que estar de novios... —despreció Alonso.

—Consíguete una esposa, Alonso, Eso tal vez te ponga un poco de juicio en la cabeza y disminuya el peso muerto de tu corazón.

—Quiere decir que él secuestra a una dama y se gana la admiración de todos, mientras yo tengo una noche de borrachera y me convierto en el villano de la familia.

—¡Isabel no fue secuestrada! —dijo Eric entre dientes.

—¿No? —El barón tenía una mirada astuta.

Luego del combate, el hombre había hecho lo imposible para sacar información de Isabel. Ella sabía que él todavía tenía sospechas acerca de las motivaciones de sus hijos. Si la verdad saliera a la luz, que los cielos ayudaran a esta casa.

—También desearía saberlo. Al fin y al cabo, si la dama en cuestión no fue raptada... ¿cómo se convirtió en una Casanova? —con los ojos brillando, Alonso lanzó la pregunta a Eric, quien, por su parte, terminó de masticar calmadamente y tomó un largo sorbo de vino antes de decir:

—Tal vez —soltó un leve carraspeo— debamos aclararle a nuestro padre el porqué de tanta animosidad en los últimos tiempos. —Su mirada era calma y fría al mismo tiempo. Como un estratega de ajedrez, Eric sabía que la información valía oro y la estaba usando para dar un jaque mate.

—Los dos, ahora, a la biblioteca. Vamos a aclarar las cosas de una vez por todas. —El barón se levantó y esperó mientras los hijos hacían lo mismo.

Eric le guiñó un ojo a su esposa antes de levantarse y marcharse.

—Con permiso, querida —dijo su suegro, desapareciendo junto a sus hijos por el pasillo.

Instantes después, el Barón de Altamira se encontraba atónito, sentado en su cómodo sillón en la biblioteca de los Casanova. Los hijos, sentados frente a él, no bajaban la mirada, pero sentían la energía exasperada del padre.

Quitándose lentamente los anteojos, Don Guillermo miró al hijo menor.

—Esa historia tenebrosa que acaba de contar tu hermano, ¿es verdad? ¿Te atreviste a levantar un solo dedo contra Isabel? ¿Contra una mujer? —bramó.

—Mire, pensé que era una ramera y…

—¡Cállate! ¿Cómo te atreves? Era noche de fiesta en nuestra casa, no invito rameras a pisar mi palacio. Con razón tu hermano está enfurecido. Yo mismo quiero desafiarte por asustar a una criatura tan angelical como ella. —El hombre se llevó la mano al

estómago—. Aún romperás mi úlcera, Alonso. Ya no sé qué hacer contigo.

—Vamos, papá, ya está todo resuelto, Eric es un exagerado y...

—¡Todavía no he terminado! —Levantándose, se sirvió una copa de jerez, que bebió de un solo trago—. Escucha bien, Alonso Casanova... No seré más responsable de tus delitos. No recibirás más una paga, tampoco pagaré tus deudas de juego o de prostitutas. Cubrirás tus propios gastos en tonterías. Honra tus pantalones y hazte merecedor de tu nombre en mi testamento.

—¿Acaso amenazas con desheredarme? —Se levantó del tirón y golpeó la mesa—. ¿Por qué no nombras a Eric como barón de una vez y me tiras a la calle? Es lo que has querido hacer desde siempre. —Vociferó con el dedo apuntando al padre.

—Entiéndelo como quieras, solo te digo que no costearé más ese tipo de comportamiento.

—También soy un Casanova. —Llevó la mano al pecho, dando ligeros golpes.

—Honra ese nombre y actúa como tal. —El barón señaló el escudo de la familia en el cuadro en la pared.

—Regresaré a Asturias, el lugar de donde nunca debí haber salido. ¿No es así como prefieres que esté? ¿Lejos? Ahí es mi lugar, mi casa.

Eric, que observaba todo en completo silencio, se movió en el sillón, mostrándose incómodo por primera vez.

—Si quieres regresar a la casa de Asturias, tendrás que pedirle permiso a tu hermano.

Caminando con pasos pesados hacia la puerta, Alonso se detuvo de repente.

—¿Qué dijo?

—Que la casa en Asturias ya no está bajo tu tutela. Ahora pertenece a Eric, fue un regalo de bodas.

Cualquiera pensaría que ese sería el momento en que Alonso Casanova perdería la cabeza de una vez por todas, pero su respiración solo se volvió entrecortada por unos instantes y sus ojos parecieron agrandarse y achicarse de manera aterradora. Tragó saliva, mirando a su padre como si viera a un desconocido haciendo

algo absurdo. Miró a Eric, su hermano, y luego a su padre una vez más, y dejó la sala sin decir ni una sola palabra.



Isabel se sobresaltó en cuanto la puerta del cuarto se abrió. Se sentó en la cama con la espalda apoyada en el dosel.

—¿Qué pasó? Pude oír gritos en el salón.

—Es muy tarde para hablar de dramas familiares, pero digamos que mi hermano perdió algunas batallas esta noche.

—¿Tan mala fue la situación?

—El barón nos dio la casa de Asturias como regalo de bodas. Es donde Alonso había estado, hasta ahora.

—Dios… debe estar furioso.

—Si lo está, lo ocultó muy bien. —Se dirigió al vestidor y se cambió de ropa rápidamente—. Deja de hablar de eso. Necesito decirte, mi sol, que estabas radiantemente hermosa esta noche, me encantó el vestido. Me hubiera gustado tener el placer de quitártelo… otra vez.

Isabel se sonrojó con el comentario de su marido.

—Tienes una manera muy inusual de halagar a una mujer, Eric Casanova. —Lo miró a los ojos, sonriendo cuando se sentó a su lado en la cama.

—Solo porque me haces feliz, querida. —Tomó el pequeño rostro en forma de corazón entre sus manos y la besó suavemente. Cuando se separaron, él se dio una palmada en la frente y maldijo.

—¿Qué pasa?

—Me distraje con tu cuerpo y ya casi olvidaba darte un mensaje. —Ella esperó en un silencio lleno de expectativa—. Estuve conversando con un médico, un amigo de la familia. Aceptó tenerte en el hospital por algunos días, durante la semana.

El rostro de Isabel se iluminó de sorpresa.

—Ah, Eric, cumpliste lo que prometiste. No puedo creerlo.

—Es un hombre mayor, pero perdió una hija de tu edad recientemente. Tal vez eso lo haya ablandado. Y pronto verá tu talento.

Ella se inclinó sobre él, besando su mejilla con cariño.

—Gracias… por cumplir tu promesa.

—Soy un Casanova, siempre…

—Sí, sí, lo sé. Pero esto va más allá de tu nombre. Gracias por ser quien eres. —Isabel entonces besó a su marido, no solo para agradecerle, sino porque le encantaba besarlo.

—Sirviendo en los hospitales y entrenando lanzamientos… creo que no tendrás tanto tiempo para mí.

—Hay una parte de mi tiempo reservada solo para ti. —Sus dedos comenzaron a jugar con el vello oscuro del pecho de su marido. Eric suspiró.

—Qué bien.

—No solo el tiempo… soy tuya, Eric Casanova, completamente tuya. —No se sabe quién tomó la iniciativa primero ante la declaración, pero sus labios se encontraron vorazmente, las lenguas en una increíble danza, simulando el placer terrenal de la carne—. ¿Eres mío?

—Todo tuyo —respondió, besándola otra vez, trayendo a Isabel aún más hacia sus brazos.

—Es fácil enamorarse de ti, mi marido —dijo un tiempo después, con la cabeza sobre su pecho, escuchando dulcemente los latidos de su corazón—. Me imagino cuántos corazones rotos dejaste por los puertos del mundo...

—Podría haberlos —la interrumpió—, si el amor no fuera una tontería.

Isabel sintió que todo su cuerpo se enfriaba.

—¿No crees en el amor?

—Es muy bonito escuchar canciones, leer poemas sobre el amor y las pasiones, pero un hombre puede jurar amor a varias mujeres y estar mintiendo a todas ellas. Para mí, las promesas de amor eterno no son más que palabras. La necesidad de devotarte a alguien, como en una religión... Es una locura.

Isabel no respondió.

—¿Te molesta? No te juré amor, Isabel, pero juré siempre decirte la verdad.

—No me molesta, estoy satisfecha con tu sinceridad.

Y lo estaba. Sin embargo, como toda mujer, Isabel mentía diciendo verdades a su marido. Sí, estaba satisfecha por ser considerada y saber lo que Eric pensaba, pero esa constatación la había destruido por dentro.

CAPÍTULO

CATORCE

Dos días después, Eric partió hacia Portugal junto a Zalo y los marineros en el navío Casanova. Fue una despedida larga, pero sin melancolía por parte de Isabel. Ella estaba a punto de comenzar su labor en el hospital y, después de la noche en que Eric expresó que no creía en el amor, su enfoque estaba en proteger su corazón de las dulces artimañas que ese matrimonio le reservaba.

—Será un mes muy largo sin tenerte mi lado, mi sol —dijo él cuando estuvieron a solas para despedirse en la sala de visitas.

—Procura volver pronto. Tus besos son demasiado tiernos para estar tanto tiempo separados.

Él sonrió presumido, al que ella le devolvió un guiño.

—Estarás demasiado ocupada con el hospital para echarme de menos.

—Eso lo dices tú, señor mi esposo.

—¿No admitirás que te haré falta?

—Estaré en los muelles, seré la primera persona que verás cuando el barco atraque —susurró en su oído. Él tomó su boca con la suya.

—¿Es una promesa?

—¡Sí! Y sabes lo que dicen sobre los Casanova... —murmuró, pícara.

Los ojos de Eric se hicieron brillantes y su pecho se hinchó de orgullo ante la afirmación de su esposa.

—Procura cumplir tu promesa, señora Casanova.

Él se fue y, de cierta manera, Isabel supo que una parte de su corazón se iba con él. Sin embargo, ella aprovecharía ese tiempo sola para restablecer sus prioridades y enfrentar el hecho de que viviría para siempre en un matrimonio respetuoso, aunque sin amor.



Cuando desembarcó del carruaje frente al hospital Las Cinco Llagas, imaginaba que enfrentaría un día lleno de extrañezas y de hostilidad por parte de las personas. Vestida de manera sencilla, con uno de sus antiguos vestidos grises y sin ninguna joya además de su anillo, con los cabellos rubios debidamente arreglados en un moño, pensaba en mezclarse entre las enfermeras y monjas voluntarias del hospital. No podría estar más equivocada. Aparentemente, a pesar de su modo de vestir, el apellido Casanova no había sido olvidado. Fue guiada por la enfermera jefe para conocer todo el lugar. Pasó varias horas entre personas que hacían de todo para halagarla. El hospital había sido construido en la Edad Media por intermedio de Catalina de Ribera, una importante noble de la época. Con patios y amplios pasillos, la arquitectura morisca aún era su mayor marca.

Al mediodía, Isabel fue llevada al encuentro del doctor Velásquez. Un señor de edad avanzada al que Isabel reconoció enseguida como el hombre a quien Eric debía haberla recomendado. Tuvo certeza de esto cuando el señor bajito y calvo, con un grueso bigote blanco, la examinó de arriba abajo y dijo:

—He oído que entiende de medicina.

—Mi padre fue un gran médico y me enseñó muchas cosas. Me gusta ayudar.

—Muy bien, señora Casanova, en lo que dependa de mí, no encontrará halagos, solo trabajo duro.

—Es exactamente lo que deseo, doctor Velásquez. —Él asintió.

El resto del día lo pasó al lado del viejo doctor, ayudándolo en los diagnósticos, aprendiendo a hacer mejores suturas y calmando a los pacientes con cuadros graves. El lugar no era aterrador, pero, como

todo hospital, olía a enfermedades y a muerte. Era el único lugar de auxilio para los más pobres y necesitaba mucha atención. Isabel no podía pensar en nada más que en dar la ayuda necesaria a todos esos enfermos. Eran muchos y no dejaban de llegar. Sabía que allí siempre habría mucho que hacer y en qué ayudar.

Llegó a casa al anochecer, sintiendo como si pesados sacos de patatas hubieran caído sobre ella. Estaba a punto de pedirle a la criada que llevara su cena al cuarto cuando recordó al barón. No quería dejar que su suegro cenara solo, mucho menos después de la noche anterior.

Fue una rápida afección la que desarrolló hacia el hombre testarudo y gentil a la vez. Ella se pondría delante de una manada de elefantes por él, y estaba segura de que él guiaría la manada por ella.

—Perdón por el retraso, Don Memo. —Se sentó a la mesa cuando el suegro se levantó educadamente para recibirla.

—Estaba a punto de empezar a comer. Ya sabes... a mi edad, no se puede esperar mucho por las cosas buenas.

En el silencio que siguió, Isabel notó los ojos cansados de su suegro. Sus marcas de expresión denotaban su molestia con los acontecimientos recientes.

—Si me permite, señor suegro… me gustaría disculparme por haber evitado mencionar la razón de la pelea entre Eric y Alonso.

El hombre limpió su boca con la servilleta de seda y buscó el enorme pernil sobre la mesa para servirse otro pedazo.

—Eres una mujer muy sabia, Isabel. Hiciste lo necesario para impedir una tragedia, pero evitaste una discordia aún mayor en la familia. Soy yo quien siente mucho por lo que mi hijo te hizo pasar. —Soltó los cubiertos por un momento y se puso a reflexionar, mirándola fijamente.

—La noche de la fiesta de tu boda… él la arruinó para ti. Cualquier otra dama habría armado un escándalo por la confusión que él causó. Sabes, querida… a veces pienso si no está mal agradecer que mi Matilde ya no esté entre nosotros para ver en lo que se ha convertido nuestro hijo.

—Don Memo, no diga eso…

—Sí, sí… sé que suena mal, pero mira al muchacho: un borracho, vive del dinero de la familia y solo usa su inteligencia para beneficio propio. Incluso el puesto en la guardia nacional fue comprado con mi dinero. —El hombre suspiró—. Ya no sé qué pensar, dónde fallé para que hermanos se enfrentaran en un duelo como enemigos... ¿En qué demonios estaban pensando? Podrían haberse herido mortalmente por una tontería.

El barón volvió a comer e Isabel se quedó en silencio, moviendo las verduras en su plato, resignada. Entonces entendió que no todos los padres se atrevían a ver lo que tenían frente a ellos. El amor también cegaba.

Después del postre, el Barón de Altamira llevó a Isabel hasta la biblioteca. Con el aire atrapado en sus pulmones por la perplejidad, vio como el hombre le ofrecía una llave.

—Esto será tuyo de todas formas, tal vez no deba esperar hasta que yo estire la pata —dijo, en tono juguetón.

Con manos temblorosas, Isabel colocó la enorme caja de madera en el medio de la mesa y abrió el candado que la cerraba. Al abrirla, sus ojos brillaron tanto o más que las joyas allí guardadas. —Don Casanova… —fue todo lo que pudo decir.

—Pertenecieron a mi baronesa, Doña Matilde Casanova. Ahora son tuyas, como debe ser.

—Las cuidaré con mi vida.

—Sé que lo harás. —Él colocó la cadena que sostenía la llave alrededor del cuello de Isabel. Cualquier persona diría que aquello era un simple collar.

El hecho de ser una Casanova adquiría cada vez más peso y responsabilidad.

Al día siguiente, se organizó un té al aire libre para que Letizia y Juana visitaran la mansión. Atendiendo a peticiones, Juana llevó su colección de cuchillos oculta en un pequeño paquete Víctor se aseguró de ayudar a Isabel a encontrar el lugar perfecto para el entrenamiento en los jardines. Cuando todas llegaron, él las dejó solas, dándoles privacidad.

—No tiene caso, jamás seré buena en esto —murmuró Letizia.

—Te precipitas demasiado, Leti, por eso terminas fallando el objetivo —dijo Juana.

—Es mi turno. Luego entramos a tomar un té helado. Nos estamos poniendo muy coloradas bajo este sol.

Isabel, mirando los cuchillos, escogió el que ya tenía como favorito y lo lanzó con maestría. Podría jurar haber visto una expresión de orgullo en los ojos de Juana.

Finalmente, todas se dirigieron a la biblioteca a petición de Letizia, que a cada visita parecía dispuesta a volver a conocer todos los rincones de la casa. Isabel le deseaba buena suerte a su prima, puesto que, aunque viviera allí, aún no había conseguido saber con exactitud cuántas habitaciones escondía el lugar.

—Son tantos libros… ¿puedo llevarme uno prestado? —murmuró Letizia, mirando la enorme estantería. —Verifica si lleva el nombre del barón. De lo contrario, puedes llevarlo.

— Está bien.

—Elige un libro tú también, Juana. —Isabel se acercó a la joven que tomaba el té como si fuera la acción más importante del mundo.

—No quiero —dijo cortante.

Isabel frunció el ceño. Juana había sido muy enfática en su negativa. Le dio la sensación de que ocultaba algo. Isabel lo dejaría pasar, pero tenía la perturbadora sensación de que Juana no sabía leer.

Trató de recordar momentos en que la había visto leer o escribir algo mientras estaba en la casa del tío y se recriminó a sí misma por no prestar mejor atención a este hecho. Hizo una nota mental para encontrar una forma de tocar el tema con la dama de compañía.

Más tarde, cuando ambas doncellas se habían marchado, Isabel regresaba de los jardines y caminaba plácidamente hacia la escalera cuando vio en el pasillo la figura de Alonso. El hombre parecía obstinado, con una misión en mente. Sin pensar en lo que la impulsaba, la futura baronesa se puso en el rastro de su cuñado y vio el momento exacto en que el hombre entró en la biblioteca.

Isabel sabía que el barón no se encontraba allí, puesto que era el momento de la siesta, y ella misma acababa de dejar el lugar. Por la puerta entreabierta, vio a Alonso revolver cajones y cajas,

maldiciendo al no encontrar aquello que tanto buscaba. Su mirada se detuvo exactamente en el lugar donde antes había estado la enorme caja de joyas, cuyo nuevo hogar era el vestidor de Isabel.

Tuvo que esconderse tras una columna cuando Alonso salió del lugar con pasos reverberantes y tuvo la sensación de que la cadena que traía en el cuello, la llave reposando escondida en su pecho, parecía guardar no solo las joyas más preciosas de la familia, sino también el futuro de la casa.

CAPÍTULO

QUINCE

El primer telegrama de Eric llegó dos días después, tras noches insomnes por parte de Isabel. La ausencia del marido era cortante como el frío de invierno. No tanto durante el día, cuando ella estaba ocupada con la casa o con las visitas al hospital. El problema eran las noches.

La enorme cama vacía, el dosel, como una alegoría fantasmal, las almohadas con el olor del hombre que aprendió a tener cerca. No había nadie con quien compartir sus andanzas, novedades o sus pensamientos, incluso los más cotidianos. La mano que enlazaba la suya en la oscuridad, los fuertes latidos que sonaban como una canción popular de cuna.

Eric Casanova era la fuerza vital que estaba conduciendo la vida de Isabel, y eso la asustaba. Todo en su cuerpo gritaba por él, implorando por su toque, sus caricias y resonando con el sonido de su voz.

Por eso, cuando llegó el primer telegrama con la noticia de que él también "ya la echaba de menos", fue imposible para ella no sonreír como una niña en Día de Reyes. Sintió que exageraba cuando escuchó las risitas de las criadas, que esperaban ansiosas después de haberle entregado la carta.

El segundo telegrama llegó cinco días después y no contenía frases nostálgicas. El mensaje era intenso y directo, como su remitente:

"Treinta días en el mar me volverán loco. Acabo de acortar el viaje, para alegría de mis hombres. Regreso en dos semanas".

Esta vez, las criadas observaron como Isabel se llevaba el billete al pecho y sonreía aún más esperanzada. Intentó dedicarles una mirada de reproche por meterse en sus asuntos, pero acabaron todas riendo a carcajadas.

El tercer y último telegrama llegó aún por la mañana, cuando Isabel aún luchaba por despertarse de su sueño. Con los ojos semiabiertos, las letras borrosas frente a ella, terminó leyendo la noticia que tanto anhelaba:

"No hay lugar en el mundo donde el sol brille más que en tus ojos. Espérame como el faro que guía mi regreso. Llegaré el domingo, a primera hora.

Tuyo,

Eric".

Cuando las palabras tomaron sentido en la mente de Isabel, se levantó de un solo golpe. Eric regresaría a casa pasado mañana. La criada, sin entender nada, vio a la futura baronesa correr por la habitación con la carta en una mano y la chemise ondeándose en el aire.

Eric traería consigo la paz que su corazón tanto merecía.



La neblina salpicaba el aire de la madrugada mientras la embarcación se acercaba a la Bahía de Sevilla. Eric Casanova pensaba en una sola cosa: volver a ver a su esposa.

Fueron días miserables, encerrado en lo que antes era su paraíso. La comida siempre sabía demasiado salada o insípida. El vino lo embriagaba y le recordaba cada vez más aquello que quería olvidar. Sus hombres presenciaban la caída de un gigante. Gonzalo no perdió ninguna oportunidad de estar a su lado en cada malhumorado improperio. Fue decisión final de su amigo acortar el

viaje, simplemente porque Eric ya no tenía ni el valor ni la dignidad para seguir.

Su mente estaba atada a Isabel. Su hogar ya no era el mar, ni la sala de mando a bordo, mucho menos el puerto. Su hogar era el alma de la joven con la que se había comprometido.

¿Cómo pudo una criatura tan pequeña y habladora dominar su vida en tan poco tiempo? Las noches en alta mar eran ahora frías y extenuantes. La tormenta, que siempre golpeaba el barco llenándolo de emoción, haciéndolo dirigir a los hombres a gritos, mostró un lado solitario nunca imaginado.

—Al fin y al cabo, ¿cuándo dejarás de refunfuñar? —dijo Zalo con las manos en el timón.

—No estoy refunfuñando. —Eric rodó los ojos y siguió andando de un lado a otro.

—Claro que no, son los peces los que están cantando —se burló el amigo—. Ya estamos llegando. Mira a tu alrededor, estamos en Sevilla. Pronto la encontrarás en casa.

Eric solo bufó en un sonido ahogado mientras sentía el corazón acelerarse a medida que el barco avanzaba por el estrecho canal rumbo a su lugar en el puerto.

Fue cuando la vio.

Con Víctor a su lado, cuidándola exactamente como le había pedido. Ella tenía un catalejo de bronce en las manos y parecía sonreír. Usaba uno de los vestidos que la cubrían igual que a las monjas del convento en el que se casaron, ni una sola capa de piel a la vista. Sin embargo, el tono carmesí de la ropa hacía juego con los rizos dorados delicadamente cubiertos por un sombrero.

El barco avanzaba ya a velocidad reducida hacia su lugar en el muelle, y ella, al notarlos, empezó a saludar, sonriendo abiertamente.

—De vuelta al hogar —murmuró Zalo después de atracar.

—Sí, de vuelta al hogar. —Eric veía a Isabel parada en los muelles, conversando con Víctor.

—Y justo a tiempo para las corridas de toros —dijo uno de los hombres que se preparaba para desembarcar, al que Zalo asintió, sonriendo.

—¿Habéis hecho lo que pedí? —preguntó Eric dirigiéndose a la cabina.

—Sí, señor —respondieron los hombres al unísono.

Isabel esperaba a su marido junto a Víctor en un lugar seguro en los muelles. Recibió de lejos el saludo de los marineros que desembarcaban con miradas cansadas pero animados por estar en casa. Zalo fue uno de los últimos en bajar y se acercó a ella junto a Eric.

—¿Tuviste un buen viaje? —preguntó al ahora amigo, siempre impresionada por su alta estatura.

—Digamos que fue interesante —él contestó y, con un gesto de cabeza, se fue.

—Buenos días, señor, espero que haya hecho buen viaje —el joven acompañante de su esposa lo saludó.

—La mejor parte es el regreso. —Eric e Isabel se miraban con ojos brillantes—. Tómate el día libre, Víctor. Gracias por cuidar a mi Isabel.

El joven se llevó la mano a la visera en un saludo y se fue detrás de Zalo.

—¿Tu Isabel? —preguntó ella, sonriendo.

—Sabes a lo que me refiero. —Su tono era gutural, pero jocoso. Eric rodeó la cintura de Isabel con sus brazos y buscó por sus labios.

—Señor Casanova, debo advertirle que no deseo otro escándalo involucrando mi honor en este puerto —ella dijo, impidiéndole besarla—. Vámonos a casa —susurró.

—Tengo una idea mejor —dijo a su oído, despacio y en voz baja. Ella lo miró sin entender—. Ya estamos en casa, mi sol.

Tomándola de las manos, él la guio hacia el barco. Con una mirada sorprendida, Isabel subió a bordo del mercante Casanova y saludó a un par de marineros que se encontraban cerca del timón. Eric solo asintió mientras abría la puerta que los llevaba directamente a la cabina del capitán, decorada tal como ella recordaba.

Cuando la puerta se cerró, el primer beso comenzó. Un encuentro de ansias se apoderaba de ambos. Labios hambrientos y jadeantes. Nada más parecía existir; la puerta cerrada los aislaba en

el tiempo y el espacio. Así era como Isabel se sentía cada vez que su marido la besaba. Su rostro se sonrojó cuando las carcajadas de ambos se atropellaron al llegar al cuarto.

Cuando la embarcación se movió, Isabel apoyó las manos en los hombros de su marido, asustada.

—¿Me estoy mareando o el barco se está moviendo?

Eric se rio a carcajadas.

—Vamos a dar un paseo hoy, en nuestra segunda casa.

—¿Y por qué no nos vamos a nuestra primera casa? —Ella lo miraba de reojo.

—Porque sé que me esperan problemas allí y quiero evitarlos quedándome contigo.

Ella pensó en todo lo que le gustaría decirle mientras él estuvo ausente, principalmente sus sospechas sobre su cuñado, pero decidió mantenerse callada. Sabía bien que los problemas los esperaban en casa.

Cualquier pregunta que Isabel tuviera sobre si Eric se había sentido como ella —si soñó con tocarla, o si el tiempo había tardado una eternidad en pasar mientras estuvieron separados— fue cubierta por los besos del hombre.

Eric Casanova habló más con los labios sobre los suyos que en cualquier otra ocasión en que conversaron. Había pasión, ternura y añoranza. Ella podía jurar que la sesión de besos que había empezado su marido en el instante en que entraron en la cabina había durado al menos media hora. No es que se quejara, pero cuando se dio cuenta y abrió los ojos otra vez, las grandes casas y almacenes del canal de Sevilla ya no podían ser vistos. Estaban en alta mar.

Al mismo tiempo que lo desnudaba y se dejaba desnudar, Isabel pensaba en qué haría con lo que sentía por su marido. La ausencia de Eric le hizo darse cuenta de que sus sentimientos por él eran más fuertes de lo que había planeado. Fue demasiado tonta como para imaginar que las emociones eran planeables. En algún lugar, en algún tiempo, las parejas se casaban por amor, pero su marido ya le había dicho lo que pensaba sobre eso… aunque sus toques gentiles y besos apasionados la hicieran pensar diferente a cada instante.

No podía ser boba y limitarse a soñar con palabras de amor. Debía ser práctica y aprovechar que se había casado con un hombre bueno y que la hacía temblar, que la reconfortaba, como Eric lo hacía ahora.

Su contacto era cálido y ardoroso, sus manos recorrían cada parte de su cuerpo como si quisiera tener la certeza de que su presencia era real. Su sonrisa conversaba con sus ojos, los dientes fuertes la instigaban, mordiendo su labio. Tal vez fuera una tonta por entregarse así, de cuerpo y alma, pero no conocía otra forma de mostrarse ante su marido. Él tendría que aceptarla tal y como era. Tal vez un día aprendería a amarla con el tipo de amor que enloquece, el tipo de amor por el cual se muere y mata.

Para Isabel, solo existía una forma de amar y solo había una manera de entregarse a un hombre: por amor.

Las sábanas de lino tocaban su cuerpo de la misma manera que la forma de ser de Eric tocaba su alma. ¿Cómo se habían encontrado en un mundo tan grande, en una vida tan larga?

Los gemidos de Isabel eran ahogados, desesperados, mientras los pensamientos se desvanecían en su mente. Cada vez que estaba con su marido, era como si todo en el mundo fuera para siempre. Así, con Eric reposando en sus brazos, susurrando cuánto la había extrañado, se dio cuenta de que ambos eran el mundo el uno para el otro.

El ruido de agua corriente la despertó del ligero sueño. El vapor invadía la cabina, viniendo directamente de una especie de bañera de madera. Era Eric quien cuidaba de todo, midiendo incluso la temperatura del agua con sus propias manos y con el resto de su cuerpo. Era así como le gustaba comportarse.

Él miró hacia un lado y la vio con los ojos abiertos, una sonrisa ensanchando sus finos labios. Dulce Isabel, pensó. ¿Qué cosa extraña era esa que sentía cada vez que la miraba? Un nudo en el pecho, orgullo y alegría infinitos. El deseo de protegerla y tenerla… poseer su cuerpo en todo momento y para siempre. Eric buscaba entenderse a sí mismo por primera vez en su vida.

—Ven. —Le ofreció la mano a su esposa. Ella la aceptó y sus mejillas se sonrojaron cuando entendió los caminos que él pensaba hacerla seguir.

La guio hasta que estuvo sentada bajo el agua tibia, un alivio para su esbelto cuerpo también desnudo. Él tomó una esponja y comenzó a acariciar toda la extensión de su piel. Al principio, parecía haberla puesto nerviosa, pero poco a poco el masaje surtía efecto, relajando a la valiente mujer frente a él.

—Me encanta el hecho de que siempre aceptes mis ideas —dijo simplemente.

—Me gusta tu creatividad —ella contestó con los ojos cerrados para, luego, morderse el labio, haciéndolo suspirar.

Eric sabía que tenerla era como probar la más deliciosa de las frutas. Mirar a Isabel a los ojos era como visualizar un camino. Aquellos ojos profundos, tiernos, lo hechizaban. Casi le daban poderes sobrenaturales.

Le daría cualquier cosa a ella.

Tal vez debería darle la única cosa que jamás pensó que daría a una mujer. Se prometió a sí mismo encontrar el valor para ponerse en esa posición.

Hoy… solo hoy, merecerían pertenecer el uno al otro.

Sin embargo, mientras el barco llevaba a los amantes afortunados por aguas tranquilas, el mal tiempo se formaba en la vida de esa familia, desatando una guerra entre los Casanova.

Amar Hasta la Muerte

CAPÍTULO

DIECISÉIS

TENERIFE – CONVENTO NUESTRA SEÑORA DE LA CANDELARIA – 1895

El cielo había amanecido cubierto. Isabel detestaba los días nublados, porque ocultaban la belleza del sol, traían la posibilidad de lluvias y ofuscaban la oportunidad de cualquier paseo. Lo había aprendido de su marido, que también odiaba los días grises.

Aun así, decidió una vez más no acompañar a las monjas en las oraciones matutinas para quedarse en su lugar favorito, mirando al mar. Muy temprano, el joven jardinero ya había comenzado su jornada, ella podía verlo desde donde estaba, y algunas monjas recogían verduras para la cocina.

El extremo del jardín del convento era uno de los mejores lugares para observar el mar. Solo era superado por la pequeña cima con el camino de piedras. Las monjas se ponían muy nerviosas cada vez que ella subía allí, pero era un buen lugar de observación.

Fue entonces cuando, a lo lejos, observó un barco.

La neblina no le permitía distinguir la distancia con seguridad, pero allí estaba, otra embarcación acercándose a la isla.

—Buenos días. —Era la voz del Dr. Walker.

—Buenos días, doctor —respondió ella, los ojos fijos en el horizonte.

—Parece enfadada.

— Estoy arrepentida de no haber traído mi catalejo —dijo, manteniéndose de espaldas. —¿Puede ver el barco?

—Desafortunadamente no, señora Casanova, pero no sé si podría verlo de todas formas, no llevo mis gafas.

Isabel suspiró.

—Doña Isabel… — él volvió a hablar. Ella soltó una leve risa por su acento y se volteó para mirarlo—. Isabel… Me gustaría disculparme si, en los últimos días, la molesté con el tono de nuestras conversaciones.

Isabel contempló al doctor Walker por primera vez ese día. Sus ojos eran claros y su rostro apuesto, al igual que sus hombros. Algunas líneas de expresión comenzaban a dibujarse alrededor de los párpados, la nariz y la boca. Muchas dirían que era un hombre atractivo, probablemente sería muy disputado por las madres casamenteras de la sociedad londinense.

—Aún no me ha hablado mucho de usted, Dr. Walker. No lleva anillo, así que sé que no está casado. ¿Hay alguien en su vida? ¿Alguien que lo espera en Inglaterra?

Él pareció desconcertado por un momento por volverse el centro de la conversación. Claramente no esperaba el cambio de tema.

—Estoy comprometido. Una dulce señorita de Hampshire.

—¿Y la ama?

—Bueno… claro… quiero decir, nos conocemos poco y creo que el matrimonio…

—No busco venganza, Dr. Walker, solo deseo saber si podría comprenderme. —Fue su turno de quedarse en silencio—. ¿Ama tanto a su prometida como para regresar a casa solo para verla? ¿O como para que le aturda pensar en pasar un día sin ella?

—Señora Casanova…

—¿La ama, Dr. Walker, como para perder el aliento tan solo con pensarla? ¿Con tocarla? —Isabel elevó la voz—. ¿Acaso sabe de lo que estoy hablando? ¿Acaso lo siente? —Ambos se miraron seriamente—. Es obvio que Eric volverá; sin él, no hay vida… y yo siento que aún hay vida en mí. Soy mucho mejor desde que lo

conocí… Eso es amor. Es como una religión. Guía nuestros pasos. Amar es tener fe en el otro.

Se hizo silencio entre los dos por varios instantes. Sin duda, el hombre parecía incómodo. Fue la voz de la madre superiora la que lo rompió:

—Doña Isabel… ¡hay algo que necesita saber! —Su tono era arriesgado y doloroso.

—No, madre... Este no es el mejor momento para eso y… —Dr. Walker fue interrumpido.

—Ya esperamos demasiado, doctor. Necesitamos intentar contárselo otra vez.

—Dios mío... ¿Qué tanto queréis decirme?

—Vamos, querida…

La madre guio a Isabel por los jardines hasta su sala. Era un ambiente muy similar a una oficina, pero lleno de imágenes y cuadros sagrados.

—Madre, sé que mi presencia puede representar una carga para el convento…

La mujer negó con la mano.

—Su presencia jamás será una carga para nosotras, querida, pero tiene que saber que estamos preocupadas… —Una novicia dejó sobre el escritorio una bandeja con té.

—¿Preocupadas? Sé que la falta de noticias de mi marido es un inconveniente, pero ¿hay algo más que les preocupa? Por favor, dígamelo y lo solucionaré…

Un pesado silencio cayó sobre la sala. La novicia, joven y usualmente alegre, bajó la cabeza con aire sombrío. A su lado, el doctor Walker parecía desconcertado.

—Díganme de una vez qué…

—Es sobre su marido, Isabel —dijo la madre con firmeza.

—¿Eric? ¿Han llegado noticias de él? ¿Cuándo vuelve?

Un suspiro pesado fue exhalado por la Madre.

—Temo, hija mía… que las noticias no sean las que desea.

Isabel se retorció en la silla.

—Pues dígalo de una vez.

—Hace mucho que sabemos que el señor Casanova no va a volver, querida… Él… su esposo…

Isabel miró a los ojos de cada persona en la habitación y vio lástima en todos ellos. Pudo ver las palabras que la madre diría a continuación… y su corazón sabía que no eran verdaderas.

—Es mentira, lo que dice es una mentira, madre. ¡Está cometiendo un pecado! —gritó, levantándose.

—Isabel, querida…

—¡No me toques! —Con una bofetada, apartó las manos de la novicia que se acercaba a ella—. ¡Basta! Ya no permitiré que sigáis envenenando mi mente —se puso las manos sobre la cabeza—. No sé qué pensar, pero no permitiré que me hagan creer que Eric… esté… —con un gruñido, salió corriendo por la puerta solo para encontrarse con una fila de monjas en el salón. Todas las miradas con la misma expresión. —¡Os equivocáis! ¡Os equivocáis, todas! —gritó, señalándolas con el dedo mientras las lágrimas comenzaban a caer.

—Señora Casanova… Isabel, ¡no se ponga así! —murmuró David Walker, acercándose.

Isabel se volteó y lo golpeó en el hombro.

—Me están mintiendo, doctor David. Él no está… él no puede estar… ni siquiera puedo decirlo.

—Señora Casanova… —El tono compasivo del hombre la entristeció aún más.

Él intentó abrazarla, completamente abrumado por el dolor de la mujer que tenía delante, pero ella cayó de rodillas, llorando desconsoladamente. Incluso el joven jardinero se acercó, compadecido por la escena.

Y hasta que el médico llenó el vacío de Isabel con un sedante, los sollozos de la joven señora eran lo único que se oía en el enorme salón.

CAPÍTULO

DIECISIETE

SEVILLA – 1893
PASADO

Cuando Isabel decidió llevar bajo su ropa un pequeño pañuelo bordado con el escudo de los Casanova para ir al Festival de Toros, no tenía idea de que los eventos de aquella mañana cambiarían a la familia para siempre.

Con un elegante vestido rojo con piedras negras bordadas en toda su extensión, Isabel desfilaba entre los nobles por los palcos de la Plaza de Toros al lado de su suegro y de su marido. Caminando con la cabeza erguida debido a la enorme peineta que llevaba en los cabellos, llevaba una mantilla negra de la moda y sostenía elegantemente un voluminoso abanico en las manos. Ese era oficialmente su primer evento de gran visibilidad como la futura baronesa. El barón iba al frente y, a su lado, caminaba Eric con el brazo posesivamente colocado sobre ella. El rostro de Isabel se iluminó al ver a su familia viniendo en su dirección desde el otro lado de los palcos. Las actuaciones aún no habían comenzado y la gente todavía se saludaba. Su tío, Don Ramiro Fuentes, venía acompañado de Letizia y del infame Duque de Granada.

Para Isabel, el hombre tendría que convertirse en un santo para que cambiara su opinión sobre él y sobre la relación con su prima.

—La familia Casanova —murmuró Don Ramiro—. Mi querida Isabel —dijo con suavidad.

—Tío Ramiro. —Dejó el espacio junto a su marido por un momento y abrazó brevemente a su tío y luego a su prima.

Los hombres comenzaron a saludarse, e Isabel aprovechó para llevar a la prima a un lado.

—¿Cómo estás?

—Bien… creo que bien —respondió Letizia, mordiéndose el labio.

—Eso no existe, Leti, estás bien o no…

—Estaba muy animada, pero… ¿crees que me veo fea con este vestido?

Isabel miró bien a su prima, pero solo como un reflejo, ya que estaba segura de que era una tontería. Letizia llevaba uno de sus vestidos rosados, pero en un tono claro. Tal vez le quedaba un poco apretado en el busto, pero la prima siempre fue más voluptuosa que ella.

—Absolutamente, no. ¿Por qué dices eso?

—Escuché al duque reírse con sus amigos… Creo que hablaban algo de mi vestido.

—Ah, Leti —la abrazó—, necesitas hablar con tu padre y asegurarte de que quieres casarte con ese hombre.

—Pero ¿qué otra cosa haría?

—Damas, con su permiso —fue el duque quien apareció, prácticamente arrastrando a Letizia hacia sí—, pero tomaré a mi prometida de vuelta. —Isabel y el hombre podrían insultarse con la mirada.

—Ven, querida, la primera actuación ya va a comenzar —Eric interrumpió la tensión del ambiente.

—No me gusta ese chico —murmuró Isabel, sentada al lado de su marido.

—Tampoco soy gran admirador suyo. —Ambos sonrieron y se tomaron de la mano discretamente.

Abajo, en la arena, los preparativos comenzaban. El público de los asientos comunes se agitó y empezó a aplaudir. Se lanzaron flores y comenzó el desfile de todos los que participarían en las corridas de toros. Isabel observó todo y recordó la última vez que estuvo allí. Su vida ya no era la misma.

Entonces, tuvo inicio el desfile de los participantes de las corridas. Ayudantes, toreros… Todos recibían la adoración del gran público. Las personas parecían sedientas de un buen espectáculo, y los hombres abajo, dispuestos a darlo.

En los palcos, la élite de toda Andalucía aplaudía y sonreía entre ellos. Los abanicos no dejaban de moverse entre las damas.

Al lado del duque, Letizia se mostraba inquieta, Isabel lo notó. Quería poder estar más cerca de su prima, pero varios lugares con nobles mezquinos las separaban.

Luego, bajo una fuerte ovación, vestido de pies a cabeza con ropa de torero, El Fantasma surgió en la arena. Montado en su caballo, comenzó a exhibirse para el público, que le respondía enloquecido. Isabel ya sabía lo que vendría, el hombre tomaría una flecha y, con un arco, dispararía hacia el lugar que ahora ella observaba. Pero no fue lo que ocurrió. El Fantasma empinó el caballo en una de sus exhibiciones y, debido a que la silla se soltó, cayó al suelo.

Una horda de suspiros pesados inundó el lugar. Nadie se movió de sus asientos por unos instantes. El grito de Letizia en el momento de la caída de El Fantasma anunciaba la tragedia. Todos alrededor miraron a la joven sin entender.

Abajo, los ayudantes empezaban a acercarse para ayudar. Un hombre, aprovechándose la situación, salió corriendo del público hacia la arena y dio a todos la información que deseaban. La identidad de El Fantasma y, para horror de Isabel, ella lo conocía. Porque cuando la máscara fue retirada, el rostro que estaba allí no era el de un hombre.

Era Juana.

—¡Una mujer! —gritó alguien.

Pasada la sorpresa, toda la Plaza de Toros se sumió en un caos total. No estaba permitido a las mujeres que participaran como toreras.

Un hombre, al caerse en la arena, recibiría flores del público. Una mujer, como Juana, recibía objetos arrojados. Dedos que señalaban, abucheos y palabrotas eran dirigidos hacia la arena donde yacía Juana, evidentemente inconsciente.

—Tenemos que hacer algo, necesito llegar hasta ella —murmuró una jadeante Isabel a su marido.

—Vamos.

Los dos salieron de sus lugares y pasaron junto a Letizia. Don Ramiro y el duque sostenían a la joven con dificultad mientras ella gritaba el nombre de la dama de compañía, desesperada.

El camino hasta la arena, ya conocido por Isabel, fue largo y tumultuoso debido a las personas que gritaban y proferían palabras indecorosas. Mirando hacia delante, Isabel vio como una montaña de carne y hueso le pegaba un puñetazo al hombre que reveló la identidad de Juana y que la trataba de empujar. Fue Zalo quien la tomó en brazos y comenzó a dejar el ruedo.

Otras personas se acercaban en un intento de impedir el rescate de la joven y, usando solo un brazo, Zalo, el gigante gentil, lanzaba golpes y puñetazos a los malintencionados agresores.

—¡Zalo! ¡Zalo! —gritaba Isabel, inútilmente.

Se escuchó un silbido alto y el hombre pareció buscar a su emisor. Gracias a Eric, Isabel ahora tenía la atención de Zalo.

—¡Hacia el túnel, el túnel! —gritó, señalando el pasillo de donde salían los toreros.

Tuvieron dificultades para pasar entre la gente, pero pronto estaban en los alrededores de la arena, y esta vez fue Isabel quien guio el camino, al igual que en el episodio de La Maestranza. Finalmente se encontraron y, juntos, caminaron por las galerías internas de la Plaza de Toros hasta llegar a los callejones donde Isabel y Eric se vieron por primera vez.

—¿Dónde estamos? —preguntó Zalo, como si llevara el bien más preciado en sus brazos.

—Donde nos conocimos —respondió la pareja al mismo tiempo.

—Vamos a llevarla a casa —dijo Isabel a continuación.

Con un gemido de dolor, Juana se movió y Zalo la apretó aún más entre sus brazos. Eric pensó rápido y consiguió un coche de alquiler, que los llevó a la casa de los Fuentes, cerca de allí.

En la mansión, Juana fue dejada en su cuarto e Isabel rápidamente comenzó a examinarla.

—Busca al doctor Velásquez en el hospital, pide que venga a verla. Dile que es para…

—Él vendrá, Isabel, no necesitaré decir tu nombre dos veces —dijo Eric, dejando un breve beso en los labios de su esposa antes de irse.

—¿No irás con él? —preguntó a Zalo.

—Prefiero quedarme —dijo él, con las manos en los bolsillos.

—Muy bien… y gracias por actuar tan rápido.

Por primera vez, el hombre pareció desconcertado.

—Tendré que examinarla, yo…

—Claro… claro… esperaré abajo. Solo quiero saber si estará bien.

Él dejó el cuarto e Isabel comenzó a verificar el cuerpo de Juana. Con dificultad, le quitó la brillante y ajustada ropa de torero a su amiga.

—Estoy bien —murmuró la joven.

—Eso es lo que estoy tratando de verificar… Juana, quédate quieta.

—¡Déjame dormir! Solo tengo un poco de dolor en el cuerpo.

—Te vi tomar una tremenda caída del caballo.

—Sé cómo caerme de un caballo... ¿Cómo crees que aprendí a montar? Solo estoy cansada.

Sin encontrar ningún sangrado aparente, Isabel desistió y decidió esperar al doctor Velásquez, pero antes llegó el huracán Fuentes. Ruidosos y preocupados, Letizia y Don Ramiro invadieron la habitación.

—¡Hija, hijita! —decía el viejo Fuentes.

En total choque, Isabel confirmó sus sospechas. Juana nunca fue una empleada en la casa. Era altiva, independiente y moderna… pero también era una Fuentes. Criada lejos del hogar oficial, era una bastarda que vivía al lado de su padre y su hermana, como dama de compañía.

—Estoy bien, estoy bien —murmuró aún con los ojos cerrados.

—Ya llamé a un médico para que la revise, tío.

—Muy bien, querida, muy bien.

—No tengo nada —resopló Juana, quejumbrosa.

—¿Y cómo lo sabes? —Letizia parecía haber llorado, su rostro estaba rojo.

—Si tuviera algo grave, Isabel ya se habría puesto a ayudarme.

Juana era demasiado astuta para su propio bien.

El doctor Velásquez no tardó en llegar. De hecho, no le había ocurrido nada grave a Juana, pero él le recetó reposo y caldo de pollo para mantenerla fuerte, además de despertarla algunas veces durante la noche para verificar que todo estuviera bien.

Isabel acompañó al médico hasta la puerta, quien le comunicó ansioso que la esperaba en el hospital la próxima semana. Ella solo sonrió, confirmándolo.

—Bueno, todo indica que solo fue un gran susto —dijo, volviendo a la sala de visitas donde se encontraban todos, incluido Zalo.

—Si es así, este viejo cansado irá refrescarse para la cena. Con permiso —avisó Don Ramiro.

—¿Zalo?

—Sí. —Parecía abatido.

—Juana desea hablar contigo por un momento.

Los ojos del hombre se volvieron cálidos por un instante, antes de que regresara la máscara juguetona que tanto usaba.

Isabel lo guio por los pasillos, notando cuánto se parecía su andar al de Eric, silencioso como un gato salvaje.

—Zalo está aquí para verte —dijo Isabel, después de llamar a la puerta. Juana simplemente asintió.

El hombre entró y dominó todo el aire del ambiente. Juana ya estaba cubierta de pies a cabeza bajo el camisón. Sus ojos cansados lo contemplaron amistosos por primera vez.

—Oí decir que me salvaste la vida en la plaza. —Era la primera vez que Isabel oía el tono suave en la voz ronca y rasposa de la joven.

—Fui un poco más hábil esta vez.

—Gracias por no cargarme como un saco de patatas… otra vez.

Ambos se miraron con complicidad.

—Espero que esté bien, señorita.

—Lo estaré… gracias al señor.

Él solo asintió y luego se fue. Para Isabel, quedó registrado el rubor de las mejillas de Juana.

De vuelta a la sala, Zalo salió sin despedirse, mientras Isabel y Eric solo se miraban, confundidos.

—¿Lista para irnos? —preguntó.

—No, venía justamente a decirte eso. Pretendo quedarme con Juana esta noche, el doctor pidió que la despertaran varias veces y es importante que no esté sola… Y con alguien de confianza. —Terminó la frase mirando a su prima que dormía plácidamente sobre el sofá en un lado de la sala.

—Está bien, nos vemos mañana. —Él la besó con cariño—. ¿Debo besarte otra vez para compensar la nostalgia?

—¡Creo que sí! —Ambos labios se unieron otra vez mientras los brazos de Eric envolvían la cintura de Isabel—. Hasta mañana.

—Hasta mañana, mi sol.

Cuando Eric se fue, Isabel llevó a una Letizia malhumorada al cuarto. La chica se quedó dormida en el momento en que su cuerpo tocó el colchón, sin siquiera cambiarse de ropa. Riéndose de su prima, fue al cuarto de Juana, ahora a oscuras. La leve respiración de la joven delataba que dormía; Isabel decidió, entonces, sentarse en el sillón y esperar unas horas antes de despertarla.

—Lo hizo a propósito —la voz ronca dijo con rabia, en la oscuridad.

Isabel frunció el ceño por un momento, tratando de entender si Juana soñaba o no, pero pronto la escuchó repetirlo.

— Yo lo vi allá, a lo lejos. Sé que fue él. Me caí porque mi silla estaba cortada… alguien la cortó, Isabel.

Con pasos firmes, Isabel se acercó a la cama y preguntó:

—¿De quién estás hablando, Juana?

—De Alonso Casanova.

No hubo noche de sueño para Isabel después de las palabras de Juana. Despertó a su amiga varias veces durante la noche y confirmó que todo estaba bien. La caída fue realmente solo un susto.

Se levantó de la butaca con el cuerpo dolorido y la cabeza palpitando. Pasó toda la noche asustada por la posibilidad de que lo

que Juana le dijo fuera real. No porque Alonso fuera su cuñado, sino porque sabía de lo que él era capaz.

Ambas prometieron guardar en secreto lo ocurrido. Si era verdad, hablar solo traería más peligro, al menos por el momento.

—¡Buenos días! —La voz musical de Letizia invadió su mente mientras repasaba toda la información sentada a la mesa del desayuno.

—Buenos días —respondió con una media sonrisa.

—Pasé por la habitación y Juana parece estar mucho mejor. Jamás olvidaré el susto que me llevé ayer al verla caer —dijo con la mano sobre el pecho.

—Hablando de ayer… necesitamos hablar sobre el duque y tú.

—Isabel, ¿por qué quieres arruinar mi apetito tan temprano? Hablé con él justo después… dijo que era algo de mi imaginación.

—No se trata solo de ayer, quiero hablar sobre… —El sonido de pasos pesados interrumpió su discurso. Ambas se miraron confundidas por el alboroto y esperaron al posible visitante, curiosas.

Víctor apareció corriendo y jadeando en el comedor.

—Doña Isabel, perdón por presentarme así de esta manera.

—¿Qué sucede?

—Es el barón, Doña Isabel, no se encuentra bien. El señor Eric pide que regrese a la casa inmediatamente.

CAPÍTULO

DIECIOCHO

Cuando el carruaje se detuvo en los jardines del Palacio Casanova, Isabel se encontraba frenética de preocupación. Entró en el salón principal con pasos pesados y encontró a su marido andando de un lado a otro.

—¿Qué sucedió? —Su voz sonó angustiada.

—Me desperté antes del amanecer, con los empleados preocupados. No estuvo bien toda la noche. Es probable que sea su estómago —dijo Eric.

—¿Ya mandaste buscar al médico?

—Estaba a punto de hacerlo yo mismo.

—Trae al doctor Velásquez.

—El pobre hombre no puede tener una noche de paz sin que lo molestemos —murmuró Eric tratando de sonreír.

— Estaré junto al barón cuando regreses.

Isabel subió las escaleras, casi tropezándose con la tela del largo vestido. Junto al cuarto del barón había una fila de personas en la puerta con la preocupación dibujada en sus rostros. Estaba cerca de la habitación cuando la ama de llaves, saliendo del cuarto, dijo a todos:

—Sé que están preocupados, pero no podemos hacer nada aquí parados. —Los empleados comenzaron a dispersarse—. Doña Isabel, qué alivio verla. El barón está demasiado inquieto, tal vez usted pueda calmarlo.

—Llévame hasta él —pidió con su voz de mando, adquirida en las experiencias en el hospital.

La amplia suite del Barón de Altamira olía a sudor y fiebre. En la cama, Isabel vio a su siempre fuerte amigo ahora debilitado, con los ojos pesados y el cuerpo tembloroso.

—Don Memo… soy yo, Isabel. —La mirada del hombre la observaba, perdida.

—Vomitó demasiado toda la noche… le sangró la nariz, además de tener fiebre y escalofríos.

—Cielo santo… Dígame qué siente en este momento. —Compadecida, Isabel se acercó aún más a su suegro, sosteniéndole ahora la mano.

El hombre parecía enfocar sus pensamientos en ella y su boca se movió lentamente.

—A...lonso —un susurro fue todo lo que el viejo barón logró emitir, pareciendo reunir toda la fuerza de su cuerpo.

—Llama por Alonso todo el tiempo. Ya mandé a uno de los criados a buscarlo. Tal vez por haber cenado juntos anoche, él esté…

—¿Alonso estuvo con su padre anoche? —preguntó Isabel, cortante y curiosa.

—Sí, el señor llegó de las corridas junto al barón y se quedó hasta después de que su padre se fue a dormir.

—¿Y Eric?

—Ya era muy tarde cuando llegó a casa.

—Muy bien, iré a mi cuarto a buscar láudano, que tal vez ayude a recuperar las fuerzas del barón. Por favor, pido que no dejes esta habitación por nada del mundo.

La mujer solo asintió.

Isabel caminó por la mansión hacia su cuarto. Debía tener algo para ayudar a su suegro hasta la llegada del médico. Tan pronto como entró, decidió cambiarse de vestido por algo más simple y cómodo, ya que llevaba la misma ropa todo el día. Buscaba láudano entre sus cosas cuando la ama de llaves entró en la habitación con varios almohadones.

—Doña Isabel, ¿qué le parece si llevamos estas almohadas para el barón?

Ella contempló a la ama de llaves con una mirada cansada y curiosa.

—¿Hay alguien con el barón? —se preocupó.

—Sí, jamás lo dejaría solo. El señor Casanova acaba de llegar.

—¿Eric? ¿Tan rápido?

—No, el señor Alonso —dijo tranquilamente.

El corazón de Isabel se apretó, aunque su mente le decía que tal vez no debería preocuparse tanto. Sin embargo, no confiaba en Alonso y no tenía idea de cuál podría ser el mal que afligía al barón.

Don Guillermo estaba enfermo desde que cenó con su hijo la noche anterior. El hijo que no era confiable.

Alonso, que era capaz de todo, estaba a solas con su padre.

Isabel salió en una carrera ciega por los pasillos de la casa hacia el cuarto de su suegro. Sus pasos resonando en una marcha angustiante.

Cuando llegó a su destino, supo que era demasiado tarde. Encontró a un Alonso cabizbajo, con los puños cerrados. La puerta del cuarto entreabierta y él guardándola, como un ángel anunciando la destrucción.

—Arreglen todo lo que sea necesario. Mi padre está muerto —dijo simplemente y se fue.



El nudo en el pecho de Isabel se había transformado en dolor. Aun así, las lágrimas no caían por su rostro mientras consolaba a Laura y a los demás empleados en el salón principal. Ella ya había visto la muerte antes y, aunque su alma estaba abatida en ese momento, se enfrentaba a sí misma con la misión de mantener la calma y pensar en los demás. Todos en la casa estaban inconsolables. En su mente, giraban las posibles circunstancias de la muerte de su suegro.

¿Alonso sufría o fingía?

El cuñado, que apenas ayer había atentado contra la vida de Juana.

Que los cielos la ayudaran, pero estaba segura de que no podría compartir su desconfianza con nadie. Era demasiado peligroso.

Escuchó el ruido de los portones y el trote de los caballos.

¡Eric!

Nadie más que ella debería darle la terrible noticia, pensó.

Se dirigió hacia la entrada de la casa, y su cuerpo se llenó de tristeza por verlo tan pacífico al bajarse del caballo junto al médico. Isabel se detuvo de golpe en la puerta del palacio mientras Eric subía las escaleras tranquilamente. Estaban a unos metros de distancia cuando él la vio, notando sus ojos llenos de lágrimas.

—¿Mi sol…? —preguntó, levantando las cejas. —¿Qué ocurrió?

Isabel intentó sonreír para calmarlo, intentó hacer un gesto para llevarlo a un lugar más reservado, pero no pudo. Abrió la boca para hablar, pero estaba muda.

—¿Mi padre empeoró? —preguntó Eric en tono desconfiado. Su esposa asintió, bajando la mirada al suelo.

—Isabel, mírame.

No podía. Sabía que, si lo miraba otra vez, él vería la cruel verdad en sus ojos.

—Eric… —su voz casi inaudible susurró.

Entonces, él lo supo. Lo supo, porque sabía que su esposa era incapaz de mentir, y eso incluía suavizar las duras noticias.

—Él está… —no pudo decirlo—. Lo está, ¿verdad? —preguntó simplemente, ya sabiendo la respuesta.

Isabel asintió, dejando que las lágrimas cayeran por su rostro por primera vez.

—Con su permiso —dijo el doctor Velásquez y entró en la casa.

—Dios mío… —Con los ojos abiertos, Eric andaba de un lado a otro—. Pero si lo dejé hace apenas unas horas… No puede ser posible… Estaba bien ayer… Reímos juntos… y ahora… —Con un rugido poderoso, lanzó un puñetazo a la columna más cercana, apoyándose en la misma—. Ni siquiera pude despedirme, ni siquiera pude decir adiós…

El corazón de Isabel se partió en dos al ver las lágrimas en los ojos de su marido. Eric Casanova se arrastró hasta el suelo como un niño que busca sentido tras una desilusión.

—Mi padre… —Lo oyó murmurar y decidió acercarse. De rodillas, apoyando su frente en la de él, lo abrazó.

—Escúchame… escucha bien. No importa lo que pase, estaré contigo. Seremos nosotros dos ahora, estaremos juntos en todo. Creeremos solo el uno en el otro, seremos la brújula, la religión, la riqueza del otro. Tú me tienes a mí y yo sé que siempre te tendré a ti.

Él la abrazó con fuerza y solidez, y sabía que era real, no necesitaba garantías. Para cualquiera de los dos, las acciones siempre dirían más que cualquier palabra.

El funeral de Don Guillermo Casanova causó gran conmoción en la ciudad. Personas de toda Andalucía enviaban mensajes y realizaban gestos de honor a los Casanova. Primero, fue el momento de despedida íntima de la familia. En la propia habitación, después de que el doctor Velásquez confirmara la muerte, Eric encendió velas alrededor del cuerpo de su padre y lo veló el resto del día junto a Isabel y algunos pocos criados de la casa. No se sabía el paradero de Alonso, ya que no estuvo presente en el sencillo homenaje.

Luego, durante la noche, las personas comenzaron a llegar. Un ataúd negro fue traído y el barón fue llevado al salón principal para el inicio de las despedidas. Fue entonces cuando Isabel se dio cuenta de que su vida había cambiado una vez más, demasiado rápido para que ella lo asimilara. Entre dar órdenes a los criados que trabajaban y servían aperitivos a los invitados, entre las crisis de llanto y recibir a personas que la adulaban superficialmente, necesitó un momento a solas en la biblioteca. Ahora era oficialmente Doña Isabel Casanova, la Baronesa de Altamira, y no podía sentir ningún placer por haber alcanzado ese título, solo dolor.

Al amanecer, todos se pusieron en fila para la procesión que iría hasta la iglesia. Celebrarían la primera de las varias misas encargadas por ella y por Eric en honor al fallecido barón. El sacerdote, varios amigos de la familia y algunos nobles rindieron tributo a Don Guillermo durante casi toda la mañana. Era la hora del entierro. Junto a Letizia y Juana, Isabel estuvo en el carruaje acompañando a la procesión, donde su tío, Don Ramiro, Eric y

Alonso —quien finalmente apareció— llevaban a Don Guillermo hombro a hombro hasta el lugar del sepulcro.

No era de buen tono que las damas estuvieran presentes en el momento del entierro, así que, desde la capilla mortuoria, Isabel vio a Eric y Alonso discutiendo después de los sermones finales. Con el corazón pesado, Isabel pensaba: ¿qué quedaría de esta familia ahora que Don Guillermo se había ido?

Cuando todo terminó, un rastro de vacío y soledad se hizo presente en la casa. Isabel dio el día libre a los empleados. A ella, le quedó el refugio de su cuarto, mientras Eric se ocupaba de los procedimientos legales junto a los abogados.

Eran altas horas de la madrugada y su marido aún no se había acostado. Isabel se preocupaba, ya que Eric se mostraba abatido con la pérdida de su padre, a pesar de su mirada tranquila y su expresión serena. Cuando el día estaba a punto de amanecer, decidió buscarlo por la casa. Lo encontró sentado en el despacho junto a una botella de ron.

—Eric. —No hubo respuesta.

Se acercó y lo vio mirando fijamente a la pared, mientras bebía más alcohol.

—¡A Don Guillermo Casanova y al pésimo hijo que fui! —brindó, bebiendo otra vez.

Isabel respiró hondo. Ese no era el Eric que conocía. La pérdida de su padre lo estaba llevando a un lugar oscuro, tenía que traerlo de vuelta.

—No hables así… —respondió, sentándose frente a él.

—Debería haber estado más presente, debería haber sido más juicioso en mi juventud… debería haberme preparado mejor para ser barón. —La miró a los ojos por primera vez—. No estoy a su altura, Isabel.

—Sí, lo estás. Mírame —sostuvo su rostro—, eres bueno, justo y honesto… eres todo lo que tu padre valoraba, tendrás una baronía tan exitosa como la que tuvo él. Tu honor traerá muchos frutos.

—No sé cómo lidiar con Alonso… está sufriendo de una forma extraña… Tal vez sea el momento de acercarnos de nuevo y…

—Eric, hay algo que necesito decirte.

Que Dios la ayudara, pero lo diría, se quitaría del pecho esa duda, la amargura que la consumía desde el día anterior.

—Es sobre tu hermano… es algo importante. —Como siempre ocurría cuando hablaba, tenía toda la atención de su marido. Se levantó y caminó hasta estar cerca de la ventana—. Quiero que sepas que es muy difícil para mí decir todo lo que voy a decir.

—Isabel, ¿vas a llegar a algún lugar? —dijo y la vio hacer un gesto de espera.

—Muy bien… Quiero hablar sobre la muerte de tu padre… quiero hablar sobre Alonso…, pero, antes que nada, quiero hablar sobre cómo nos conocimos. —El marido solo respiró hondo—. Tu hermano nunca me inspiró confianza, Eric. Desde el momento en que lo vi. Estábamos solas en ese callejón y él estaba lastimando a un hombre… sin culpa alguna. Un hombre que estaba solo, mientras Alonso tenía a otros con él. Y luego me trató como nada en los jardines de esta casa. Sin saber quién era yo… una mujer que estaba sola. Usó la fuerza, sin piedad.

Eric solo se enderezó en la silla, mirándola.

—Lo que quiero decir es que tu hermano demostró ser capaz de cosas innombrables. Ordenó que te golpearan, Eric, por pura envidia. Eso me hizo pensar… en qué más sería capaz de hacer Alonso. Y ahora me ha llegado…

—¿Qué te ha llegado? ¡Exijo que me lo cuentes!

—El accidente de Juana en las corridas de toros… todo indica que él tiene algo que ver con eso y que no ha sido un accidente…

—¡Santa madre de Dios! —murmuró Eric, levantándose—. ¿Estás segura de eso? ¿Por qué demonios Alonso le haría algo a la dama de compañía de tu prima?

—Ellas no son solo amigas, Eric. —Contemplándolo de cerca, Isabel percibió que él ya sospechaba lo que ella sabía: Juana era una Fuentes—. Pero, además, ella y Alonso tuvieron un encuentro que culminó en confusión aquí, en esta casa, mientras tú estabas de viaje.

— ¡Cielos! ¿Y por eso decidió vengarse de la pobre chica? ¿Qué tiene Alonso en la cabeza?

—¡Es lo que estoy tratando de decirte, mi esposo! Tu padre…

Cuando las palabras fueron absorbidas por Eric, la miró con asombro.

—No… no, Isabel, no puedes ir por donde creo que vas.

—Lo siento mucho, pero necesito terminar —carraspeó—, los dos sabemos que el barón y Alonso no estaban en buenos términos. Eric, ellos cenaron juntos la noche en que tu padre se enfermó, esos síntomas no parecían los de una úlcera estomacal… Estoy casi segura de que tu padre fue…

—¿Envenenado? —murmuró—. Isabel… ¿tienes idea de la gravedad de lo que estás diciendo?

— Sí... Porque, cuando fui al cuarto, tu padre no dejaba de murmurar el nombre de Alonso, era lo único que decía. Cuando tu hermano llegó, estuvieron solos por minutos… solo unos minutos, y luego, tu padre estaba muerto —dijo, atropellando las palabras mientras las lágrimas corrían por su rostro—. Vi a tu padre en esa cama, él luchaba por vivir. Y Alonso vino como un ángel de la muerte y se lo llevó —sus últimas palabras fueron dichas entre gritos.

Isabel vio entre lágrimas como su marido se apretaba los dientes. Tras observarla por unos instantes, él tiró todo el contenido de la mesa al suelo, golpeando la madera.

—¡Maldito!

—Eric…

—¡Alguien tiene que detener a ese desgraciado! —dijo, agarrando una pistola en la caja fuerte y guardándola en la cintura. Los ojos de Isabel se abrieron de par en par.

—Eric, por el amor de Dios, ese alguien no puede ser tú—Fue hasta él, abrazándolo por la cintura—. Escúchame, mi esposo, escúchame. Prometiste escucharme, deja esto en manos de la justicia.

—Yo haré justicia por mi padre. —Se soltó del abrazo de su esposa y le dio un breve beso en la frente—. Quédate en casa y no le digas a nadie que salí.

Con profundo horror, ella observó como Eric se marchaba hacia la puerta. Cuando el ruido del trote del caballo la llevó hasta la ventana, lo vio irse y se dio cuenta de que otra tragedia estaba a punto de suceder.

CAPÍTULO

DIECINUEVE

Isabel andaba por la casa de un lado a otro. Sabía que debía impedir a Eric de una forma u otra, pero no sabía a dónde ir. Mandó a la criada al puerto para buscar a la única persona que ella sabía que podría ayudarla.

—Tu llamado parecía urgente —dijo Zalo, entrando en el salón principal de la casa.

—De hecho, lo es.

—¿Dónde está Eric?

—Es lo que necesito que me ayudes a descubrir.

—¿El hombre desapareció?

—Está dispuesto a hacer justicia por su cuenta. Prometo explicarte en el camino, pero debes saber que, donde esté Alonso, allí estará Eric.

Con la ayuda de la criada, terminó de ponerse una capa de terciopelo azul marino, que cubría su cabeza y hombros, y se puso los guantes.

—Isabel, tal vez sea mejor… —comenzó Zalo y fue interrumpido.

—No. Sé muy bien lo que vas a decir. Que será más fácil y rápido si vas solo, o que Eric se enojará si me meto en este asunto… Mi respuesta es no. No voy a permitir que me interrumpas o que me hagas esperar sentada, pacientemente, mientras esta familia se destruye —observó a su amigo fijamente después de ajustar los guantes con cuidado—. ¿Vamos?

—Estaré justo a tu lado —respondió asintiendo e indicando la puerta.

Juntos, cada uno montando un caballo, se fueron primero en dirección a la casa alquilada por Alonso, al norte de la ciudad. Las calles aún seguían cubiertas por la neblina del anochecer que se retiraba. Los primeros rayos de sol eran distantes, mientras los trabajadores aparecían en los callejones, listos para otra jornada. Todos notaban la velocidad de la pareja que cabalgaba, como si persiguieran al propio demonio.

La casa del más joven de los Casanova era una discreta mansión en una calle sin salida. Tenía la fachada amarilla y un jardín bien cuidado, además de portones altos. El caballo de Eric no se encontraba frente al lugar, lo que indicaba que ambos los hombres no deberían estar allí. Aun así, Zalo desmontó y golpeó la puerta del edificio.

Un mayordomo de mediana edad les atendió, ya vestido con un impecable uniforme, listo para comenzar el día.

—Señora Baronesa, es un placer verla. Permítame darle mis condolencias.

Aparentemente, era más conocida de lo que imaginaba, pensó Isabel. Al menos entre los criados.

—Gracias… por favor, por favor… sin reverencias. No es necesario. Estamos aquí por su patrón, el señor Alonso.

—Qué casualidad… si hubiera llegado unos instantes atrás, habría encontrado a los dos aquí.

—¿A los dos? —preguntó Zalo levantando una ceja.

—¡Sí! Mi patrón pasó la noche jugando con algunos amigos y decidió partir hacia Jaén junto a ellos.

—¿Y el otro? —cuestionó Isabel con ansiedad.

—Pues, fue el propio barón, su esposo. Llegó con minutos de retraso. El hermano se había ido hacía menos de una hora.

Isabel comenzó a bajar las escaleras inmediatamente, sin esperar a que el mayordomo terminara de hablar. Zalo se despidió del hombre y salió corriendo tras la joven baronesa.

El camino hacia Jaén era corto y conocido. Una ciudad marítima que ofrecía un paisaje repleto de acantilados, humedad y brisa

marina.

Zalo seguía al lado de Isabel en el camino, mientras ella galopaba sin parar, guiada por la brújula de su corazón. Le aterraba lo que encontraría dondequiera que el destino los llevara. Todo indicaba que Eric alcanzaría a Alonso exactamente en el lugar en el que estaban. Las rocas alrededor y un camino tortuoso y húmedo hacían que todo pareciera aún más lento para ella. Los árboles delgados, no muy frondosos, no le llamaban la atención. Sin embargo, al llegar a lo alto de un paso, Isabel vio lo que más temía.

—¡Allá! —Señaló hacia el claro cercano a un acantilado.

Cinco hombres en movimiento sobre una especie de terreno pedregoso se movían en pasos que reproducían una danza peligrosa, como leones listos para abatir a una presa.

Espoleando los caballos, Isabel y Zalo partieron hacia el lugar. En cierto punto, ella ultrapasó a su amigo, dejando que su corazón desesperado la guiara de acuerdo con la escena que se desarrollaba frente a ella.

Eric, que estaba siendo sostenido por dos hombres, fue golpeado en el estómago por Alonso. Un grito salido del alma de Isabel llamó la atención de los hombres. Ella se interpuso en el claro frente a los hombres que sostenían a su marido, haciendo que lo soltaran ante la amenaza del caballo.

—¡Sube! —le gritó a Eric, que se encontraba impactado por su llegada.

El ruido de un disparo se hizo presente. Antes de que Eric pudiera montar sobre el animal, el caballo se asustó con el disparo, se encabritó y lanzó a Isabel al suelo, escapándose enseguida.

—¡Isabel! —gritaron Eric y Zalo.

Zalo, al bajarse del caballo, vio su carrera interrumpida por tres de los matones de Alonso. Lo sujetaron por los brazos, mientras uno le apuntaba con un puñal.

Eric se arrodilló, tocando a su esposa en todos los lugares y llamándola por su nombre.

—Isabel, háblame, mi sol.

—Estoy bien… estoy bien.

Una risa se escuchó a pocos metros de distancia. Aún con la pistola en la mano, Alonso los observaba con ojos atentos.

—No sé qué es más tentador, hermano. Dispararte a ti o a lo que amas —dijo con una sonrisa en el rostro que no emanaba ni un poco de simpatía—. Ah, los últimos Casanova que quedan en mi camino.

—¡Mataste a Don Guillermo! —gritó Isabel, levantándose con la ayuda de Eric—. No te atrevas a negarlo.

—¿Por qué lo negaría? No viviréis mucho más para contarlo. —Su pistola apuntó nuevamente hacia la pareja.

—Al final, ¿es locura o avaricia lo que te mueve? —preguntó Eric.

—Si quieres saber si estoy arrepentido… no lo estoy.

Un golpe sordo se escuchó. Isabel y Eric buscaron la causa del ruido y vieron a Zalo en el suelo, recibiendo patadas de los hombres.

—¡Haz que tus hombres dejen de golpearlo! —ordenó Eric a su hermano con voz firme.

—¿A cambio de qué? —Alonso abrió los brazos, sonriendo nuevamente.

—¡Solo ordénalo! —vociferó Eric.

La escena que siguió se desarrolló de forma inesperada.

Isabel dio un paso atrás, llena de dolor por ver a su amigo siendo golpeado a pocos metros de ella. A su lado, Eric la acompañó, observando por primera vez el acantilado justo detrás de ellos.

—Es hora de terminar con esto. —Con los ojos fijos en su hermano y en Isabel, Alonso los apuntó con la certeza de que sería la última vez.

—Eric, nos va a disparar —murmuró Isabel, aprensiva.

—¿Confías en mí? —respondió él en un susurro, mirando el mar otra vez.

—¡Con mi vida! —contestó.

Alonso apretó el gatillo al mismo tiempo en que ambos saltaron al océano.

Eric Casanova era un hombre escéptico para muchas cosas. De niño, convenció a sí mismo de que Dios no existía. Con el tiempo y las idas a misa, aprendió a rezar y, cuando enfrentó su primera tormenta en alta mar, aprendió lo que era tener fe.

Comenzó a creer que era un niño amado al ver que sus padres no le pegaban por hacer travesuras, a diferencia de otros niños de su edad. Y comenzó a creer en Isabel cuando ella, en medio a sus delirios por la fiebre y el dolor, le prometió hacer lo posible para salvarlo, aunque no fuera médica.

Ahora, Eric aprendía con Isabel que era posible que un hombre amara a una mujer. Tan fuerte y tan intensamente que le dolía el pecho solo con pensar en ella. Tan fuerte y tan desmedidamente que la idea de algún día estar sin ella le retorcía la mente. Tan fuerte y tan cálidamente que sabía que amar era una cuestión de vida o muerte y que, aunque pasen los años, los amores corroen y matan, pero nunca mueren.

Tuvo esta certeza en el exacto momento en que abrió los ojos bajo el agua. Extendió los brazos y no la encontró muy lejos, sino que forcejeando y hundiéndose en el mar. La tomó en sus brazos y acercó su cuerpo al de ella, calmándola y empujando sus cuerpos de vuelta a la superficie.

Con un suspiro profundo, Eric vio como Isabel volvía a respirar cuando su rostro alcanzó el aire de la superficie nuevamente y, al contemplar el acantilado del que vinieron, observó a su hermano mirándolos con una promesa mortal en los ojos, después de que su disparo fallara.

—¡Eric! —susurró con voz llorosa—. Tuve tanto miedo... tanto miedo de que algo te pasara. —Puso los brazos alrededor de los hombros de su marido—. ¿Estás herido? ¿Te duele algo?

—Creo que soy yo el que debería hacer esa pregunta. ¿Estás bien, mi sol?

En respuesta, ella lo abrazó con cuerpo y alma. Se quedaron entrelazados en medio de las suaves olas, con los latidos de sus corazones y la certeza de que se pertenecían en la vida y en cualquier lugar al que fueran, siempre que estuvieran juntos.

—¡Saltamos de un acantilado! —dijo ella entre las saladas embestidas del agua en su rostro.

Eric se rio junto a su oído, al que ella lo acompañó. Juntos, se pusieron a carcajear.

—¿Qué es tan gracioso? —Fue la voz de Zalo que resonó desde lo alto del acantilado. Los amantes miraron hacia arriba y lo vieron inclinado, con moretones en el rostro—. Tal vez debería dejarlos por ahí, ya que siempre me tocan las peores partes a mí.

Eric hizo un gesto a su amigo.

Con la ayuda de cuerdas y de los caballos, Eric e Isabel fueron izados de vuelta a tierra firme después de nadar un poco hasta el lugar más propicio para regresar arriba.

—¡Eres nuestro ángel de la guarda, Zalo! —dijo Isabel, abrazando al amigo con cuidado y dándole un beso en la mejilla, mientras él seguía refunfuñando.

—¡Estoy más para un pelele! —murmuró, caminando despacio a causa de sus heridas.

—¿Y esos malditos? —preguntó Eric, después de descansar un poco bajo la sombra de un árbol.

—Se fueron, como los cobardes que son, en cuanto caísteis al agua. Por cierto, haced el favor de avisar la próxima vez que vayáis a hacer algo así mientras sirvo como distracción. Uno no puede fingirse de muerto todo el tiempo.

—Gracias, mi amigo. Sabes que nunca podré pagar todo lo que haces por mí.

Zalo solo asintió.

El regreso a casa fue lento, con los caballos cansados, sobre todo porque Eric e Isabel compartían el mismo animal. Zalo estaba exhausto y tenía el cuerpo dolorido, mientras que la pareja tenía las ropas húmedas y pesadas por la caída al agua. Por ello, decidieron parar en una posada a mitad de camino para obtener ropa seca, vendajes y comida. También consiguieron un coche de alquiler, que los llevaría de vuelta a casa con mayor comodidad, aunque Zalo prefirió seguirlos a caballo, de forma solitaria.

—¿Te encuentras bien?

—Ya me has hecho esa pregunta mil veces, mi sol. Estoy bien. A pesar de que las circunstancias pudieran indicar lo contrario.

—Perdóname, pero es que me preocupas. Alonso está enfurecido y…

—Alonso mató a nuestro padre, Isabel, y tendrá que pagar. Eso es todo. No volverá a apuntarte con un arma jamás—. Su mandíbula se apretó al decir esas palabras.

—¿Qué piensas hacer? —Sostuvo la mano de su marido a su lado mientras observaba como los rayos de sol de la tarde penetraban el fino vitral del carruaje.

—Haré lo que debí haber hecho hace mucho, lo denunciaré a las autoridades. No hay más misericordia entre nosotros después de hoy.

—Siento mucho que todo haya llegado a este punto. —Apretó sus dedos entre los de él, quien tomó su mano y le quitó el guante para besarla con suavidad.

—Isabel, ¿sabes lo dulce que eres? —Llevó sus labios al brazo desnudo, no dejando una sola parte sin sus besos—. Temer por tu vida no me hace bien a la salud… Siente mi corazón. —Puso la mano de su esposa en su pecho, ahora cubierto por ropas más sencillas que le dieron en la posada.

—Va… muy rápido —susurró.

—Late por ti, mi sol. —Rozó su mejilla con las manos callosas de alta mar, le sonrió con los ojos y tuvo la certeza de que la amaba con el corazón.

Eric besó a Isabel, olvidando las adversidades y los obstáculos del camino. En sus ojos, encontró justicia, compañía y cariño, cosas que anhelaba y admiraba en una mujer. ¿Cómo podría él darle a esta mujer todo lo que ella merecía y ni siquiera soñaba querer? Los brazos de Isabel eran su refugio, su faro y un puerto seguro. Isabel Casanova era su única familia, su hogar. Que Dios lo ayudara, pero quería tenerla allí mismo, clandestinamente en un carruaje en medio del camino. Su sentimiento por ella era tan fuerte que lo hacía olvidar lo correcto y lo incorrecto, la moral y las reglas. Si pudiera, ellos mismos escribirían su libro de buenas maneras en un mundo

solo para los dos, para que cada momento como este pudiera ser vivido para siempre.

La mantuvo en sus brazos hasta que el carruaje se detuvo frente al Palacio Casanova. Ella dormitaba mientras él le murmuraba palabras amables al oído y besaba delicadamente su rostro, demostrando su amor a cada instante.

—Ya llegamos —le susurró al oído cuando el coche se detuvo.

—Por fin en casa —murmuró su esposa—. Gracias, querido —agradeció cuando él la ayudó a bajarse del vehículo.

Acababan de pasar por el portón cuando la ama de llaves los alcanzó corriendo, viniendo directamente de la casa.

—Don Eric, Doña Isabel… finalmente llegaron. —Jadeaba.

—Por los santos, mujer... ¿qué sucede?

—El señor Alonso… está en la casa con los guardias y está buscando algo.

Tras un intercambio de miradas, Eric e Isabel avanzaron hacia el interior de la casa con Zalo justo detrás.

—Maldito sea, ¿qué estará tramando ahora? —murmuró Eric al entrar—. ¡Pero qué diablos pasa aquí! —vociferó al encontrar a varios hombres de la guardia junto a Alonso en el salón principal.

—Don Eric Casanova… Lamento informarle, pero usted está en graves problemas. —Era el jefe de la guardia quien se acercaba a él con brusquedad—. Al parecer, la muerte del barón, que Dios lo tenga, no fue natural.

—Por los cielos, estaba a punto de buscarlo para decirle exactamente eso y… —Eric se adelantó, pero el hombre lo interrumpió.

—Dejemos eso, señor barón. Desafortunadamente, tendré que arrestarlo.

—¿Qué? —gritó Isabel mientras todos los empleados murmuraban. Zalo se acercó a la esposa de su amigo, interponiéndose entre ella y el resto de los guardias.

—¿Acaso se puede saber bajo qué acusación?

—Deje que yo mismo se lo revele, hermano. —Con la mirada fija en Eric, Alonso se acercó pomposamente—. Estuve hablando con mi carísimo amigo y compañero de la guardia acerca de mis sospechas

sobre la muerte de nuestro padre. Él tuvo la idea de revelarlas a usted, el nuevo barón. —Las últimas palabras fueron dichas como si las saboreara—. Sin embargo, cuál fue nuestra sorpresa cuando, mientras esperábamos por tu llegada, derramé descuidadamente el café sobre mí y me encontré con un frasco de estricnina entre tus cosas, amado hermano.

—¿Cómo explica esto, Don Casanova? —preguntó el jefe de la guardia.

—Eric, no respondas —gritó Isabel, apoyada por Zalo, que observaba todo con la peor de las caras.

Un silencio se apoderó del salón.

—Pues, muy bien, señor barón, me temo que lo que nos queda por hacer es llevarlo para que se explique directamente ante las autoridades.

Eric sabía que su hermano lo había enredado en una trama sórdida que podría costarle muy caro, pero no podía perder la cabeza ahora.

—Eric, no, eres el barón, no pueden llevarte preso —dijo Isabel entre lágrimas cuando los hombres rodearon a Eric y lo esposaron.

—Tranquila, mi sol. Zalo, contacta a los abogados, a todos. Haz lo que sea necesario.

—Vamos, señor barón. Desafortunadamente, tendré que llevarlo así —dijo el jefe de la guardia, al que Eric simplemente asintió.

—Eric, no... Esperad, estáis cometiendo un error.

—Deja que las autoridades actúen, querida cuñada. —Alonso tiró de Isabel por el brazo cuando ella intentó interponerse entre los guardias y Eric.

Con agilidad, Zalo le dio un puñetazo al hombre.

—No la toques —dijo. Alonso se limpió la sangre de la nariz.

El jefe de la guardia, sorprendido, observaba la escena.

—Señor Alonso, ¿le gustaría reportar esto?

—Mejor no, querido… Ese de ahí, no importa cuánta sangre azul corra por sus venas, no es más que otro salvaje.

Eric fue llevado por los guardias, mientras los gritos de Isabel fueron silenciados por los brazos amistosos de Zalo. Los empleados

observaban la escena con pura incredulidad y tristeza por el barón y la baronesa.

—Bueno, creo que es mejor que me quede, ya que ahora no hay nadie para cuidar de la casa y de los negocios de la familia. —Alonso se enderezó ante los empleados—. Avisad a todos que hay un nuevo Casanova en el comando y…

—¡Maldito! —Isabel cruzó la distancia entre ambos y le dio una bofetada a su cuñado—. ¡Desgraciado! ¡Tú mataste al barón, eres un asesino! ¡Eric no va a pagar en tu lugar! —Comenzó a golpearle el pecho repetidamente mientras hablaba—. No te mereces este apellido, no mereces nada…

Fue Zalo quien, tras unos instantes disfrutando de la visión de Alonso recibiendo golpes, aunque fueran de una mujer, volvió a sostener a Isabel.

—Tú, de una dama, no tienes nada. Jamás llegarías al porte de una baronesa. Pero me gusta tu forma de ser, tienes fuego. Podrías ser mi amante y, si eres lo suficientemente dócil cuando te toque, te prometo el doble de lujos que te daba mi hermano.

Isabel escupió en dirección al hombre.

—Trágate tus sucias propuestas y muérete con tu veneno —dijo entre dientes—. Laura, ayúdame a reunir mis cosas. Me voy de esta casa ahora mismo —llamó a la criada y se dirigió a la escalera.

— ¡Eh, eh! Si no estás dispuesta a quedarte, no llevarás nada que haya pagado el dinero de los Casanova… Mi dinero.

Altiva, Isabel regresó y miró fijamente al hombre frente a ella. Nunca había conocido a una criatura tan despreciable.

Se despidió de los empleados y se marchó llevando solamente el hatillo de ropa que había traído de la posada. No le importaban las cosas materiales. Ahora, tenía el mayor desafío de su vida.

CAPÍTULO
VEINTE

Eric Casanova llevaba tres días en prisión.

El tiempo exacto de noches que Isabel llevaba sin dormir. Explicar su situación a su tío fue humillante, pero recibir el abrazo cariñoso del hombre que la acogió de vuelta sin pensarlo dos veces fue como un bálsamo de esperanza.

Pasaba las horas entre bordados con Letizia, practicando el lanzamiento de cuchillos con Juana, o haciendo cualquier otra actividad que no la dejara completamente loca con su situación. Recibía noticias de Eric por Zalo, que visitaba furtivamente al amigo en el puesto de la guardia civil.

—Muy bien, otro bordado con el que no llegaré a ninguna parte… —suspiró, entregando sus hilos a Letizia. Juana la observaba en silencio.

—Te estás exigiendo demasiado.

—Perdón por no poder ayudarte con tu ajuar, prima.

—No hay ningún...

—¡Buenas tardes! —La voz de Zalo se hizo presente en la sala e interrumpió a Letizia.

Isabel vio que la criada le recibía y se levantó rápidamente.

—¿Noticias de Eric? —preguntó, olvidándose de las buenas maneras.

—Sí, traigo algo más que noticias. Laura y los demás criados enviaron tus cosas en hatillos, escondidas de… bueno, ya sabes

quién. —Víctor entró en el salón cargando dichos hatillos y saludando a todas con una inclinación de cabeza.

—Me alegra la lealtad de todos en esa casa.

—Voy a mostrarles dónde deben guardar tus cosas, prima — dijo Letizia, levantándose—. ¿Vamos, Juana?

La dama de compañía se puso de pie, pero observaba al invitado con cuidado, como si estuviera indecisa.

—Con permiso —dijo, dejando la sala antes de Letizia, que la siguió.

—Zalo, ¿te gustaría beber algo?

—No, Isabel, muchas gracias. De hecho, tengo un poco de prisa.

—La verdad, amigo mío, es que me faltan palabras para agradecer todo lo que has hecho por mí y por mi marido.

Él hizo un gesto de poca importancia.

—Sabes que jamás los abandonaría en un momento así.

—Muy bien, cuéntame las novedades.

—Conseguí una manera para que visites a Eric.

—¡Ah, por Dios! Eres un ángel, Zalo, muchas gracias. —Corrió y lo abrazó con los ojos llorosos.

—No soy tan angelical. Tuve que sobornar al doble de guardias para conseguir algo.

—¿Necesitas dinero? Sé que, con Eric en la cárcel, los pagos deben estar atrasados… Ahora que las joyas están en mi posesión otra vez, puedo vender algunas cosas y…

—No, Isabel —negó él incisivamente—, no lo necesito. Eric me puso al tanto de todas las transacciones y cuentas necesarias para manejar todo. Jamás me perdonaría si aceptara que hicieras algo así con tus pertenencias.

—¡Ustedes, los hombres, siempre tan orgullosos! —Se puso los ojos en blanco—. Entonces, ¿cuándo podré verlo?

—Mañana por la mañana, durante el cambio de turno. No tendrás mucho tiempo, Isabel, tenlo en cuenta.

—No me importa, solo necesito verlo.

—Muy bien, prepárate para mañana a primera hora.

Ella asintió.

Las horas continuaron arrastrándose para Isabel, con la diferencia de que su corazón palpitaba a cada instante con la firme certeza de que vería a Eric. El día se fue y la noche llegó, trayendo aún más angustia y ansiedad a su pecho.

—¿No puedes dormir? —preguntó Juana al entrar en el estudio con una lámpara en las manos. Usaba una camisa de dormir y un gorro que escondía su cabello.

—Dormir se ha convertido en un lujo para mí. Perdona si mi insomnio te ha molestado de alguna manera —respondió Isabel.

—Sé que tu situación es difícil… en tu lugar, no puedo imaginar cómo estaría yo. —Isabel solo asintió—. ¿Y el señor Zalo, ¿cómo está?

Isabel entrecerró los ojos observando a la amiga, quien bajó la cabeza y parpadeó varias veces.

—Bien… creo. Él vendrá otra vez mañana, ¿por qué no le preguntas tú misma?

Juana solo se encogió de hombros, desinteresada. Sus ojos recorrieron las estanterías del estudio, ojos agudos y curiosos sobre los libros. Un suspiro profundo resonó en la habitación. En silencio, Isabel se levantó y buscó un ejemplar en una de las estanterías.

—Tal vez deberíamos leer algo para pasar el tiempo —llamó a la joven para sentarse a su lado en el mueble. Juana dio pasos vacilantes, pero se sentó junto a la amiga—. Este libro fue escrito por una mujer y, adivina, tiene el mismo nombre que tú —la dama abrió los ojos de par en par—, Sor Juana Inés de la Cruz, es como se llama. Ella tiene poemas hermosos.

Isabel leyó el primer párrafo y le entregó el libro a Juana.

—No sé si puedo.

—Vamos, te ayudo, si quieres.

—¿Me ayudarías? ¿Por qué?

—Porque leer es importante… es como si todo un mundo existiera justo aquí… en nuestra cabeza. Es como ir a nuestro lugar favorito y sentirse feliz.

Con los ojos llenos de lágrimas, Juana respondió:

—Ellos se reían de mí…

—¿Quién se reía?

—En la hacienda donde crecí. Todos eran muy buenos conmigo, y Don Ramiro pedía que estudiara junto a los hijos de los peones, pero me tropezaba un poco, no podía seguir el ritmo de las clases… y les parecía graciosa mi manera de leer.

—Toma mi mano si quieres. Estoy aquí para ayudarte, ¿de acuerdo? Prometo que no soltaré ni una risa. Quiero que leer sea tan maravilloso para ti como lo es para mí.

Juana respiró hondo y tomó la mano que Isabel le extendía. Un acto de confianza que cambiaría su vida para siempre.



El puesto de la guardia civil contaba con pocos hombres al comienzo de la mañana del día siguiente. Con un vestido gris oscuro de cuello alto, además de una mantilla que cubría bien sus cabellos rubios y ocultaba un poco su rostro, Isabel, del brazo de Zalo, pasó con la cabeza agachada entre los guardias.

—¡Eric! —sus ojos brillaron al verlo, incluso en aquella celda fría y sucia.

—Isabel… ¿Qué haces aquí, mi sol? Este no es lugar para ti. —Con pasos largos, se acercó a las rejas y tocó las manos de su esposa mientras observaba que su amigo levantaba los brazos en un gesto de rendición.

—Mi lugar siempre será donde tú estés. —Besó las manos de su marido con cariño y añoranza—. Traje comida y ropa, además de cobijas. Imagino lo frío que debe ser este lugar… Ah, Eric, no sabes cuánto sufro al verte aquí.

—Shhh, está bien… todo está bien.

Con un carraspeo, Zalo los interrumpió.

—Con permiso, estaré al final del pasillo por si me necesitan. —Eric e Isabel solo asintieron.

—Sé que estás preocupada, pero soy optimista. Los abogados están hablando con el juez, pronto estaré en libertad. No te preocupes.

—Dios quiera que así sea. —Le tocó el rostro, sintiendo la barba de días sin afeitar bajo su piel.

—Zalo me ha mantenido al tanto de todo lo que ha sucedido. Estoy molesto de que hayas salido de nuestra casa, pero al mismo tiempo me alegra que estés segura con tu tío.

—Los empleados enviaron mis pertenencias en secreto a la casa del tío Ramiro. Son personas muy valiosas en manos de tu hermano, Eric.

Él caminaba por la celda con las manos en la cabeza.

—No sabes lo impotente que me siento con toda esta situación. Mi hermano es un canalla, Isabel. Juro que, cuando salga de aquí, lo haré pagar por lo que hizo a nuestro padre. —Sus manos se apretaban en puños cerrados.

—Eric…, tu hermano te quiere más que lejos.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Sabes lo que quiero decir. Necesitamos estar preparados… para cualquier cosa. No se detendrá solo con esto.

—Sí, lo sé. Por eso estoy feliz de que estés segura fuera de la mansión, al menos por ahora… Zalo me ha hablado de lo que debemos hacer en caso de que no pueda probar mi inocencia a tiempo.

—¿A tiempo de qué?

Él regresó cerca de ella y tomó sus manos nuevamente, besándolas con delicadeza.

—No te preocupes, mi sol, todo saldrá bien. De cualquier forma, estaré libre. —Tocó sus mejillas sonrojadas, mientras Isabel dejaba caer la mantilla sobre los hombros—. Solo Dios sabe lo afortunado que soy por haberte encontrado, cariño. Me niego a irme tan pronto.

—Y yo te prohíbo ir a cualquier lugar sin mí. —Con los ojos llorosos, ella sonrió—. Necesito decirte algo. Algo que llevo dentro de mí desde hace mucho tiempo… pensé que era admiración, cariño… pero que crece y duele cada vez que no estás y me hace pensar en ti a cada instante…

Él la tomó y la besó a través de las rejas.

—Eric… ah, Eric…

—Isabel…, ¿puedes decirme qué es esto?

—¿Esto qué?

—Esto. —Elevó la mano de Isabel hasta su corazón—. Cuando te pienso, me duele. A veces, de una manera buena, a veces, de una manera mala. Siento algo que crece cada día aquí dentro… Casi puedo escuchar mi corazón bombeando directamente a mis venas. Tal vez, si me hago un corte, podrías verte reflejada en mi sangre. Te tengo dentro de mí, Isabel. Es diferente de todo lo que he sentido antes. Y nunca, en ningún momento, puedo sacarte de aquí. — Tocó su propia cabeza—. Dime… ¿qué es esto?

—Lo sé… sé exactamente de lo que hablas… Eric, siento lo mismo. Creo que ya es más que hora de que sepas que yo t… —No la dejó terminar la frase, callándola otra vez con un beso.

—Lo sé… créeme, lo sé. Y todo lo que es mío, lo tienes de vuelta. —Él sostenía su mano sobre su corazón, como si de esa forma le estuviera entregando su propia vida.

—Eric, necesito decírtelo... —ella habló entre los besos cuando él volvió a atormentar su boca.

—Cuando seamos libres... nos lo diremos el uno al otro —afirmó, mirándola a los ojos de una manera tan solemne que no podría tomarse como menos que un juramento.

—Cuando seamos libres —susurró ella, tocando su rostro y volviendo a besarlo.

Dos días después, tras largas noches de insomnio pasadas en la biblioteca junto a Juana, o interminables sesiones de bordado con Letizia, Zalo entró nuevamente en el salón de la mansión de los Fuentes con noticias de Eric. Isabel lo condujo al estudio de su tío una vez más.

—No pareces muy feliz —observó Isabel.

—El desgraciado es más influyente de lo que pensábamos.

—¿Qué estás tratando de decirme?

—Estoy diciendo que el juez se negó a liberar a Eric. El juicio se adelantará, a puertas cerradas.

—¡Ese gran imbécil, si no fuera alguien de la familia, maldeciría el día en que nació!

Zalo levantó una ceja al escucharla maldecir.

—Eso no es todo, Isabel.

Con la mano sobre el escritorio de su tío, ella hizo un gesto hacia el único amigo que les quedaba a ella y a su marido.

—Adelante, nada puede ser peor que esto... ¿o sí?

—Todo juega en su contra. Hay grandes posibilidades de que sea condenado, Isabel... Probablemente lo ahorquen.

— No... no... —El aire escapó de sus pulmones por un instante y ella jadeó—. No podemos permitir esto, Zalo. Él no puede morir. ¡Eric no puede morir!

—Escucha, Isabel… necesito que mantengas la calma. —Él la sostuvo por los hombros—. Sé que todo parece muy difícil, pero lo más importante es pensar en una forma de ayudar a Eric.

Eric está preso… tal vez sea ejecutado por la mentira de Alonso… —pensaba Isabel mientras trataba de no gritar, desesperada.

—¿Cuándo te enteraste de esto?

—Los abogados se lo informaron esta mañana… pero él sabe del riesgo de ser ahorcado desde que fue encarcelado.

Ella respiró hondo.

Esta vez, no permitiría que Eric tomara todas las decisiones solo. Él se lo había prometido, y tendría que cumplir.

Serían los dos contra todo.

—Zalo, necesito que arregles todo para que pueda verlo otra vez.

—No creo que sea una buena idea, Isabel… está más complicado y…

—Lo haré con o sin tu ayuda, y lo sabes. —El hombre se rascó la cabeza, rendido—. Y esta vez no rechaces las joyas… las necesitarás.

Fueron dos días más para que los arreglos se pudieran hacer y Isabel pudiera visitar a su marido otra vez. Esta vez, vestía un recatado vestido azul sobre una blusa blanca de mangas largas que se cerraba con un camafeo y se abotonaba por delante. Una ropa fácil de quitar. El camino hasta el puesto de la guardia civil se hizo en silencio. Isabel Casanova tenía una estrategia y necesitaba convencer a su marido de todas las formas posibles.

El aire de la prisión la enfermaba. Cuando el guardia la llevó junto a Zalo a la celda de Eric, ella sonrió inmediatamente.

—¡Ábrela! —ordenó al guardia con su tono más autoritario de baronesa. Respirando hondo, entró en la celda. —¿Podríais dejarnos solos a mi marido y a mí?

Sin decir por favor, se recordó a sí misma que los nobles no pedían permiso o perdón por sus actos. Eric la observaba con los ojos radiantes y cansados a la vez.

El guardia y Zalo les dieron la espalda y se alejaron unos pasos de la celda. Inmediatamente Isabel empujó a su marido contra la pared y empezó a desabrocharse el vestido.

—Isabel, ¿qué haces?

—No importa lo que haga, solo escúchame. —Sostuvo su rostro, lo besó y, por un instante, se dejó llevar por la añoranza y la pasión. Los labios de su marido eran cálidos y sabrosos, le hacía falta su abrazo por la noche y echaba de menos los quehaceres matrimoniales. Se sonrojaba al pensarlo, pero no al exponer la parte superior de su pecho.

Eric gimió alto.

— Isabel, cuánto extrañaba tus labios, mi sol...

—Eso… sí… —ella gritó y, luego, sonrió a su marido, quien la miró con los ojos muy abiertos—. Pase lo que pase, deben pensar que estamos haciendo algo en esta celda —dijo, sacando la camisa de su marido de dentro de sus pantalones, mientras él intentaba inútilmente detenerla—. ¡Eric! ¡Oh, bésame! —Ella suspiró alto y se escuchó un carraspeo desde el pasillo.

—Creo que debemos darles un poco más de privacidad… —Se escuchó la voz de Zalo y, enseguida, el resonar de botas que se alejaban.

—¿Qué estás haciendo?

—Zalo me contó todo sobre tu juicio y tu probable condena. —Eric hizo una mueca—. No lo culpes, lo descubriría de cualquier manera. Escúchame, y escúchame bien: tengo un plan.

Se detuvo para besar a su marido una vez más y, luego, le contó todo lo que su mente había estado planeando en los últimos días.

CAPÍTULO

VEINTIUNO

Fueron necesarios trece días para que todo estuviera arreglado, pero el momento en que Eric se escaparía de la prisión finalmente había llegado. Esa era la noche en que Isabel vería a su marido fuera de las rejas. Apenas podía creerlo. Con la ayuda de Víctor, dejó la mansión de los Fuentes justo después de la cena, mientras todos se retiraban a dormir.

Tanto Zalo como ella habían tomado muchas precauciones en los últimos días para evitar que el juicio parcial de Eric ocurriera esa noche. No había dudas de que sería condenado. La ansiedad hizo que Isabel no notara que el carruaje se detenía poco tiempo después de iniciar el viaje.

—¿Ya llegamos? —preguntó al joven frente a ella. Víctor se encogió de hombros, pero puso la mano sobre la pistola en su cintura. La puerta del coche se abrió con violencia, y los ojos de Isabel se agrandaron cuando apareció un rostro conocido.

Juan, el matón de Alonso. Ella gritó cuando él le dio un puñetazo en la mandíbula a Víctor, haciendo que el joven se desmayara.

—Vamos, querida... ¿pensaste realmente que tus joyas bastarían para que mis guardias me fueran desleales? —fue Alonso quien habló cuando ella fue sacada del carruaje.

—¿Dónde está Eric? —preguntó, nerviosa.

—Eres la garantía de que él vendrá a mi encuentro.

Los bandidos de Alonso ataron las manos y los pies de Isabel mientras ella se debatía en la calle desierta. Cuando la empezaron a

cargar como un saco sobre la espalda de uno de ellos, supo que la única cosa que tenía que hacer era esperar el momento adecuado para actuar y rezar para que Eric la encontrara y no sucediera nada peor.



Los hombres bajaron por las escaleras traseras de la prisión. La cálida noche los hizo sudar mientras corrían, alejándose del edificio. Todo lo que Eric podía pensar era en estar lejos de allí, en los brazos de Isabel, al menos una vez más.

Montaron los caballos que los esperaban a unos pocos metros de la estación de la guardia civil y se fueron hacia el Puerto de Sevilla. El camino fue silencioso. Trataban de no llamar la atención, aunque fuera de noche y. en la ciudad bulliciosa, solo aquellos que no debían ser encontrados se mostraban. Nadie digno de buena reputación paseaba por la ciudad durante la noche, pero la buena reputación del nuevo barón ya había sido manchada hacía mucho.

El puerto estaba tal y como Eric esperaba, lleno de gente y de barcos listos para zarpar. Era un lugar algo sucio, con hombres gritando todo el tiempo y cualquier tipo de cosas paseando en cajas y jaulas. Subió a bordo del barco Casanova con ansiedad, solo para encontrar a sus hombres cabizbajos y a Víctor, encargado de buscar a Isabel en la casa de los Fuentes, con un gran moretón en el rostro.

Sintió dolor en el estómago.

—¿Dónde está ella?

—Patrón, perdóneme, le fallé —gimoteó el pobre muchacho.

— ¿Dónde está ella, demonios? —Lo agarró por el cuello.

—Cálmate, Eric, déjalo hablar primero —intercedió Zalo.

—Estábamos en camino, la señora venía en una carreta desconocida, pero fuimos interceptados y se la llevaron.

—¿Quién se la llevó, hombre? Dilo...

—Los bandidos, matones de su hermano —balbuceó el joven.

—¡Alonso, maldito! Lo mataré si tocan un solo cabello de ella.

—¿Imaginas a dónde podrían haberla llevado? —preguntó Zalo al amigo.

—Solo hay un lugar a donde se atrevería a llevarla. A la mansión.



ISABEL ESTABA cansada de estar sentada con las manos y los pies atados. La mordaza en la boca también le dolía por estar mal colocada. No había ningún empleado, Alonso seguramente se había asegurado de eso; el silencio por todo el ambiente lo demostraba. Estaba encerrada en el despacho de la mansión, mientras Alonso paseaba por la casa.

Trató de aterrorizarla varias veces sobre un cruel destino junto a Eric en caso de que no reconsiderara su propuesta inmunda.

Maldito desgraciado.

Recordó el puñal que traía oculto en su bota derecha, gracias a una breve lección de Juana. "¿De qué te sirve saber lanzarlo, si nunca lo llevas contigo?", había dicho la joven amazona, a quien Isabel había aprendido a admirar y amar con todo el corazón.

Escudriñando el silencio de la casa y sintiéndose segura para dar el próximo paso, Isabel llevó las manos atadas por debajo del dobladillo del vestido y sacó el puñal, llevándolo directamente a la fina cuerda que le ataba las muñecas. Soltándose con rapidez, fue el turno de liberar los labios de la mordaza, para luego desatarse los pies.

Bendita seas, Juana —pensó.

Caminando rápidamente hacia la puerta, pensaba en cuál sería su próximo obstáculo y cuál sería el camino más seguro para salir del palacio. Cuando su mano tocó la manija dorada de la puerta, escuchó la voz de Eric, seguida de un disparo. El corazón dejó de latir en su pecho, tomado por el temor.



—Dime dónde estás, rata de dos patas, o juro por Dios que no fallaré en el próximo disparo.

Fumándose un cigarro, recostado en uno de los sillones del salón principal, se encontraba Alonso, que no movió ni un centímetro del cuerpo con la llegada de su hermano.

—¿Por qué todo contigo tiene que ser tan dramático? —dijo, para reírse a carcajadas después—. Además, ¿no deberías estar en otro lugar? Detrás de las rejas, por ejemplo...

—No tengo tiempo para tus juegos. ¿Dónde está Isabel?

—Isabel, Isabel... ¿Qué hay en esa maldita ramera que te hace perder la cabeza? Creo que podrías hundir tu propio barco y te importaría menos que lo que le ocurre a esa... señora.

—No voy a preguntar otra vez, Alonso. —Eric apuntaba la pistola fríamente al menor de los Casanova.

—¿Dónde está el fanfarrón que siempre te acompaña? ¿Crees que no sé que planeas una de las tuyas?

—Gonzalo está afuera, lidiando con tus matones. No soy un cobarde como tú, resolveremos esto entre nosotros dos.

—Muy bien —se puso de pie —, pero no traigo espadas esta vez, hermanito, solo la inteligencia de quien siempre estará un paso adelante de ti.

—¡No necesito armas para acabar con esto! —bramó Eric y se lanzó contra su hermano, dándole un puñetazo en la mandíbula, dejándolo aturdido por un instante.

Poniéndose en guardia, como en las peleas de boxeo clandestinas, Eric esperaba a que su hermano se recuperara para darle otro golpe en la cara, cuando una voz desesperada lo golpeó de lleno:

—¡Eric! —Era Isabel, que venía directa del pasillo.

—¡Isabel! —respondió, apartando la mirada de Alonso por un momento.

Solo un momento, pero luego sintió el destello del golpe recibido en su sien izquierda. Isabel gritó desesperada y se acercó a su esposo solo para ser empujada a un lado por Alonso.

—¡Si quieres pelea, tendrás pelea! —dijo Alonso, limpiándose la comisura de la boca.

Recostada contra una columna, Isabel veía el duelo entre los hermanos Casanova y su garganta se apretaba con el desarrollo de las escenas frente a ella. Aprovechándose de la ventaja del golpe dado por sorpresa, Alonso agarró a su hermano por el cuello y golpeó la cabeza de Eric contra la pared, haciéndolo gemir de dolor.

El Barón de Altamira cayó al suelo de rodillas mientras su frente empezaba a sangrar. Supo que esa era una lucha de vida o muerte cuando su hermano lo golpeó sin piedad en el estómago con su pesada bota.

Respirando con dificultad y con los ojos muy abiertos, Eric observó con puro terror cómo Isabel se acercaba a Alonso mientras este se cernía sobre él con un jarrón de cerámica.

—¡No! Alonso, no, te lo suplico. No hagas esto —rogó Isabel, agarrándose a las rodillas del hombre.

—Temo decir, querida, que cuando todo esto termine, ya no seré tan generoso en mi propuesta. —Él la empujó, haciendo que cayera de espaldas al suelo con un ruido sordo.

—¡Quítale tus sucias manos de encima! —vociferó Eric al levantarse y tirar de su hermano para pegarle un puñetazo que le dio de lleno en la nariz.

Alonso Casanova gritó de dolor, pero Eric no interrumpió la embestida, desatando una sucesión de golpes contra el rostro de su hermano.

Isabel, que veía la escena con los ojos fijos, se arrastró hasta otra columna, donde permaneció observando todo con el corazón palpitante.

Con el rostro cubierto de sangre y caído en el suelo, Alonso se echó a reír.

—¿Qué es tan gracioso? ¿Lo patán que eres? —preguntó Eric entre dientes.

—No —se controló el Casanova más joven—, ¡lo predecible que eres! —Se levantó con la rapidez que sus heridas le permitían.

Se acercó a Eric con los ojos brillando de furia controlada.

—Estás tan seguro de ti mismo, de tu justicia, de tu honor… que me permites acercarme, incluso en una situación así —murmuró Alonso—. ¿No te das cuenta de que no quiero herirte? ¡Quiero matarte! —Dicho esto, llevó las manos con agilidad al cuello de Eric, empujándolo contra la pared más cercana, sin importarse con los objetos en el camino.

Las manos de Alonso apretaban el cuello de Eric, para el terror de Isabel. Los hermanos se miraban con el más elevado grado de animosidad que aquel salón podría soportar. Como dioses del Olimpo peleando en favor de sus imperfecciones, riquezas y poderes. Fue Eric quien rompió las intenciones de su hermano, dándole un golpe con la rodilla. Alonso cayó al suelo una vez más, vociferando. Recuperando el aliento, Eric comenzó a alejarse, pero fue el ruido de la pistola amartillada lo que llamó su atención.

—No deberías darme la espalda —murmuró Alonso.

Eric tragó saliva.

Todo parecía pasar muy lentamente ante sus ojos. Entonces, era eso. Sabía que Alonso iba a disparar, ese era el gran objetivo de la vida de su hermano. Estando muerto, el hermano menor se convertiría en barón, bajo el pretexto de que había tenido la casa invadida por el hermano mayor, que se había escapado de la prisión.

El miserable conseguiría todo lo que siempre quiso, incluso Isabel...

No. Isabel, nunca.

Quería mirarla, quería que ella fuera su última visión antes de morir, porque ella era su paraíso, pero sabía que el menor de los movimientos podría terminar con una bala en su cuerpo.

—¡Adiós, hermano! —dijo Alonso con una leve sonrisa en el rostro antes de disparar.

Cuando Eric Casanova abrió los ojos, todavía estaba en el salón principal de su casa… Y vivo. Lo que tenía delante, sin embargo, lo impresionó. Alonso yacía caído en el suelo con un puñal clavado en el cuello. El sonido de sollozos lo hizo mirar hacia atrás.

—¡Isabel! —Estaba apoyada en la columna con los ojos llorosos —. Ah, Isabel...

—Perdóname… Eric, lo siento mucho. Tuve que hacerlo… —comenzó a hablar, las palabras atropellándose y mezclándose a sus sollozos entrecortados—. ¡Lo maté! Maté a un hombre. —Volvió a sollozar.

—Mírame. —La abrazó y limpió sus lágrimas—. Escúchame bien, mi sol. Me salvaste la vida. Otra vez, me salvaste… Una vida por una vida, ¿recuerdas?

Isabel dejó de sollozar por un instante y miró a su esposo como si lo viera por primera vez.

—¡Estás vivo! Ah, Eric, tuve tanto miedo de perderte.

—No, mi sol, estoy aquí. Siempre estaré contigo.

Él la besó en la frente, en los ojos llenos de lágrimas, en la punta de la nariz y, finalmente, en los labios. Tomó su mano suavemente y llevó una de las palmas a su boca.

— Tan preciosa... Eres tan preciosa, Isabel.

Eric miró hacia atrás y cerró los ojos por un instante, haciendo una leve oración por el hermano que se había ido. Al fin y al cabo, a pesar de sus duras fallas, era un Casanova menos en el mundo. Al mismo tiempo, su padre había sido vengado.

—Por Dios, ¿qué pasó aquí? —Zalo preguntó en voz alta al ver la escena.

—Isabel salvó mi vida. —Balanceó suavemente a su esposa entre sus brazos y asintió al amigo sobre la pérdida del hermano.

—Eres una mujer y tanto, Isabel, si me permites decirlo. —Ella solo asintió con la cabeza, tranquilizándose en los brazos de su marido—. ¿Y qué harán ahora?

—Seguiremos con el plan —respondió Eric.

—No, no quiero. Escucha, Eric, ahora que Alonso se ha ido, podemos intentar hacer esto de otra manera, no necesitamos separarnos y…

—Mi sol… Isabel, escúchame. Cuando me convenciste de hacer esto… cuando lo planeamos, teníamos la certeza de que este momento llegaría. Que no soportaríamos pensar en la distancia, en los días sin fin, uno sin el otro.

—Pero…

—Sabes que no hay otra manera.

Se abrazaron otra vez. Habían pasado por todo, por la vida y por la muerte. Sin embargo, la distancia sería el mayor desafío de todos.

Para tristeza de Isabel, ella sabía que era verdad.

No había otra manera.

La despedida duró un poco más, entre besos, caricias y promesas susurradas. Entonces, llegó el momento de irse.



ISABEL ABRIÓ los ojos tratando de entender si la noche anterior había sido un sueño. Juana fue la única que supo todos los detalles de los fatídicos eventos en la mansión Casanova. Con la proximidad del matrimonio de Letizia, decidieron ahorrar a la dulce prima detalles tan fuertes. Se sentaron junto a la chimenea del salón y conversaron, como en tantas noches anteriores. Había llorado y sido consolada por su amiga.

Su corazón aún pesaba con el momento de la partida de Eric, pero sabía que su marido era demasiado honorable para simplemente aceptar huir mientras el nombre de los Casanova estuviera en la lama. Él quería justicia, y ella esperaría por él cuanto tiempo fuera necesario para estar juntos otra vez.

—¡Prima! —La voz de Letizia se hizo presente en el cuarto.

Isabel se sentó en la cama con cuidado.

—Buenos días, ¿ya estás de pie? No te sueles levantar tan temprano.

—Temo que tengo muchos más quehaceres de lo normal... por mi boda.

—Pues muy bien, empecemos este día y yo te ayudaré a...

—Isabel, espera. No vine solo a despertarte, sino a informarte que hay una persona que quiere hablar contigo abajo.

—¿Conmigo? ¿Sabes quién es?

Letizia asintió.

—Es el jefe de la guardia.

El estómago de Isabel se contrajo al saber la identidad del visitante. Dios sabía que buenas noticias nunca eran traídas por ese hombre, y mucho menos tan temprano.

—Dile que pronto lo encontraré en la biblioteca.

—En realidad, ya lo están haciendo.

—¿Quién?

—Papá y el jefe de la guardia, ambos conversaron por algunos momentos y esperan tu presencia. Lo siento, prima, pero parece algo serio.

—Muy bien, veamos qué quieren los señores—. Isabel sonrió a su prima mientras trataba de tranquilizarse.

Se levantó con agilidad y, con la ayuda de la joven, se arregló rápidamente con una camisa blanca llena de bordados, un camafeo en el cuello y una falda de tono azul oscuro, con la cintura alta marcada en tafetán también azul.

Cuando llegó al despacho de su tío, encontró a todos los empleados de la casa esperándola en la puerta, incluso Juana la miraba con una expresión seria.

La puerta del despacho permaneció abierta tras su entrada.

—Buenos días a todos.

—Baronesa, buenos días. —El jefe de la guardia la saludó con gentileza—. Le pido que se siente, señora Casanova...

—Discúlpeme, pero hasta saber de qué se trata, prefiero quedarme de pie.

—Muy bien. Así será.

—Mi querida… —Don Ramiro se interpuso, tocando la mano de su sobrina—, Eric escapó de la prisión anoche…

—Si piensan que sé algo sobre el paradero de mi marido, pues sepan que no lo diría, ni siquiera si lo supiera.

— No es eso, señora Casanova… Lamentablemente hubo un accidente en los muelles… Un barco explotó mientras zarpaba…

Un zumbido fuerte comenzó a sonar en los oídos de Isabel mientras pensaba en lo que haría a continuación. No prestó mucha atención a lo que decían los hombres, pero lo pudo intuir.

"Temo que el barón esté muerto, señora".

Esa era su vida a partir de ahora y debía asumirlo como tal.
Isabel se desmayó.

EL EXACTO OPUESTO DE HÉROES

CAPÍTULO

VEINTIDÓS

TENERIFE – CONVENTO NUESTRA SEÑORA DE LA CANDELARIA – 1895

El doctor David Walker tuvo su sueño interrumpido al presentir una presencia en el cuarto en que dormía. En la oscuridad de la madrugada, el viento frío soplaba directamente desde la ventana que él podría jurar haber cerrado antes de dormir.

Asustado, se levantó de la cama para cerrar la fina brecha, cuando avistó a Isabel Casanova caminando hacia los portones del convento. Pensó en gritar, pero recordó que ella solía caminar durante las noches, como si no durmiera, vagando por el lugar como una figura fantasmagórica.

Fue entonces cuando notó las llaves en sus manos y supo que intentaba escapar. ¿Era Isabel Casanova una rehén en el convento? Sabía que no, pero también sabía que no era prudente que una dama como ella saliera sola a altas horas de la noche.

Quería poder ignorarla, pero su caso lo consumía completamente desde ya hacía bastante tiempo como para poder regresar a la cama y dormir.

Se puso la camisa y los pantalones de forma atropellada, buscó el abrigo sobre la silla y salió descalzo en busca de la baronesa.

Isabel pareció darse cuenta de que el médico la seguía, porque comenzó a correr desenfrenada hacia la playa. La noche alta traía

consigo la neblina y el sonido del mar agitado dificultaba los frágiles intentos del hombre por llamarla.

—¡Isabel! ¡Señora Casanova! —clamaba, pero no obtenía respuesta.

El pánico se instaló en el cuerpo del joven médico cuando no la vio disminuir el ritmo de sus pasos al acercarse al mar. Todo lo contrario. Sólo entonces, ella miró hacia atrás y él la vio sonreír. Con los cabellos al viento, llevaba un vestido blanco del tejido más ligero que él había visto usar a alguien. Ella saludó a David como si se despidiera y sucumbió a las olas que mecían el mar, uniéndose al cielo de tonos oscuros, al aire gris, a la neblina, al rocío y al agua salada.

Nada más pudo hacer el pobre médico. Sin sus gafas, en medio de la inmensidad del mar y en la oscuridad de la noche, apenas podía ver un palmo más allá de sí mismo.

Él fue el testigo de la última vez que Isabel Casanova fue vista.



Dos días después, con el convento de luto, el barco que lo llevaría a casa estaba a punto de partir.

—Gracias, madre, por toda la hospitalidad… y otra vez, lamento mucho lo que le pasó a la señora Casanova. Se nota que usted y todos en esta isla tenían mucho aprecio por ella y su familia.

—Ah, joven muchacho, si lo supiera... Si los hubiera visto juntos, seguro podría entender un poco del desespero de esa joven. Qué pena que ningún tratamiento pareciera ser suficiente para ayudarla. Todavía le quedaba mucha vida por delante.

—Lamento su dolor, madre, pero créame cuando digo que la locura de la baronesa ya no tenía solución. Ella realmente creía todo lo que decía; hay personas que simplemente no desean ser salvadas. A pesar de todo, encontré en Isabel Casanova una fuerza de vivir impresionante. Fue una mujer inigualable.

—Lo fue, señor Walker, lo fue —completó la madre, pareciendo hablar más para sí misma que para el doctor.

Tras las breves despedidas, el médico embarcó y acomodó su pequeña cabina con sus maletas y algunas otras pertenencias que llevaba como recuerdo de la isla. Las monjas se encargaron de prepararle bocadillos para el viaje; frutas, queso, jamón y panes estaban bien envueltos en una de sus bolsas. Sentándose en la poltrona y cerrando los ojos, no pudo evitar pensar en la joven baronesa, la paciente que lo había intrigado tanto durante las últimas semanas. Se arriesgó en el mar en busca de la dama, pero, sin sus gafas, con la neblina y la marea tan alta, Isabel fue engullida por su propia locura y osadía.

Cuando el barco indicó que ya estaba zarpando, se permitió descansar. Despertó algún tiempo después, con hambre, y buscó el reloj en el bolsillo de su abrigo, encontrando allí un sobre que no recordaba haber guardado. "Para su conciencia", decían las palabras escritas. En la cera que sellaba el pequeño cuadrado de papel estaba el escudo que había llegado a conocer muy bien: el emblema de los Casanova. Con curiosidad, el médico abrió la carta.

"Estimado doctor Walker,

Desde muy temprano aprendí que para que una mujer cuente una mentira, es necesario que esté diciendo la verdad. Al menos, de alguna manera. La que me enseñó eso fue mi madre, quien me bautizó con el nombre de Isabel por amar a nuestra reina católica. Me gusta pensar que ella tenía razón, ya que, con eso, gané el don, y la infelicidad, de no saber mentir.

Mi marido fue un hombre que muy pronto entendió que yo no sabía fingir. Por lo tanto, cuando fue necesario, me convencí de que la mejor forma de engañar a todos era diciendo la verdad. Cuando Eric fue encarcelado, sabíamos que no había forma de esperar por la justicia de los hombres. Él sería ahorcado, y la justicia divina probablemente tardaría en volver a juntarnos en algún tipo de post-vida. Esperar no bastaba. No para mí, no para Eric. Nosotros, los Casanova, hacemos nuestro propio destino. Así que, en la prisión, le ofrecí a mi esposo la más insultante de las ideas. Y él la aceptó.

Escapar no es un acto de cobardía, es una estrategia de guerra.

Conozco a los locos, al igual que usted. Sé cómo se comportan, sé cómo caminan y cómo creen en lo que dicen. En mis andanzas por los hospitales, conocí a muchos. Gente que ya estaba loca. Gente que estaba allí porque fue encerrada, y entonces se volvió loca.

Una mujer insana es algo con lo que la sociedad no sabe lidiar, y una viuda loca no debería ser un papel tan difícil de interpretar. Incluso con un médico tan dedicado como usted, que hizo mi rutina un poco más difícil y mi espera más agitada.

Cuando todos intentaban convencerme de la muerte de Eric, yo recordaba su promesa y cómo nunca falló con ninguna de las que me hizo en la vida. Y recordaba, también, que estar muerto formaba parte del plan.

Así que, doctor Walker, ahora estoy junto a mi marido. No bajo el manto divino, ni en una fantasía, sino en una nueva vida, en el Nuevo Mundo.

No se imagina cuántas veces agradecí que usted fuera tan descuidado y olvidara sus gafas. En la última vez, era Eric quien llegaba con la bandera, indicando el momento en que nos encontraríamos.

Considerando la confidencialidad entre médico y paciente, sé que usted elegirá el mejor destino para esta carta. Para su persona, deseo buena salud y un buen matrimonio con la joven que lo espera.

Pero, si quiere mi consejo… no hay nada en la vida como el amor.

Isabel Casanova."

Completamente afectado, el médico recostó la cabeza en el sillón, sintiendo como la tensión de lo que acababa de leer dominaba su cuerpo. Isabel Casanova y su esposo habían simulado el fin de sus vidas para poder estar juntos. Ningún libro de medicina le había enseñado a lidiar con algo así o a saber reconocerlo. Tal vez por eso haya fallado miserablemente en su juicio sobre los Barones de Altamira.

No sentía nada más que admiración y respeto por ambos y por tal hazaña. Para demostrarlo, decidió romper la carta en pedacitos para lanzarlos al mar lo más pronto posible. El océano sería ahora la única prueba de la promesa de Isabel.

Fascinado, el doctor Walker empezó a comer uno de sus bocadillos mientras aún pensaba en toda la grandiosidad de esa historia y en cómo, sin la carta, haría para que le creyeran, si algún día decidiera contarla. Fue entonces cuando supo que jamás diría una sola palabra.

La cabina del joven médico era la única silenciosa. En las demás, hombres y mujeres hojeaban los periódicos. intrigados con una misma cosa: La Maldición Casanova.

En los diarios de toda España circulaba el desenlace de la historia de la familia Casanova y se narraba que la prisión de un grupo de bandoleros era la prueba final de que Eric Casanova, el Barón de Altamira, no era un asesino, sino su hermano, Alonso, el más joven de los Casanova. El rumor generalizado en la sociedad era el de que los testimonios de los bandidos limpiaban la honra de un hombre inocente, cuyo trágico final había vuelto loca a su esposa.

EPÍLOGO

Isabel despertó con los rayos de sol que se filtraban por las rendijas de la ventana de la cabina del nuevo navío Casanova. Trató de apoyar el brazo izquierdo en el colchón para levantarse y lo sintió dolorido por lo sucedido algunos días antes.

Estaba en alta mar otra vez desde hacía más de una semana, pero lo más importante era que, de nuevo, estaba junto a Eric. Aún se preguntaba si todo aquello era un sueño, pero al mirar a un lado y ver en la mesita de noche la moneda que él un día le había dado, supo que su mayor deseo se había hecho realidad.

Isabel se vistió sin vanidad y con cuidado, cosa que el mar le permitía, y caminó hacia afuera, dejando atrás la cabina de la misma manera en que ella y su esposo habían dejado Andalucía, en busca de su nueva vida.

Encontró a Eric en la cubierta, dando órdenes a los marineros con un catalejo en manos, aparentemente avistando algo que nadie más podía ver.

—Buenos días, Isabel —saludó Zalo mientras entraba en la cabina.

—Buenos días, Zalo. —Asintió y cerró la puerta. Su esposo aún no la había visto, así que se acercó a sus espaldas con una sonrisa en los labios—. Pensé que tendría más comodidades al dormir en la cabina del capitán, pero no encontré ni siquiera el rastro de una bandeja de desayuno.

Eric se volteó hacia ella, sonriendo.

—Buenos días, mi sol. —Extendió la mano y ella la tomó sin pensarlo. Él depositó un dulce beso en sus labios, como siempre hacía cada vez que la tenía cerca. Es decir, a cada momento—. ¿Qué tal tu brazo? —Tocó gentilmente el lado izquierdo de Isabel, buscando el vendaje que él mismo había ayudado a poner.

—Mejor, ya no duele tanto…

—Me desesperé cuando te saqué inconsciente del agua. No debió haber sido así… Le dije a Zalo que debíamos haber bajado hasta la playa…

—Tú me salvaste… Como siempre. —Ella tocó su rostro y él sostuvo su mano, profundizando la caricia.

—Nos salvamos el uno al otro —dijo él con un brillo en los ojos que ella nunca había visto—. Te amo, Isabel Casanova —declaró simplemente, arrancándole el aire a Isabel, devolviéndole la vida y llenando su mirada de felicidad.

— Eric… —Sus ojos llenos de lágrimas acompañaron la sonrisa en sus labios cuando decidió besarlo—. Cielos… Dios debería castigarte por hacerme esperar tanto tiempo para escuchar esas palabras. —Rieron mientras se miraban el uno al otro—. Te amo, Eric Casanova. No te atrevas a escaparte de mi vista en todos los años que nos queden de vida.

—Vamos, mi sol, ven a ver nuestra nueva casa. —La rodeó con los brazos, entregándole el catalejo, mientras observaban la magnitud del mar frente a ellos desde la proa del barco.

—¡Es el Puerto de Veracruz! —murmuró animada, saltando a los brazos de su esposo.

—Sí, y es nuestra nueva casa. —La hizo mirarlo—. Pero recuerda… mi hogar siempre serás tú.

El cielo brillaba con el sol abrasador mientras los enamorados se hacían juramentos eternos. Tal vez aquel fuera realmente el resplandor de la luz que llegaba, luego de que, finalmente, toda la oscuridad se hubiera ido. El brillo de la libertad, de amores que nacen y nunca mueren.

Fin

"Nobles de Andalucía"

La serie de los "Nobles de Andalucía" continúa con la historia de **Letizia y el Duque de Granada**.

Pronto en amazon.

GRACIAS

Si has llegado al final de este libro, todo lo que me queda por hacer es darte las gracias por leerlo y por disfrutar de la historia de Isabel y Eric.

Permíteme, antes que nada, pedir perdón por mis dosis de licencia poética en algunos hechos y lugares, como las distancias geográficas e incluso el uso del convento de Nuestra Señora de la Candelaria que, en realidad, alberga monjes desde la época medieval y se encontraba clausurado en el período en el que transcurre esta historia.

Gracias a los pódcast de historia de España, que me divirtieron y me ayudaron a comprender el pasado de este país maravilloso hasta que llegué a sentirme parte de él.

A continuación, quiero agradecer a alguien que no leerá estas palabras, pero que vive en mi corazón de la misma manera. Señor José María Cano, gracias por crear la leyenda de Ana y Miguel en la canción *Naturaleza Muerta* y por hacerme soñar con un final feliz para ese amor desafortunado. Así fue como Isabel y Eric terminaron llegando a mi mente.

A mi grupo de lectoras beta: Nariane, Jeanne, Neila e Ivone (la mejor de las tías), que aceptaron el desafío de soportarme en esta travesía y creyeron en mí y en esta historia más que yo misma. Es gracias a vosotras que lo conseguí, chicas.

A la doctora Denise Medeiros, por las largas conversaciones sobre la medicina en el siglo XIX y por no molestarse en recibir mensajes a las once de la noche con preguntas como:

Si quisiera matar a alguien, ¿cuál sería el mejor veneno?, risas.

Y recordad, queridas lectoras: el amor **merece la pena**.

CONTACTO

Una vez más, gracias por leer "La Promesa de una dama". Si es posible, difunde el mensaje y recomienda la historia de Eric e Isabel a una amiga que ame leer novelas románticas. Esa siempre será la mayor recompensa para un autor.

Si es posible, deja tu evaluación en la página del libro en Amazon. Me ayudas mucho al hacerlo.

¿Quieres hablar conmigo?

Envía un correo electrónico a: sarahsummerscontact@gmail.com

Para novedades y conocer mi día a día, sígueme en **Instagram:** @sarahsummersautora o visita el **sitio web**: sarahsummers.com.br

Sobre la autora

Soy brasileña y ya estoy en los treinta. A los doce, leí mi primera novela romántica y nunca más paré. A los catorce, supe que amaba escribir. Soy profesora de español, inglés y autodidacta del sarcasmo (mi personaje favorito de *Friends* es Chandler).

Amo el karaoke y una buena serie de investigación. Vivo cerca de la playa con cuatro perros muy traviesos y mi único defecto es leer demasiadas novelas.